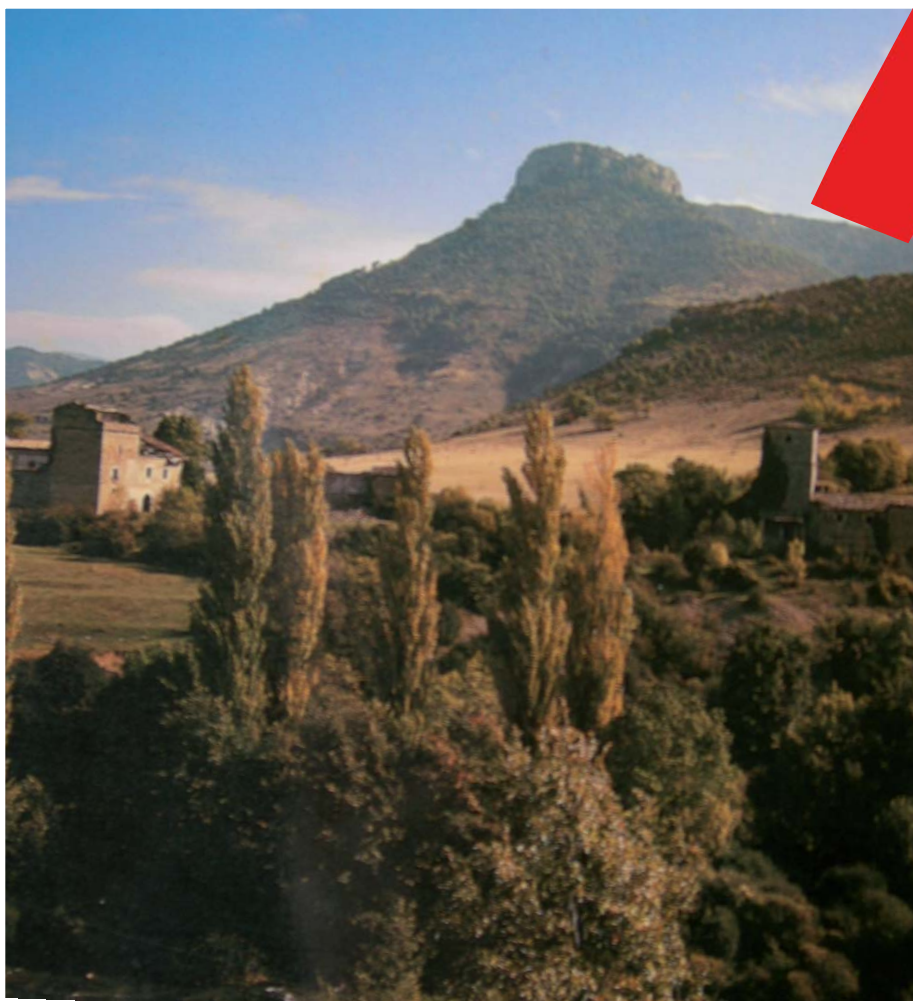


POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

X. DE JAVIER AL SÁHARA



Prólogo de Ángel Martín Duque

POR NAVARRA

Impreso en I.G. Castuera, S.A.

I.S.B.N. : 84-609-3536-1

D.L. : NA 3.307 - 2004

POR Víctor Manuel Arbeloa NAVARRA

DE JAVIER AL SÁHARA

X

Prólogo
Ángel Martín Duque

PRÓLOGO

Me parece ante todo obligado confesar llanamente que, al intentar modelar estas pocas y pobres líneas, me asusta y hasta sonroja pensar que puedan servir como pórtico de un nuevo libro Por Navarra, cuyas anteriores versiones han merecido ser introducidas por firmas de mucha mayor destreza y categoría. Me conforta, sin embargo, saber que cuento de antemano con el aliento y la benevolencia de mi admirado Víctor Manuel Arbeloa, generoso dispensador de cordialidades y auténtica amistad.

No procede ni puedo pretender esbozar aquí una semblanza, siquiera mínima, de un escritor tan fecundo y polifacético, acreditado por una caudalosa producción de múltiples registros estéticos y eruditos. Baste señalar sin ningún ánimo lisonjero que cualquiera que sea la extensión, sus obras reflejan al hombre de acción, valedor infatigable de las causas limpias, nobles y justas que dimanen de todo ser dotado de razón en su efímero pero trascendente peregrinar de los sentidos. Más que en fugaces edenes, su compromiso social tiene el más recio cimiento de los valores inherentes a la condición humana.

Huelga subrayar aquí el abanico sin fin de su avidez intelectual que, no sé si adecuadamente, me trae al pensamiento aquella philosophandi insaciabilis aviditas de un europeo sin fronteras, uno de los adelantados del pujante y decisivo “renacimiento” intelectual del Occidente en el siglo XII. Asentado durante casi una generación en tierras navarras, aquel hombre asimismo conciliador desplegó curio-

samente aquí las antenas de su mente abierta hacia todos los saberes, más allá del menos permeable de los muros de convivencia y mutua comprensión entre los hombres, el que ha delimitado milenariamente los grandes ámbitos de civilización y sus radicales formas propias de concebir la instalación -cómo, por qué y para qué- de la existencia humana en el cosmos y el tiempo, es decir, en la historia.

Aun sin recordar bien el momento en que Víctor Manuel me tendió por primera vez su mano amiga y con ella un hueco en su corazón, tengo todavía muy presentes su amplitud de miras, entusiasmo sano y desbordante y lúcido realismo tal como empecé a percibir con bastante cercanía durante la fase de asiduas e intensas reuniones preparatorias del Primer Congreso General de Historia de Navarra. En la primera sesión precisamente de aquella excepcional convocatoria me admiró en particular la exposición de su ponencia, no solo por la elocuencia y los certeros análisis y reflexiones del avezado investigador que ya conocía, sino sobre todo por su envidiable capacidad para hilvanar cautivadora y ágilmente los más áridos datos y conocimientos en un argumento coherente y fácilmente asequible.

Amén de prestigioso poeta, narrador y ensayista, Víctor Manuel es ante todo historiador en la acepción más genuina, vibrante y omnicomprensiva de este oficio. No disimula que su punto de vista fundamental remite, como insinúa en algunas de las siguientes páginas, al nacimiento de Jesús el Salvador, eje y “auténtico centro de la Historia universal”, aquel Niño de Belén “que también “vino a salvar la devoción, la imaginación y la belleza”. E intuyo que en noción de la historia confluyen y se integran las corrientes probablemente más profundas del pensamiento historiográfico moderno, la conciencia de que “toda historia es universal” (L. von Ranke), “toda historia es contemporánea” (B. Croce) y es, en suma, la “ciencia de síntesis” por excelencia (H. Berr).

“No hay verdadero paisaje sin historia” subraya al recordar a su ilustre amigo José M^a de Areilza, sintiéndose también “viajero por mil geografías e historias”. Los relatos desgranados en este volumen, como en los anteriores de su ya rica colección de “paseos por Navarra”, no resultan sólo simples descripciones y estampas locales, por lo demás hermosas y precisas, con informaciones bien aquilataadas y puestas al día, sino que integran todos los rasgos del paisaje en

una especie de sugestiva “historia total”, en la que “en el incierto golpear de la memoria va sumando historias para hacer la Historia” (J. van Halen).

A través de la espuma, las crestas y los bramidos del oleaje, es decir los grandes acontecimientos y los personajes revestidos de fama y autoridad reseñados por la memoria escrita, bucea con soltura en los océanos del tiempo, la aparente monotonía de la vida cotidiana, las ingentes legiones anónimas de los hombres del trabajo, el sudor y los silencios. Busca, encuentra y realza así la grandeza de la historia escondida, la “intrahistoria” invocada por don Miguel de Unamuno. De su mano la aldea se convierte en universo y el orbe en pueblo próximo y palpitante.

A partir de un poso sin fin de observaciones, experiencias, lecturas y registros, pero sobre todo, “acostumbrado a ver y oír soledades sonoras”, el río el valle y el otero, la fuente, los árboles, el matorral y las flores, el caserío y humilde iglesia y, en suma, el inmensa gama de perspectivas centradas por el hombre, llamado a adueñarse del universo (*crescite et multiplicamini et replete terram et subiicite eam*, Gen, 1,2), en la pluma de Víctor Manuel trascienden los valladares ficticios de los espacios y tiempos.

Y todo rezuma así vida, encanto y poesía, como el sol que en el crepúsculo “se desliza sobre el desierto en un abrir y cerrar de ojos de luz”, la “guardia primaveral de arces negundos” dos almeces y un chopo lombardo, “los tomillos, los dientes de león y los galios blancos” humildes y serenos, la aldea que “trepa hacia la sierra”, las casas “que se miran y miden de lejos”, las “grullas mitológicas y fieles”, la bastida medieval “varada entre dos puentes y dos ríos”... Pero en todos los escenarios reencuentra al hombre entre las desnudas realidades y los perennes mitos, “toda esa concepción de la vida” que “gravita sobre la explicación de un fenómeno cualquiera”, el del fuego, por ejemplo, o bien los rituales de los cazadores desde los más primitivos a los actuales de las palomeras. Presenta las conductas con entrañable ternura, como la del “amigo bondadosa y fiel..., que hasta escribe cartas”. Pero no faltan algunos dejes de amargura ante el arrumbamiento de ciertas sencillas pero reconfortantes tradiciones o bien las muestras de incivismo y, sobre todo, la crueldad de las ráfagas de violencia.

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

En los treinta capítulos recogidos en este libro el lector atento y estudioso hallará una prosa ágil, multicolor y amena pero profunda, un raudal de hermosas imágenes y sabor suficiente para volver a pensar y recrearse cada uno de los días de un mes e incluso, si este tiene otro amanecer, repetir la meditación sobre el poema que desde el más conmovedor de los silencios -“Tú, que callas... para oírnos”-, nos asoma a la meta indefectible de todo ser viviente, “cuando al fin vaya perdido/ a salir de esta noche tenebrosa”, y entrever siquiera con la pobre esperanza del desvalido la “increada luz que nunca muere”.

Ángel J. Martín Duque

DE JAVIER AL SÁHARA

CAE EL CASTILLO DE JAVIER

Mal le iban también las cosas de la hacienda familiar al doctor Juan de Jaso, destituido ya de la presidencia del Real Consejo, y ahora enfermo en su castillo de Javier, cuando le atrapó la muerte, en plena vendimia, el 16 de octubre de 1515. Tenía el pequeño Francisco nueve años.

El 23 de enero siguiente moría el poderoso rey Fernando, apodado el Católico, a quien el doctor y diplomático navarro, viejo conocido, visitó por última vez en Medina del Campo, dos años antes.

Tembló la Cristiandad con su muerte, pero muchos navarros, incluidos algunos beamonteses, se alegraron. La señora de Ablitas despachó un correo a su desterrado rey Juan de Labrit para anunciarle la buena noticia, mientras ponía su castillo a punto para el advenimiento de su legítimo señor. Tudela y las demás plazas agramontesas eran un intenso y esperanzado rumor.

Se sublevó a su vez la nobleza castellana y andaluza, y hubo que retomar tropas de Navarra, donde sólo quedaron mil hombres de armas.

Tan pronto como supo Francisco I la muerte de su temido rival, escribió animando al rey navarro: era la mejor oportunidad para intentar recuperar el Reino, si se hacían las oportunas diligencias sin

pérdida de tiempo pero el rey francés no adelantaba esta vez ni un escudo ni un soldado para tales diligencias.

Eso sí, los reyes navarros Juan y Catalina recabaron de sus Estados del Bearne subsidios para alistar 1.000 hombres de armas y 3.000 auxiliares: navarros exiliados, bajonavarros, gascones y bearneses, *más aventureros y lacayos que gentiles hombres*, al decir de Pedro Mártir de Anglería. Algo se tramaba asimismo en el castillo de Javier. Iban y venían los correos. Miguel, el heredero, hizo almacenar víveres y municiones, y colocó una guardia de roncaleses al mando del capitán Vilasayas.

Sus amigos de Sangüesa eran los jefes del movimiento. Al alcaide aragonés, Pedro de Castro, le tendieron una emboscada, lo llevaron prisionero a Javier y le obligaron a escribir a su mujer para que entregara a los sublevados el castillo de Sangüesa. Se repartieron las armas del palacio y formaron una milicia cívica.

Escribía el licenciado Salazar en su Memorial:

El señor de Xavier se encastilló en su casa en favor del Marichal y del rey don Juan, metió en su casa gente e bastimentos, tuvo preso en su fortaleza al alcayde de Sangüesa (...), carteábase con el mariscal, juntábase con el marqués de Falces...

La Navarra de Ultrapuertos se levantó por sus reyes. La guarnición castellana de San Juan de Pie de Puerto se replegó a Pamplona y los bearneses se apoderaron con facilidad de la fortaleza defendida por Antonio de Leiva y avanzaron hacia Ibañeta, aunque la falta de artillería y caballería les impidió aventurarse más allá. El capitán Cristobal de Villalba, veterano de los Tercios de Italia y de la conquista de 1512, nombrado capitán general, ocupó a tiempo el desfiladero de Roncesvalles, y tras un feroz ataque, prendió fuego al pueblo.

Don Pedro, el mariscal de Navarra, en quien todos los agramonteses ponían sus esperanzas, atravesó, el domingo de Ramos, la frontera por el Roncal, con un ejército de 1.200 hombres, mandados también por Antonio de Peralta, hijo del marqués de Falces, Jaime Vélez de Medrano, Francés de Ezpeleta, Juan y Valentín de Jaso, Juan de Olloqui..., los cuatro últimos primos de los Xavier, y se apoderó de Uztárroz y Ochagavía. El capitán Pedro Sánchez mandaba el grupo de roncaleses.

Pero la mitad de los soldados desertó tras, al saber la presencia de Villalba y del capitán beamontés Miguel de Donamaría.

Cuando el mariscal llegó hasta la colegiata, se encontró solo y volvió sobre sus pasos. Los sorprendió un recio temporal de nieve y neviskas. Villalba y Donamaría les tendieron una emboscada, y muchos jefes, con el mariscal a la cabeza, se rindieron, cerca de Isaba. Un centenar de muertos enrojeció la nieve. Era aquel día 21 de marzo.

Los soldados de Villalba ataron a los prisioneros y les quitaron caballerías y cofres con armas y vestidos, y, sobre todo, con cartas comprometedoras. Ochocientos hombres fueron puestos en libertad. El primo Juan de Jaso pudo huir. También huyeron los roncaleses que guardaban el castillo de Javier, donde se puso en libertad al alcaide aragonés.

El rey don Juan, doblemente batido y abatido, abandonó San Juan de Pie de Puerto y regresó al Bearne con sus tropas. El 17 de junio de ese año, la muerte puso fin a sus tribulaciones.

Los estorninos se alborotan en las ramas altas de los pinos, y de los castaños ya sin hojas. El sol ilumina aún las solanas del colegio nuevo de los jesuitas y bruñe el cresterío de la sierra de Leyre, apagada ya la cenefa otoñal del hayedo.

Entran en el castillo una excursión de jubilados de Zaragoza, y otra de montañeros de Vizcaya.

Me quedo rodeando con la mirada y el recuerdo el viejo castillo, levantado, una y otra vez, sobre sus ruinas. A mi espalda corre una hilera de cedros. Han cortado la hierba del foso, del que nos separa un seto de aligustres. Es fácil distinguir las viejas piedras del paseo de ronda, de las nuevas.

En la pendiente cortada a pico, sobre la vía romana, donde se yergue el castillo crecen aún algunas floridas y unos pocos tréboles rojos. Debajo, entre el castillo y el río, pinos, cipreses y cedros llenan de nobleza el espacio que un día fue defensivo frente al moro y al nunca seguro vecino aragonés.

Mientras metían al mariscal y a sus leales en las mazmorras del castillo de Atienza, el licenciado Salazar y el inquisidor Fresneda, dos expertos sacabuches, recorrían Navarra, durante los meses de abril y mayo, oyendo a testigos, registrando casas y deteniendo a los sospechosos. En las arcas del marqués de Falces y de Miguel de Jaso, señor de Xavier, se encontraron papeles comprometedores que se enviaron al cardenal regente.

Cisneros aseguraba el ínterin entre el abuelo Fernando y su nieto Carlos con puño de hierro y no con hábito franciscano. Destituyó a Fadrique de Acuña como virrey de Navarra y encargó a su sucesor, el duro duque de Nájera, destruir las fortalezas del Reino (con algunas excepciones) y rematar la fortaleza de Pamplona.

Por Pentecostés llegaron los obreros a Sangüesa. Los regidores de la ciudad consiguieron a duras penas, que no se derribasen las murallas de junto al río, que protegían la ciudad de las inundaciones. Todas las restantes fortificaciones fueron demolidas.

Los mismos días, del 11 al 22 de mayo, trabajaron los peones en el desmantelamiento del castillo de Javier. Las lágrimas y argumentos de la pobre y triste doña María de Azpilcueta, la esposa del doctor y la madre de Francisco, apenas si pudo reducir mínimamente tamaño disparate. El castillo iba a pagar el delito de haber acogido a los *deservidores de su Majestad*.

Cayeron por tierra el muro externo de ronda, del lado del monte, con sus dos torres redondas, la torre del puente y el portón.

Rompieron el puente levadizo, rellenaron el foso y deshicieron el jardín del patio exterior, junto con sus conejeras. Tapiaron las troneras y aspilleras y derrumbaron hasta la mitad la torre de San Miguel, la torre del homenaje.

Sólo quedó intacto el espacio de la vivienda familiar.

También en el pueblecito baztanés de Azpilcueta, cuna del linaje, desmocharon las defensas del palacio y abatieron la contigua y *muy gentil* torre fuerte.

De la casa de Pamplona se cogió todo el maderamen para la construcción de la ciudadela.

El licenciado Salazar fue nombrado canciller del Reino, como recompensa por sus éxitos inquisitorios e inquisitoriales.

Y el coronel Villalba podía sosegar al cardenal regente con estas palabras ceñidas, dignas de una lápida:

Navarra está tan baxa de fantasía después que V. Señoría Reverendísima mandó derrocar los muros, que no hay hombre que alce la cabeza.

El día del Corpus, 22 de mayo, en la biblioteca del claustro de la catedral, el duque de Nájera, en nombre del nuevo rey Carlos, de 16 años de edad, prestaba ante las Cortes navarras juramento de guardar los Fueros, y los tres Estados juraban, a su vez, fidelidad al nuevo monarca español.

Las demoliciones, deportaciones y confiscaciones abrasaron a Navarra, resume Recondo. La represión castellana hizo brotar un sentimiento de amor a la patria, con perfiles casi modernos: *una noción de patria hacía su aparición.*

Desde el camino que, bajo la Sarda pinosa, corre encima de *las viñas viejas* -hoy tierras sembradías-, el castillo aparece como la fortaleza bien situada que fue, sobre el altirón rocoso al otro lado del barranco de la Losa, entre el Camino de Undués y el Cuadrón, por abajo, y entre El Castellar y Santa Ana por arriba. El choperal, con los últimos temblores de sus últimas hojas, marca bien el invisible camino del agua.

En el cielo poniente, unas nubes largas y transparentes van volviéndose ensolecidas, enrosecidas y enrojecidas.

Algunas de ellas, ensangrecidas.



EL BELÉN DE LOS APÓCRIFOS

Nuestros belenes o nacimientos, de tan intensa y extensa tradición en Navarra, son breves tratados de teología popular, montados y leídos por esa misteriosa facultad certera e inmediata que se llama intuición. Año tras año, aunque lentamente, van alargando hacia atrás y hacia adelante el mensaje tradicional del nacimiento de Jesús, como auténtico centro de la historia universal que es, acogiendo y cristificando la religiosidad cósmica, haciendo suyas la bondad y la belleza de la primera creación.

En uno de sus libros más leídos, José Luis Martín Descalzo nos recuerda que un parto era siempre un acontecimiento en los pueblos de Palestina. Todos los vecinos participaban en él y a los ritos religiosos se mezclaban las más torpes supersticiones contra demonios masculinos y femeninos. A la hora del parto algunos familiares acudían a visitar las tumbas de los antepasados; frecuentemente medían los muros del cementerio y enviaban a la sinagoga tantos cirios como medidas tenían las paredes. Nacida la criatura, todos los vecinos iban a verlo y a recitar oraciones sobre él. A los niños se les repartía manzanas, nueces y dulces.

Sabemos de él bien poco: que su madre María lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre (comedero de ganado), porque no tenían sitio en el alojamiento (sala) del pobre albergue.

El pensamiento judío de la Biblia está poco interesado por los hechos concretos cuando éstos no presentan una capital importancia espiritual o religiosa. Pero, además, los Evangelios, proclamaciones de la Buena Noticia, no son crónicas periodísticas ni narraciones de historiadores al estilo de hoy. Nos dicen, a su estilo, lo fundamental del mensaje: la misteriosa encarnación de Jesús el Cristo por obra directa de Dios a través de María.

A su estilo, como se acostumbraba entonces. Para empezar, con el trasfondo de los libros del llamado Antiguo Testamento, a la luz de los relatos del nacimiento de grandes personajes como Ismael, Isaac, Sansón, Samuel o Juan el Bautista: aparición de un ángel anunciador; temor por parte de la madre; saludo y mensaje del enviado de Dios que anuncia la llegada al mundo del hijo y el nombre que llevará; objeción por parte de la madre, y señales del cumplimiento.

A su vez los redactores inspirados de los libros bíblicos antiguos aprovechan los recursos literarios su entorno, escritos, fuentes orales y tradiciones comunes, etc., para decir de la mejor manera lo que la razón cotidiana no sabe decir: la luz intensa que rodea el nacimiento salvador, la presencia activa de los ángeles, los prodigios en el cielo de los astros, los himnos de alabanza. . .

Desde primera hora el cristianismo intentó asimilar y re-valorizar, a la luz de la revelación, los simbolismos y los aspectos mitológicos de origen bíblico, oriental o pagano, así como universalizar su mensaje salvador con ayuda de la filosofía griega, intérprete máximo de la cultura hegemónica del tiempo.

El *pueblo sencillo* de Palestina y de Oriente -todos somos, de un modo u otro, pueblo sencillo- no se contentó con el lenguaje tan lacónico, tan espartano de los Evangelios sobre la Sagrada Familia. Quería saber más cosas de la vida y milagros de Jesús. Y fueron corriendo, primero de boca en boca, y, luego, de papiro en papiro, relatos fantásticos, leyendas, noticias muy probables, y hasta disparates gruesos; todo ello puesto en labios, a veces, de los testigos de la vida de Cristo. Para rebatir esos disparates, otros componen nuevos relatos, con lo que los apócrifos (literalmente: libros encubiertos, fingidos, supuestos) se multiplican. En su forma escrita, aparecen al final del siglo II; los más datan del siglo IV y no faltan los posteriores.

Entre los rectos y sesudos responsables de la Iglesia, unos los rechazan y condenan; otros los reconocen *algo de verdad* -San Agustín-, y hasta los escritores y padres orientales se sirven a menudo de sus datos. Lo cierto es que su influjo fue y sigue siendo grande en la liturgia -algunas fiestas nacieron de ellos-, arte, literatura, piedad. . .

La Edad Media les dio franca acogida. Algunos de los libros más leídos -la *Legenda Aurea*- los recogió en sus páginas. Inspiraron a Dante, Milton, Klopstock, Calderón. . . y hasta a ciertos autores tan piadosos como Santa Brígida, Sor María de Agreda, Catalina Emmerich o el P. Rivadeneyra.

El ciclo de los *Apócrifos de la Natividad* suele tener como finalidad defender el honor de María, concepción y parto virginales, y su fuente de información debió de ser la tradición oral transmitida por las primeras generaciones, retocada y ampliada por la imaginación y devoción de los autores.

José, constructor de casas, viudo y con hijos, ahora esposo protector de María, acomodó a ésta en una cueva de los alrede-

res de Belén y se fue a buscar una comadrona hebrea.

Lo cuenta el *Protoevangelio de Santiago*, príncipe de los apócrifos navideños, atribuido a Santiago el Menor, y redactado en los siglos II y IV.

La partera, junto con otra del oficio, llamada Salomé, -la del mosaico de Santa María la Mayor-, intentan comprobar, tras una leve discusión, el testimonio de José sobre la virginidad de María. Salomé, la más atrevida, siente pronto la mano carbonizada. Pide entonces la temeraria y desconfiada comadrona el favor divino. Un ángel le ordena que tome al niño en brazos y, tras adorarlo, se siente curada. Una voz viene entonces desde el cielo: *Salomé, Salomé, no digas las maravillas que has visto hasta que el Niño esté en Jerusalén.*

En el *Evangelio del Pseudo Mateo*, obra del siglo VI y reelaboración del *Protoevangelio* y de otros apócrifos, las parteras son dos: Salomé y Zelomé. Esta última sale ilesa de la prueba, mientras a la primera se le seca, esta vez, la mano, que poco después queda curada.

Zaquel tiene por nombre la comadrona que, con taburete y todo, sale en el *Liber de infantia Salvatoris*, elegante compilación tardía (siglo IX), de ambiente carolingio. Zaquel no sufre castigo alguno y alaba bellísimamente la virginidad de María y el nacimiento de Jesús.

*El pueblo que andaba a oscuras
vio una luz grande.
Los que vivían en tierra de sombras
una luz brilló sobre ellos.*

Son versos del llamado *Libro de Emmanuel*, del profeta Isaías, muy activo a mediados del siglo VIII antes de Cristo.

Desde los tiempos védicos, en la India antigua, el sol o la luz se consideran como epifanías del ser, del espíritu, de la inmortalidad y de la procreación.

La *gloria del Señor*, que envuelve de luz a los pastores, es en la Biblia la manifestación de la presencia divina, en forma de fuego y de luz, que ilumina el rostro de Moisés y de todos los elegidos de Dios.

Cuando vuelve José con la partera, en el Protoevangelio de Santiago, la nube luminosa que recubre la gruta comienza a retirarse y brilla dentro una luz tan grande, que los ojos no pueden resistirla, hasta que aparece el niño tomando el pecho de su madre.

El redactor del Evangelio del Pseudo Mateo hace resaltar que desde que entró María en la cueva quedó todo refulgente *como si el sol estuviera allí dentro*. Y tomando pie en lo narrado por el evangelista San Lucas en la escena de los pastores y por San Mateo en las de los magos, escribe:

Había, además, una enorme estrella que expandía sus rayos sobre la gruta desde la mañana hasta la tarde, sin que nunca jamás desde el origen del mundo se hubiera visto un astro de magnitud semejante.

El tercer apócrifo citado pondera también el resplandor solar que despiden el niño limpiísimo y gratísimo, *como paz que apacigua todo*. Pero añade la voz de muchos espíritus invisibles que decían a una voz *Amén*, y *un aroma suavísimo, más penetrante que el perfume de todos los ungüentos de la tierra*. Antes de abrir los ojos el recién nacido dirigió a la comadrona Zaquel, según el testimonio de ésta, una *gratisima sonrisa*, y, al abrirlos, *salió de su vista una gran luz como si fuera un relámpago*.

Lo que nos evoca algunos textos tardíos iraníes, que nos cuentan que, cuando nació el profeta Zaratustra, los costados de la casa se veían como incendiados, durante tres noches, y que, tres

EL BELÉN DE LOS APÓCRIFOS

días antes, la aldea se iluminó con tales resplandores, que los spitamidas, creyendo que era un incendio, la abandonaron.

Los poetas de todos los tiempos cultivarán la metáfora:

*De una Virgen bella/ celos tiene el sol
porque vio en sus brazos/ otro Sol mayor.*

Y el mismo Lope:

*Venga con el alba/ el alegría,
venga con el alba/ el Sol que nos salva.*

Cuando José iba en busca de la comadrona, según el primero de los apócrifos, echó a andar, pero no podía dar un paso. Le pareció como si el aire estuviera *estremecido de asombro*. El firmamento estaba estático y los pájaros inmóviles. Un grupo de trabajadores que comían sobre el suelo, con las manos en la vasija o a punto de llevar la ración a la boca, tenían los ojos fijos en el cielo. Las ovejas arreadas de un rebaño permanecían quietas, y el pastor con la mano tendida en el aire. . . *En una palabra, todas las cosas eran, un momento, apartadas de su curso normal.*

*Cuando el silencio tenía
todas las cosas del suelo. . .*

comenzará Góngora su conocido villancico.

Reinaba por doquier un gran silencio -comenta el Liber de infantia- . . . Las medidas de las horas habían ya casi pasado. Todas las cosas se habían abismado en el silencio, atemorizadas y estupefactas. Los

EL BELÉN DE LOS APÓCRIFOS

vientos dejaron de soplar. No se movió hoja alguna de los árboles, ni se oyó ruido de las aguas. Los ríos quedaron inmóviles y el mar sin oleaje. callaron los manantiales de las aguas y cesó el eco de las voces humanas.

Vuelvo a los belenes de la exposición y veo cómo, desde la Edad Media, han recogido, hechas figuras, decoración y ambiente, algunas de las páginas de los *Apócrifos*: la luz del nacimiento: la cueva de Belén; el buey y el asno; los prodigios en el camino de Egipto; los tres reyes magos. . .

El niño de Belén también vino a salvar la devoción, la imaginación y la belleza.

LA CABALGATA DESDE EL BALCÓN

Coinciden los expertos en historias y costumbres navarras en que la fiesta de los Reyes Magos o de la Epifanía carece de antecedentes locales. En que la celebración cristiana se fue rodeando, poco a poco, de prácticas populares anteriores, como las célebres cencerradas: una prolongación tal vez de danzas prehistóricas alrededor del fuego, desplazadas después aquí y allí, al imán de las nuevas festividades.

Las Cortes de Navarra y el Consejo Real prohibieron una y otra vez el ruidoso rito callejero, bajo penas pecuniarias, de cárcel y hasta de destierro. Pero nunca desaparecieron del todo, y se refugiaron en ciertos lugares y momentos, como algunas fiestas religiosas, para poder pervivir.

J.M. Satrústegui y J.M. Jimeno, entre otros, nos has recopilado con mucho esfuerzo y donosura algunas de estas tradiciones.

Allí donde se mantenía la costumbre de elegir rey -echar el reináu-, la 'vispera de Reyes, por medio de la baraja, el rosco, etc., niños y adultos armaban el estruendo festivo con lo que tenían a mano: cencerros, campanillas, panderetas, perolas, latas, coberteras, chundas o almireces, e, incluso, disparando cohetes, fuegos artificiales, y hasta escopetas. Así en Pamplona y su Cuenca, Burunda, Baztán, Arce, Lónguida, Urraúles o Ribera Alta... En Roncal, Salazar,

Ulzama o Valdorba, el bullicioso cortejo llegaba hasta la muga del pueblo vecino y la murga se rompía, frecuentemente, a pedradas. ¿Quién sabe si la costumbre salvaje de apedrearse los chicos de Mañeru y Cirauqui, que duró hasta los años cincuenta, no tendría un origen parecido?

Aún más extendida en Navarra fue la costumbre de salir a la calle, en albórbola y algazara, con todos los cacharros sonantes y resonantes posibles, para que sus Majestades no pasaran de largo por la calle o por el villorio, con sus caballos o camellos; para que cabalgasen despacio, dejando los regalos domésticos en los zapatos limpios, puestos como cofres en ventanas y balcones, junto a un poco de cebada para los animales. Entre el estrépito se oían a veces algunas letrillas piadosas:

*Ya vienen los tres Reyes.
Ya vienen a adorar
al Niño Jesús
que está en el portal.
El uno Melchor;
el otro Gaspar,
el otro se llama
el rey Baltasar.*

En algunos sitios chicos y mozos, sin esperar la llegada de los Magos, aprovechaban la regia ocasión para pedir por las casas algún dinero y alguna especie -queso, pan, huevos o longaniza- para merendar o cenar.

No conocí la cabalgata en mi pueblo. Fue cosa posterior, que comenzó a popularizarse en los años sesenta.

Me gustaba mucho cuando los Reyes venía en helicóptero a la Ciudadela. Los veía acercarse por el cielo desde mi casa y después iba

a verlos y oírlos, entre mucho ruido y mucha gente, hasta el lugar misterioso de su aterrizaje.

Otros años los seguí en su recorrido por la ciudad, encantada por la chiquillería que soñaba despierta y por miles de adultos que soñábamos nuestra propia infancia recuperable.

Este año, he abierto la ventana de la terracilla de los tiestos, que da al sur, y me he encontrado con la cabalgata que acaba de salir de la Santa Casa de Misericordia.

*Mira, Niño, que vienen los Reyes
y te traen cada cual su alhajita.
¡Ay, cosa tan linda!
¡Qué gracia, qué risa!*

canta un poema anónimo de nuestro *Cancionero Tradicional*.

Ahora ya no es sólo el Niño, sino muchos niños y niñas que esperan la alhaja de la ilusión cumplida, de la sonrisa dedicada, del regalo prometido.

Son las siete en punto de esta fría tarde-noche del 5 de enero, cuando varias motos de la policía municipal, en traje de gala, abren la comitiva real. Les sigue, como organizadora del festejo, la oficina móvil Caja Pamplona, donde los Magos depositan por unas horas algunos de sus mágicos recursos. Inmediatamente detrás viene la carroza del cuerno de la abundancia, con grandes cestas de mimbrres y cintas multicolores.

- ¿Ahí va lo que les he pedido a los Reyes? -preguntará la niña.

- Sí, en aquella cesta con lazos rojos de la esquina -le responderá su padre o su madre.

La familia Simpson, Micky Mouse, Alf, Bugs Buny, la Pantera Rosa, el Pato Donald y sus sobrinos andan desperdigados, activos y provocadores entre el festivo alboroto de la cabalgata. Varios chavales, se mondan con Bugs Buny, que parece contarles un chiste moviendo mucho los brazos.

Vuelan y revuelan, a los dos lados de la caravana, los caramelos, que son los confeti variopintos de esta fiesta popular -mucho más que infantil-, y que quitan el frío a todos los que van tras ellos.

La Pamplonesa -así, con mayúscula- precede con su música a la carroza de la aldea infantil, y a la de los gnomos del bosque, tirada por una ardilla gigante, una de aquéllas activísimas de que habla la fábula.

Bajo las plumas doradas de un gran pavo verde, llega el rey Melchor, con gruesas barbas blancas, que va de un lado a otro, saludando, mandando apas a diestro y siniestro, sentándose a veces, solemne y soberamente, en el trono alto de la carroza real

- Melchor, que he sido buena/o este año -le gritará Arantza, Jemnyfer o Jaime.

Más sosegada y silenciosa, avanza la lírica y poco cenizosa Cenicienta, con su Príncipe, en una carroza guiada por fantásticos y ágiles corceles.

Cuatro zancudos abren obligado paso, zanca-zanca, al segundo pavo real, de plumas azules, tras el que reina, sobre la algarabía cristiana de esta noche, el pelirrojo rey Gaspar. A Mariví le parecerá el más guapo y a Oscar el más alto. Su cortejo es, como el de sus compañeros de viaje, fastuoso: pajes, almotacenes, meninos y meninas, sobrellaves, ujieres, alféreces, zaticillos, damas, camareras, dueñas, guardamujeres, azafatas, cuneras... todos tan cortesanos, tan vivaces, tan generosos.

- A mí, a mí.

Los santos ángeles custodios de DYA apartan, una y mil veces, a los hijos y a los padres, a los pequeños y a los grandes, de las carrozas andantes.

Algunos críos más afortunados ocupan dos trenecillos, desde los que jalean y son jaleados, pero sin llegar, ni con mucho, al alborozo, la gritería, el jolgorio, qué digo, la vocinglería y la zalagarda que levanta la aerodinámica presencia del rey Baltasar, el rey negro.

(Cuando sólo hay un negro, y es rey, qué encantador suele ser; cuando son varios, y no son reyes..., ya es otra cosa).

La verdad es que Baltasar no para quieto: viene y va, va y viene, se agacha para besar, abrazar, acariciar, hablar, gritar, animar, prometer... y despedirse. Cuando pueda, saltará de la carroza y será el delirio de todos.

- A mí me ha tocado la mejilla - contará Eloisa.

-Y a mí me ha dado un beso -galleará Maider.

- Y a mí me prometió una bici -gritará aún más Fernando.

La cosa es que el espectáculo del rey moro nos ha distraído de la original carroza de los muñecos y de la última con la estrella de Belén

*Reyes, que venís por ellas,
no busquéis estrellas ya,
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.*

podríamos decir con el inmenso y navideño Lope.

Las estrellas y el sol son ahora las caras lustrosas y deslumbrantes de los niños: ojos saltones y novísimos, labios ridentes y sonoros, manos acogedoras, cuerpos transfigurados.

LA CABALGATA DESDE EL BALCÓN

También a los Reyes Magos del poema de T.S. Elliot, tan cercano al relato evangélico (*Journey of the Magi*), que tomaron en serio su viaje, les gritaban y les decían que todo aquello era una locura:

*With the voices singing in ours ears, saying
that this was all folly.*

Pero dieron al fin con el lugar. Tuvieron la prueba y no dudaron del nuevo Nacimiento (Epi-fania: aparición-revelación). Volvieron a sus lugares de origen y ya no estuvieron tranquilos con su vieja fe y sus viejos dioses.

Y se sintieron alegres de poder morir para nacer. Para nacer del nuevo y del todo.

Como niños, la noche de Reyes.

RONDA DE BARBAZÁN

Mañanita de Pascua, clara, redonda y lustral.

Hasta un cierzo frío y arrebatoboinas ha salido esta mañana a renovarnos.

Desde los balconcillos del baluarte del Redín, -un día, de la Iglesia Mayor o de los Canónigos-, el único bien conservado que nos queda, puede uno pasear la mirada por la recién venida primavera, recortada por el circo de montañas que sitia a la capital. Desde el peñón de Echauri hasta el escarpe de Malkaitz, suavizado por la cenefa de cipreses, pinos, abetos y árboles de lilas, que cubren, triunfales, desde Beloso Alto hasta el jardín del Seminario.

Aquí se alzó hasta 1540 la Torre del Tesorero o Torreón de la Moneda.

Una decena de ciervos descansan en el yerbín umbroso de la parte baja, cerca de dos cabras que no paran de ramonear en los arbustos de los muros. Una pareja de adolescentes andan con dos perros por el revellín y de vez en cuando se besan. Pasa una picaraza. Un grupo de paisanos sube la rampa del Portal de Zumalacárregui. Los chopos de la ribera del Arga están pasando del ámbar naciente al verde infantil.

Dos señoras, mal sentadas, toman descaradamente el sol en un banco de piedra. Por el suelo, cascos de botellas, bolsas de plástico, cajas de cartón y un olor agresivo a ácido úrico, que da p'atrás. Mejor, sí, mirar hacia arriba: hacia la avioneta, que pasa y repasa, hoy, día del Aberri Eguna.

Uno recuerda las viejas fotografías del Redín -de Martín Redín Cruzat, Gran Maestre de Malta-, con el cañón de largo alcance montado en 1873, frente al monte de san Cristóbal, sin pinos y sin fuerte; o, años después, las sogas, los cordeles, el cáñamo y las ruedas de los cordeleros, hasta su extinción en octubre de 1968.

Aún queda la que se llamó Caseta de los Cordeleros, junto a las escaleras que llevan al interior del fortín.

Al lado de la última casa de la calle del Redín, que parte de la plaza de San José, había un mísero chabisque del cuerpo de guardia, donde hoy está el Mesón y el Rincón del Caballo Blanco.

El mesón se levantó aquí en 1961, aprovechando el nombre de una ostalería o posada medieval en el burgo de San Cernin y las piedras del derribado palacio de Aguerre en las Tecenderías Viejas.

Hay dos mesas ocupadas en la terraza, y la gente toma alegremente el sol y el aperitivo, resguardándose a la vez de la ciercera.

Queda de los viejos tiempos el señorial cedro de Atlas y las tres falsas acacias, de diferentes tamaños pero de tronco muy similar en resistencia y rugosidades.

Queda sobre todo la Ronda del obispo Barbazán-Barbazan Apezpikua Ingurubidea (1318-1355), que ahora comienza con el jardincillo del mesón, donde hay tres mesas de piedra, un magnolio y un acebo.

Fue este hombre, llamado Arnalt, nacido en Barbazan-Dessus, cerca de Tarbes (Bigorra), el obispo de Pamplona más brillante del siglo XIV.

Era enérgico, celoso y emprendedor, y, por si fuera poco, escritor. Pero, a la vez, o, de vez en cuando, aparecía impulsivo, violento y vengativo, querellador y atropellante. Tal vez por eso mismo se entendió mejor con el rey Carlos II, apodado el Malo, que con sus padres Juana de Evreux y Felipe III.

Las traseras de unas casas antiguas -piedra en la parte inferior y ladrillo en la superior- tienen unas buenas entradas. Sobre el dintel de madera de una de ellas, la flor seca de una carlina acantifolia. Un postigo echado, con corazones abiertos en la madera. Unas traseras nuevas y caleadas. Un tejo. Un ciprés de Lawson. Otro seco.

En la ronda de árboles, siete almeces, con sus hojas recién extendidas. Un banco de piedra. Dos gruesos tilos plateados, con las hojas sin corazonear del todo. Un álamo blanco piramidal.

Hasta la última fortificación del siglo XVII, la única muralla fue la estructura misma de la catedral, bajo la que se abría el desfalladero. La Ronda es obra de ese tiempo.

Desde la barandilla de piedra, el glacis con cipreses de Lawson, abetos, plátanos de sombra, y las orillas del Arga.

Por encima de los tejadillos de las sacristías de Beneficiados y Canónigos, y de la sala capitular, tamborilea el sol sobre la cornisa boleada del ábside poligonal, sobre los contrafuertes y arbotantes moldurados y sobre el tambor superior de las capillas de la girola, casi oculta por las construcciones inferiores.

Un cedro, un ficus florecido, un tejo, dos almeces, un álamo, y dos fresnos somborean el espacio.

RONDA DE BARBAZÁN

Sé que canónigos celosos de la belleza y mantenimiento de la catedral achacan a las árboles de la Ronda humedades, filtración de aguas y ocultamiento de bienes arquitectónicos públicos. Pero el viajero, ay, ni quita ni pone en sus correrías. Sólo cuenta -y a veces canta- lo que ve, aunque está siempre dispuesto a seguir las causas que le parecen superiores.

Pasan parejas jóvenes, padres con niños, solitarios con perros, algún vagabundo...

- Te he dicho que no toques las plantas.
- Lo que mi madre no entiende...

Un viejo conocido pasa tan embebido en un libro, que ni me ve. O eso pienso.

Y aquí el paseante se topa con el torreón prismático que cobija, bajo tierra, la cripta, y, sobre tierra, la esplendente capilla gótica, llamada *La barbazana* -donde reposa el obispo constructor-, sostenida en el exterior por seis contrafuertes y coronada por una galería de arquillos y cuatro pináculos.

Un gran ventanal, y, debajo, un cipresillo mediterráneo queriendo subir hasta la gárgola, que tiene forma de animal arrojadizo.

Una farola y una garita.

Sobre unos cedros se levanta, un poco más adelante, el recuerdo de lo que fue el torreón del cabildo. Sigue un largo muro, de piedra y ladrillo, con una hilera de saeteras que dan luz al subterráneo, y en la planta intermedia una fila de balcones enrejados. Tras esas rejas se celebraron otrora las Cortes de Navarra, y en el piso superior se albergó un tiempo el seminario.

Por la Ronda hierven de luz los fresnos y los árboles del amor, que desvelan ya los primeros colores rosa de sus futuras flores fuc-

sia. Baja por las escalerillas una señora mayor con un perro al que no puede dominar.

- No sé qué voy a hacer con él.

Junto a la nueva garita, tapada con una puerta de madera pintarrajeada, tres carpes -hojas de olmo alargadas- y dos venerables chopos lombardos. En el recinto catedralicio estamos ante el ángulo sudeste, que corresponde a la preciosa capilla románica, de finales del siglo XII, llamada de San Pedro de Roda o de San Jesucristo. En el exterior, un amplio arco de medio punto abrigaba hasta hace poco una imagen mariana de piedra sobre basa del mismo material. Los bárbaros de hoy día -no sé por qué los llaman *vándalos*, con nombre de anteayer- acabaron con ella, pusieron la inicial de anarquía y el gora eta de costumbre. Es ahora un rincón sucio y malparado. Sobre los balcones y ventanas en-rejadas y en-redadas, se abre la terraza, ahora cubierta, que da paso a la biblioteca, santuario casi celeste del gran Goñi Gaztambide.

En el glacis abundan los fresnos. Se agarran a la pared de la muralla yedras, zarzales y milamores. Cedros y cipreses, un tejo y un durillo, adornan la tapia mapostada, con ventanas tapiadas, de la huerta episcopal.

El Palacio -así se llama todavía en el argó eclesiástico más que eclesial- luce, muy renovada, su bella cuádruple planta de 1736, sillería y ladrillo y armónico conjunto de vanos: ventanas, balcones, balconcillos y arquillos de galería. No debía de ser así cuando Pio Baroja estudiaba en el Instituto:

... tirábamos piedras al palacio del obispo, que tenía unas ventanas abiertas y rotas.

RONDA DE BARBAZÁN

La última parte de la Ronda, antes de llegar al baluarte de Labrit, lleva una guardia primaveral de arces negundos, dos almeces y un chopo lombardo, que aquí no quitan vista alguna a nadie. Ni siquiera a la plaza real-episcopal, bien equipada de palmeras, álamos, pinos y otras especies.

Los bárbaros de hogaño eligieron, en cambio, la madera de la puerta principal del Palacio para su aborrecible rito de la piromanía: quemar puertas, quemar libros, quemar pólvora y no en salvas.

- Ay, si el obispo Barbazán, tan alto y fuerte como dicen que era, levantara la cabeza de su gótica capilla!



LOS CAZADORES, TAN ANTIGUOS

En estas mañanas limpias de enero, en las que el frío filo del cierzo rebana, en rodajas invisibles, las ondas sosegadas de la luz, suele venirme al brocal de la memoria aquel filósofo y teólogo inglés, que escribió, entre muchos, un tratadito *De Luce*, otro *De Colore*, y otro *De Calore Solis*. Canciller de la Universidad de Oxford y después obispo de Lincoln, Roberto Grosseteste (1170-1253) sostuvo que la luz es la principal forma corpórea, la más noble de todas las formas, que se multiplica y difunde a sí misma y es causa de la extensión.

Cuando voy intentando recordar, entender y meditar todo esto, suele salirme un cazador por aquí o por allí, un cazador tradicional, con escopeta y perro, que parece solo y hasta perdido, pero que muchas veces forma parte de una cacería colectiva. Entonces mis recuerdos y pensamientos se espantan, como si fueran también piezas asustadizas.

En mi casa del pueblo no había cazadores, pero viví rodeado de ellos. Madrugadores y ágiles, mis vecinos Miguel y Vitorino, con sus amigos Antonio, Julio, Maximino, y algún otro que se añadía, no paraban en la temporada de la perdiz y del conejo. A veces venían los amigos de la guerra, de Villafranca de Oria, que traían un queso riquísimo, que después supe era de Idiazábal. De entonces tengo el vivo recuerdo de las voces y los gritos, los ladridos de perros y traí-

llas, las meriendas y cenas, las verdades y mentiras, y alguna que otra perdíz que caía por casa.

En la entrada de casa de Miguel había un calendario de Explosivos de Río Tinto, con cazadores y cazadoras en color, bien pertrechados de escopetas y cananas y un molso de perdices colgando de la percha.

Eran tiempos de hambre o, al menos, de necesidad. Estaban lejanos los cotos deportivos, la discusión ecológica sobre la caza, o la pelea parlamentaria sobre la pasa y la contrapasa. Ni había nacido en países como Francia el movimiento *Caza, Pesca y conservación de la Naturaleza*, que incluso presentó listas electorales en unas elecciones al Parlamento Europeo.

Los cazadores vienen de muy lejos.

Los homínidas no estaban para lujos. Se vieron obligados un día a matar para poder sobrevivir. Durante unos dos millones de años los paleantrópidos vivieron de la caza. No bastaban la pesca y la recolección.

Los cazadores primitivos consideraban a los animales salvajes como semejantes a los hombres, pero dotados de poderes extranaturales. Creían que el hombre podía convertirse en animal y viceversa, y que las almas de los hombres muertos podían entrar en los cuerpos de los animales.

Entre los seres sobrenaturales de las religiones de estos primitivos cazadores se distinguían: los espíritus guardianes en forma de animal; las divinidades tipo Ser Supremo o Señor de los animales; los espíritus de la selva, y, en fin, los espíritus de las distintas especies. Entre esas divinidades supremas más conocidas, está la diosa griega

Artemis, de procedencia oriental, convertida luego en Diana entre los romanos. Señora de las fieras (*Pótnia Therón*, en la *Ilíada*), diosa virgen y diosa madre en sus diferentes cultos iniciáticos, era la divinidad titular de los cazadores, de las fieras, de los jóvenes y de los partos; el león y el oso eran sus animales preferidos.

El rito de la muerte del animal implicaba la creencia de que el Señor de los animales velaba para que el cazador matase sólo lo que necesitaban para alimentarse. Había una *solidaridad mística* con la pieza abatida: la sangre semejante, la similitud entre las sociedades animales y humanas. . . Los huesos largos, especialmente el cráneo, que albergaban el alma o vida del animal, poseían un rico valor ritual; se depositaban en lugares elevados y en las ramas de los árboles, o se ofrecían a los Seres supremos, a veces junto al primer bocado de la presa, esperando que un día pudieran recubrirse de carne.

Como en la visión del profeta Ezequiel, donde oye la voz del Señor único que va a infundir espíritu a unos huesos. Estalla un terremoto y los huesos se ensamblan:

*(. . .) Vi que habían prendido en ellos los tendones,
habían criado carne y tenían la piel tensa.*

Las pinturas rupestres de osos, leones, bisontes, ciervos, toros o caballos, en las cuevas descubiertas en España, Francia e Italia, parecen representar pruebas de la magia venatoria: ritos secretos previos a las cacerías, iniciación de adolescentes (danzas, experiencias extáticas. . .). Recordemos las figuras de un ciervo, un bisonte y un caballo, grabadas en la pared de la cueva de Alkerdi (Urdax), o las figuras de un ciervo y dos cuadrípedos grabadas sobre un cincel, o la cabra burilada sobre un cilindro de asta, en la cueva de Berroberia (también en Urdax).

El estudio de los pueblos primitivos contemporáneos y su comparación analógica con los pueblos protohistóricos ha dado mucho de sí. Así, v.g., la danza circular parece atestiguada en buena parte de las culturas arcaicas de nuestro tiempo que enlazan con modos de vida y pensamiento de hace miles de años. Esta y otras muchas costumbres, todavía vivas, remontan a mitos (interpretaciones) cosmogónicos antiquísimos sobre el origen del mundo, del hombre, de la caza, de la muerte, o sobre el origen de los animales y las relaciones religiosas entre el cazador, la pieza cobrada y el Señor de los animales.

Dado el poder mágico-religioso de los signos, es probable que los gestos de las figuras antropomórficas del arte protohistórico - Hoggar, Lascaux o Altamira- estuvieran cargados no sólo de significación sino también de poder.

El final de la época glaciaria (c. 8000 a C.) alteró el clima y el paisaje. El bosque sustituyó a la estepa, y la fauna, especialmente renos, se retiró hacia las regiones septentrionales, seguida parcialmente por los cazadores. Pero muchos de éstos se instalaron a orillas de ríos y lagos, donde vivieron de la pesca y de los animales domesticados: cerdos, cabras, carneros. . .

El establecimiento de pequeñas aldeas precedió a la invención de la agricultura y de otros inventos menores, como el del arco, manufacturas de cuerdas, hilos, anzuelos o embarcaciones seguras.

Ríos y lagos fueron desde entonces *lugares sacros* privilegiados. Numerosos utensilios, propios de ofrendas, que datan de aquel período y de otros posteriores, han sido descubiertos: flechas y hachas, *ídolos* de madera, pinturas geométricas, guijarros pintados.

Tal vez, tras la época glaciaria, llegó a su apogeo el culto de los antepasados, por el recuerdo de las épocas anteriores, cuando los lejanos predecesores vivían en una época de abundancia, verdadero *paraíso de los cazadores*.

Los progresos del Mesolítico fueron el inicio de las diversas civilizaciones. Los residuos de las sociedades de cazadores paleolíticos se refugiaron en zonas marginales: desiertos, montañas, grandes bosques, -donde aún quedan algunas-, pero la caza siguió siendo el medio de subsistencia en las sociedades de agricultores. Los mejores cazadores se emplearon seguramente como defensores de los primeros poblados al aire libre, frente a las fieras y los hombres feroces.

Los habituales sacrificios cruentos, de hombres y animales, no hacían sino repetir la muerte de las piezas por el cazador.

Muchos milenios después del triunfo de la economía agrícola seguirá vigente el mundo ideológico del cazador primitivo. Los invasores y los conquistadores indoeuropeos y los jinetes nómadas del Asia Central, desde Atila a Tamerlán, se comportarán con sus víctimas, las poblaciones sedentarias, ya como cazadores de fieras, ya como encarnizados animales de presa, epónimos (héroes que dan nombre) de las tribus agresoras, especialmente el lobo, de cuya conducta se apropiará el guerrero prototipo en su iniciación militar.

Las técnicas de la caza y de la guerra llegarán a confundirse durante siglos. Ortega y Gasset popularizó la hipótesis de que la caza hubiera sido el origen mismo de la civilización: jóvenes de hordas próximas comenzarían a llevar a cabo empresas comunes, cacerías mayormente, hasta que un buen día decidieran caer sobre las mujeres de hordas distantes para arrebatarlas y llevarlas con ellos. Sería el origen del matrimonio, del Estado, de la civilización. El legendario *rapto de las sabinas* por los romanos y la fusión de los sabinos con éstos es la versión latina de la hipótesis.

En fin, no es menester subrayar que desde la aparición de los asirios hasta ayer mismo, la caza ha venido constituyendo la educación por excelencia y el deporte favorito de los soberanos y de las diversas aristocracias.

Hoy se ha extendido a largas capas, no aristocráticas, de la sociedad. Tal vez, porque, como sostiene el mismo autor que escribió el inolvidable *De la aventura y la caza*, ésta se encuentra preformada en la condición misma del hombre y brota de las zonas más pro-

fundas de su ser; por eso es su distracción más radical (más enraizada) y en ella descansa todo el hombre de la vida trabajosa que lleva encima.

Para empezar, el escritor magistral Miguel Delibes, maestro también de cazadores, sólo está dispuesto a admitir las protestas de no violencia que procedan *de un consecuente e incorruptible vegetariano*. Para encararse luego con cualquiera que le reproche la crueldad de la caza:

- ¿Cruel? ¿Y por qué cruel? Que yo sepa, nadie se plantea estos casos de conciencia ante una lubina o un solomillo de ternera. El fin de la perdiz no suele ser más cruel que el de la lubina o el de la ternera. Se está imponiendo una falsa sensibilidad que me aterra. Tengo entendido que un carcelero de Dachau lloraba porque se le murió un canario. ¡Ojo! Yo procuro fomentar la sensibilidad ante el sufrimiento gratuito de los animales, pero sin caer en lo enfermizo.

Y después que me hayan distraído en mi paseo no sólo los cazadores, sino su historia y la misma caza, sigo mirando, contemplando y recorriendo la limpieza luminosa de esta mañana de enero.

CON JOSÉ MARÍA DE AREILZA

Tras mucho tiempo de silencio, José María de Areilza (Portugalete, 1909) ha muerto en Madrid, donde residía, y lo han traído a enterrar a Motrico, donde tenía su segunda residencia.

Tuvo José María de Areilza muchos oficios y dones: ingeniero, diplomático, político, hombre de mundo y de mundos, curioso sin fin, conversador singular, viajero empedernido, lector furibundo . . . y un escritor de raza, de la raza bilbaína de los Unamuno, Meabe, Sánchez Mazas, Mourlane Michelena, Zunzunegui, Araquistain, Zuazagoitia . . . En sus años de madurez escribió unos artículos, verdaderamente modélicos, de viajes y de semblanzas de hombres de su tiempo, poniendo todo su inmenso saber histórico, geográfico, artístico, etc., en torno a un paisaje, una ocasión, un hombre concreto.

Lo tuve, en su postrera etapa, como presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa. Le invité a Pamplona (Parlamento y Ateneo) para que nos hablara de esa Europa, que conocía de primera mano. Lo acompañé por Navarra. Me invitó a sus casas de Motrico y Aravaca, preocupado como estaba por la suerte de Euskadi y de Navarra, y juntos presentamos la serie de *La Casa en Navarra*, de Julio Caro Baroja, en Madrid, como juntos colaboramos en la serie de Antonio Eslava, *La Mar Océana*.

Pero esto no es nada o es un último recuerdo agradecido comparado con lo que le debe el viajero a ese maestro de viajeros, que es todo buen escritor, viajero por mil geografías e historias, por donde nos llevó y sigue llevándonos.

Nos acercó, como pocos, en cuatro trazos, a personajes que él conoció de cerca, como Marañón, M. Aznar, Martín Artajo, Castiella, Zunzunegui, J. M. Oriol, Azorín, Kennedy, Mitterrand, Tierno, Aron, Malraux, los Caro Baroja . . .

O a los que conoció bien, aunque de más lejos: Usandizaga, Espartero, Canalejas, Ayala, Ercilla, Elcano, Metternich, o Francisco de Javier.

Cada personaje vive en su tiempo y lugar. Y don José María, bilbaíno de grises y madrileño de azules, sabía bien que no es lo mismo uno que otro:

Hay hombres de cielo cubierto y gentes de cielo diáfano. Su talante es distinto. Y su filosofía bien diversa.

Pocos como él captaron los embrujos mil de la naturaleza. Las nubes norteñas:

Son nuestro manto genético. Bajo él hemos nacido. Y de él hemos recibido humedad, media luz, contornos imprecisos, vaguedad en los paisajes, y, acaso, niebla en las almas.

La luz de otoño sobre la costa cantábrica:

La luz de otoño no fecunda, ni madura, como la de la primavera o la del estío, pero penetra más adentro en la silueta de los paisajes vascos, empapándolos hasta dejarlos henchidos de color y de forma.

El viento Sur (*erreka aizia*) de su Vasconia natal, que intentaron apresar Regoyos, Ricardo Baroja o J. A. Ormaeola:

No viene del Africa ardiente sino del Atlántico húmedo. No corta el perfil de los montes con punta seca sino con siluetas de plasticidad oscura y ondulante.

La caída del tilo del jardín, derribado por el huracán:

El gran tilo desaparecido de mi jardín era tan denso y cerrado en su foliación que no permitía el paso de la luz en forma directa, sino que derramaba una verdosa transparencia hecha de sol y clorofila a la vez estimulante y portadora de sosiego.

Los pinos junto al mar:

El pino sujeta la escorrentía de las pendientes y aroma la noche con la trementina de su respiración.

El mar:

El agua de mar es el suero fisiológico del mundo y la marea la sístole y la diástole del corazón del planeta.

Cuando estuve en su casa de Motrico, en aquel jardín tantas veces descrito por su dueño, entraba desde el Noroeste el viento iparra, que eriza al mar. Y aquella tarde de mayo en Aravaca, acababan de llegar los ruiseñores, con sus mensajes melancólicos.

Areilza viajó mucho por España. En coche y a pie. Tenía dos centenares de planos de cartografía; muchos libros guías, comenzando por los de Madoz; mapas, grabados. Viajaba siempre con algún amigo, o lo buscaba en el lugar. Y en cada uno de ellos vaciaba cordialmente lo que él sabía de sus hombres de todos los tiempos:

No hay verdadero paisaje sin historia. Sin recuerdo del drama humano que se desarrolló en su ámbito, los paisajes, que son pura y simplemente historia natural o geológica, son incompletos; se hallan a falta de un elemento sustantivo que les confiera vigor, contenido y nostalgia

Y así conoció toda España Desde la calzada alayesa, que atravesaba el macizo de Aitzgorri, por el pórtico y túnel de San Adrián, hasta Babia, en el norte leonés, para seguir hasta el bosque original

de Murriellos. O desde la iglesia románica de Santa Eulalia, primitiva sepultura de Pelayo, hasta la Mesa del Rey, por los vericuetos por donde llevó el pastor misterioso a los reyes y condes cristianos vencedores en las Navas de Jaén. Y con él aprendimos a llegar a San Victorián, el panteón de Iñigo Arista, junto a Aisa, o a Peñalba de Santiago, y a la cercana escombrera de las Médulas, la mayor explotación cunífera del Imperio romano. Y para qué hablar de su dominio de los parajes madrileños y vizcaínos.

De toda Europa nos dejó páginas tan evocadoras como incitadoras. Y desde el atardecer de Estrasburgo, sobre la terraza de la torre inconclusa de su catedral, a donde subía el estudiante Goethe, oteó sagazmente la Europa que se ofrecía a las nuevas generaciones.

Antes de conocerlo, lo acompañé un día por Alduides, *especie de cola carpinteril en el trazado hispano-francés de los límites territoriales recíprocos*. Visitamos la iglesia y vimos el mojón terminal del *largo* de un frontón de rebote, recuerdo del célebre y legendario pelotari Perkain. Subimos por el collado de Errazu. Bajamos por Maya y Otsondo hasta el valle del Nive, y en Urdax rememoramos los telegramas que anunciaban a los madrileños la entrada de don Carlos de Borbón.

Recorriendo otro día el tablero baztanés, nos demoramos en la plaza de Irurita, subimos a la torre de Ursúa, vimos los cimientos entre zarzas del bastión de Amayur. Don José María, mirando el collado de Peña Plata, recordó a su abuelo, oficial liberal, prisionero de los carlistas en un campamento cercano, durante unos meses, hasta su canje. En Lecároz visitamos la biblioteca y el cuarto de trabajo del P. Donostia, el que comprendió que *Vasconia es ante todo un pueblo que canta sobre el Pirineo*.

Los escaques del Baztán, negros y blancos, le traían al escritor vasco hasta el tablero de ajedrez de la vida, donde las piezas contra-

puestas luchan entre sí por el destino del hombre, que no está condenado fatalmente al progreso material y a una existencia inhumana en grande ciudades, sino que tiene derecho *a insertarse en la naturaleza de la que forma parte y a encontrar en ella el ámbito de una más perfecta realización.*

Tras recordar un día el primer sitio de Bilbao, en 1836, volvía el sucesor de los Areilzas bilbainos paseando por las riberas actuales de la ría, viendo la completa transformación de aquel choco de sus abuelos.

No sabemos lo que ha de contener el tiempo que viene -pensaba-. Sólo podemos diseñar un porvenir voluntarista. Lo demás pertenece al pasado, que nos sigue aunque no queramos. Evocar el rastro del ayer es despertar en nuestra imaginación voces y figuras que nos acompañan.

Voces y figuras de los que fueron pero están ahí. Al cristiano liberal que fue Areilza le parecía más razonable pensar que el espíritu o el alma permanezca, después de su tránsito, en *un trasmundo*, que siga siendo el de sus *vagabundeos existenciales*, sin hacerlo vagar “por empires lejanos imaginados por teólogos, artistas y poetas”, cuando lo verosímil, dentro del misterio, sería su presencia invisible junto a nosotros, *cerca de sus estancias preferibles, mientras esperan la resurrección.*

Sin barcas de Caronte, sin mundos estrafalarios de Jerónimos Bosco, sin Dantes interpretados por Gustavos Doré, por ahí cerca alea el espíritu o alma viajera de don José María de Areilza . . .

BLANCOS Y NEGROS EN URGAIN

Hoy también llueve en Urgain (pueblo sobre el agua). Llueve, como llovía cuando doña María y María Isabel salían, desoladas y arruinadas, del palacio nuevo (Jaureguiberri) en dirección a Vizcaya, en un cochecito de mano.

Llueve, y durante algunas pausas *las nieblas blanquecinas y densas tocan la raíz de la sierra.*

Sigue tan enhiesto como entonces *el cónico picacho de San Donato*, hoy con unas puntillas de nieve. Y el monte Aralar, aunque ya recorrido por la nueva carretera, sigue acercándose al llano *por escalones de redondeadas lomas.*

No es difícil identificar la villa de Urgain, leyendo algunos nombres de términos o de algunas calles, como Maiza o Larraña, o sabiendo que el lugar tiene un palacio, una fuente y casa consistorial con soportales.

Esta es la villa navarra escogida por el insigne escritor pamplo-nés Arturo Campión y Jaimebón (1854-1937) para su novela Blancos y Negros, subtitulada *Guerra en la Paz*, publicada en 1899. Una trama de carlistas y liberales, novela de tesis donde las haya, concebida y llevada a cabo para de-mostrar la maldad e inutilidad de ambos junto a la bondad y necesidad de una tercera plataforma, a la que el autor, después de saltar de una en otra, acababa de arribar: *un partido en ciernes, católico y fuerista, éuskaro por otro nombre.*

Me gustan mucho más otras creaciones literarias de Campi3n, especialmente narraciones breves, no tocadas por el empeño pol3tico. Me gusta mucho menos esta novela, que pasa por ser la m3s conseguida de su autor, si la comparo, por ejemplo, con su contempor3nea *Guerra y Paz*, de Miguel de Unamuno, sobre la guerra civil y el cerco de Bilbao en 1874, obra sin partidismos, sin monsergas, con una penetraci3n pol3tica, hist3rica y espiritual que conmueve y purifica, que llega hasta los reda3os del alma.

Unamuno, por cierto, calific3 de excelente la novela de su paisano, y, la verdad, no faltan en la obra m3ritos singulares, como la descripci3n de algunos exteriores y sobre todo interiores: el d3a de mercado, la maizechuriketa, el palacio...; la creaci3n de algunos tipos, como do3a Mar3a o Martinico; el logro de algunas secuencias, como la muerte de este 3ltimo, la enfermedad del abogado pamplon3s don Ignacio o de la palaciana ... Pero, en general, los trazos son tan simples; la raya que divide los personajes y sus campos tan gruesa e intransigente; que el artificio se revela pronto y da al traste con lo que pudo ser una buena novela regional-social, como las que en ese tiempo triunfaban.

Falta, por otra parte, una adecuaci3n realista a las gentes del lugar por parte del discurso erudito del autor. Mientras unos personajes hablan con un lenguaje, de tan b3rbaro, rid3culo, otros se expresan como profesionales, qu3 digo, como acad3micos, cosa harto inveros3mil en el Urgain de entonces y en el de ahora.

Pero el viajero, que vuelve al lugar3n cien a3os m3s tarde, no es ni se las da de cr3tico literario, sino que, pidiendo perd3n por el exceso, va y recorre Urgain recordando a los blancos y negros y otras especies que pueblan la novela del maestro navarro, a quien ha le3do y lee, le guste unas veces s3 y otras veces no, unas veces mucho y otras veces poco.

Los Ugarte son el bosque centenario. Han sido los conductores durante siglos de estos montañeses indómitos. Capitanes a guerra del valle contra los invasores, tal vez desde que el 1312 pidieran al gobernador Enguerraund de Villers la construcción de una bastida que agrupara los poblados dispersos y los defendiera del constante ataque de los guipuzcoanos. Cuando, tras la construcción de la muralla por el rey Carlos II, tomaron la villa los castellanos en 1387 o cuando el 19 de marzo de 1835, conquistó Zumalacárregui su fuerte, mereciendo Urgain ser corte real, varios meses después, durante unos días.

Son, además, patronos de la iglesia de N.S. De la Asunción, que el viajero encuentra hoy cerrada a hierro y canto.

El palacio nuevo o Jaureguiberri se asienta en una colina suavemente inclinada hacia el río, "que le va lamiendo el pie y con sinuoso curso sale a cortar el camino de la estación". El río Araquil divide el valle Burunda entre las cercanas y contrapuestas sierras de Andía, Urbasa y Aralar. La ingente mole de Urbasa rompe la línea de su mole ciclópea, *como si en las edades geológicas, dotada de movimiento, se hubiera desviado de su camino con descomunal huída de encabritados saltos.*

Cuatro magníficos escudos adornan los cuatro ángulos de la monumental escalera doble bajo la marquesina de cristales.

En el casón vive doña María, clásica hidalgona, estirada y racial, a la para que piadosa y caritativa, y rige sobre una hacienda en quiebra y una casa hipotecada. Su guapa hija María Isabel espera un novio, y Mario, último vástago y heredero de los Ugarte, arrojó al río su espada y su opinión en el puente legendario de Arnegui, aquel fatídico 28 de febrero de 1876.

- Ya no eres carlista, eres liberal, apóstata, renegado -le ha espetado el dominico exclaustro Fray Ramón de Aguinaga, delegado regio y trabucaire, comilón y colérico, requebrador y parolero, cuando Mario se ha negado a participar en la próxima contienda electoral.

A los que ahuyenta el nombre de don Carlos, Dios y Fueros se los atraerán -le dirá luego Mario- (...) Luchemos por perpetuar la fisonomía castiza del pueblo navarro, que ya empieza a descomponerse y alterarse. Cese el grito de los partidos españoles y resuene el himno de la hermandad navarra; nada hará él por dividir, cuenten con él para aunar.

- ¡Mestizo! le enjarreta furibundo Fray Ramón, a quien El Centinela Liberal le da el mote de *Fray Trabuco Urnas y toenia faciosa*.

Pero los improprios del ex-fraile son menos peligrosos que los turbios propósitos de don Juan Miguel Osambela, el escribano o notario, *en todo linaje de marrullerías ducho*, cacique liberal, casado con una cubana empalagosa y dicharachera, padre de tres hijos, tres astillas que han salido al palo.

Don Juan Miguel ha aprovechado la debilidad de sus rivales políticos y se ha quedado con el crédito hipotecario de don Juan Leoz contra la casa de Ugarte. Hasta que le interese, va a amargar con la boda de María Isabel con su hijo Pedro, el médico del pueblo, que le va a causar a doña María terribles ataques de disnea y lesiones vasculares hasta ponerla al borde de la muerte.

Suelen reunirse en la taberna del aragonés Aquilino Zazpe, centro popular muy activo de los carlistas, junto a la casa consistorial. Y a ella acuden también mozas morenas, carabineros, guardias civiles y mozos de estación.

Aquilino, como todos los jornaleros de la tierra baja, *donde el carlismo es opinión radicalmente democrática, con puntos y ribetes socialistas*, es acérrimo partidario de don Carlos, y con él toda la familia. En torno a la taberna de Aquilino suelen montarse unos bailongos sensuales y zarrapastrosos, mientras, en la contigua plaza de los Fueros se

oye el silbo angelical del txistu y puede contemplarse el baile genuino y casto de los mozos y mozas propios del lugar.

Hija de Aquilino en la aldraguera y deslenguada Celedonia, la que, lavando en el idílico paraje de Iturbeguieta -*carabineras* y *civiles* a un lado y vascongadas al otro-, ha insultado, calumniado y al fin le ha clavado las uñas a la Josepantoni, la Josefa Antonia Oyarbide, de Ermitalde, la Venus local del relato, la neskacha más retrechera y honesta de Urgain, de *añeja* y *pura sangre vascongada*, que apenas habla castellano pero es mucho más fuerte que la bruta aragonesa, a la que zambulle en el río al grito vascónico de

- El perro rabioso huye del agua.

Celedonia tiene un hermano, más bruto todavía que ella, Casildo, apodado *El cuadráu*, voluntario en la guerra carlista con Radica, el de Tafalla. Casildo ronda obsesivamente a Josepantoni, la piropea en cualquier ocasión, y hasta se atrevió a robarle un beso en la fiesta de la *maizechuriketa* (desvainadura del maíz), que la moza rechazó con indignación.

Los dos hermanos hablan no sólo un *idioma extraño* -que es, por cierto, el que habla y escribe el novelista- sino un castellano o español tan bárbaro, que cuesta a veces identificarlo.

A la Josepantoni el que le gusta es Mario Ugarte, amigo y cuentador de su familia. O, al menos, eso dicen, eso y mucho más, y por eso los llevan en coplas malignas, sobre todo desde que Mario acertó un día en el campo a librarla de una segura violación a manos de El Patas y El Peinero, dos reclusos escapados de la cárcel de Salvatierra.

El antivasco típico y tópico en Urgain el esperpéntico maestro don Bernardino Balda, pobre, enfermo incurable de pulmón, hijo de un mísero villorrio del Pirineo: *una de esas almas modeladas por la guerra de la Independencia, madre verdadera del unitarismo español*.

Odia jacobinamente al regionalismo, detesta al vascuence *con un odio de renegado*: todo escolar que lo hable carga con un anillo de castigo que el maestro reparte cada día entre sus alumnos. Al niño anillado no sólo le atiza con la regla de cuadernillo sino que le tira de las orejas y del pelo, le arrea bofetones, puñadas y toda clase de golpes.

La víctima de maestro tan monstruoso suele ser casi siempre Martinico, el más pobre y desgraciado de todos, el nieto de la mendiga, mendigo él también y contrahecho, a quien don Bernardino llama tortuga, sapo, bribón y ratero. Tanto debió de darle un mal día, que el chico cayó al suelo, tardó en recuperarse, enfermó, se agravó y murió, atendido sólo por los sollozos e imprecaciones de su abuela y los solícitos cuidados de doña María de Ugarte.

Ha corrido el dinero de don Santiago Gastaminza, *el americano*, candidato liberal a las elecciones provinciales, a través de ganchos y muñidores.

En el café La Paz se reúne en tertulia *el puñadico de negros* incondicionales: el estanquero, el maestro, el boticario, el celador de caminos, el alguacil, el juez municipal, el panadero-tabernero, y Lucas Elizalde, *montañés de cara boba*, secretario del ayuntamiento. Con la ayuda imprescindible del notario don Juan Manuel, han desherenciado inquilinos, reclamado derechos, ofrecido préstamos, reunido expedientes..., a la vez, que regalado, gracias a la esplendidez de don Santiago, cafés, licores y puros. Han aprovechado también que en torno a la taberna de Zazpe hubiera a menudo rondas, trifulcas y palos, para meter en la cárcel, con cualquier motivo, algún votante carlista.

Los liberales -piensan muchos urgaindeses-, *pese a quien pese, mandan. Suyos son el rey, los ministros, los jueces, los generales y hasta los obispos*

Los carlistas, o *blancos*, por su parte, grupo mucho más popular y nutrido, se han movido como siempre, de lo lindo. La sala del organista, don Cayo, electorero consumado, es su centro de acción. También aquí se pagan vasos, tazas y copas. No suelen faltar el beneficiado don Tomás, el cerero, el antiguo guardia de corps, don Abdón el coadjutor, y hasta el ex-diputado de la causa don José Joaquín, que se mofa de los curas politiqueros y razona a veces como un liberal.

Es la mañana del día de las elecciones y la gente va llegando a la plaza.

Casildo y los suyos se arraciman debajo de los soportales de la casa consistorial, blandiendo algunos de ellos palos y navajas.

Cuando don Juan Manuel y los compinches del *puñadico* echan a andar, les cae una lluvia de piedras y silbidos y tienen que retroceder. El notario apostrofa en vano a la guardia civil, que se resiste a intervenir. Los carlistas ocupan la izquierda de la plaza y los liberales la derecha. Se miran y se insultan unos a otros. Saltan palabrotas y blasfemias. Las mujeres, que no votan, se asoman sobresaltadas a las ventanas y balcones y cierran las puertas de las casas. Sólo Celedonia reparte en la acera de la taberna copas de aguardiente animando a los suyos.

Don Javier, el abad bondadoso, carlista de corazón pero cura ante todo, ha conseguido que Mario Ugarte, cuando sólo falta una semana para que *Jaureguiberri* se le vaya de las manos, medie con su acreditado prestigio en el conflicto electoral que desgarró la villa.

Llega don Mario a la plaza encrespada: unos le saludan, otros le increpan. Pero él se va hasta el centro y se pone a hablar. Y habla de paz y de unión; habla al navarro, *al éuskaro, recubierto por tantas capas de mentiras políticas, históricas y nacionales, sedimento de los tiempos...*, para, después, terminar llamando a votar al baztanés don Enrique Zubieta, católico y fuerista, *único candidato por quien no habría en Urgain vencedores ni vencidos*.

Al terminar don Mario su encendida perorata, se hace el milagro, como un *Deus ex machina* que se posara sobre el pueblo.

Lo llevan en hombros entre vítores y aplausos hacia la casa del ayuntamiento.

Todos cambian el voto en favor de don Enrique Zubieta, el recomendado por el heredero de los Ugarte.

Todos no, porque ahí están don Cayo, el organista, y Casildo, y Celedonia... comiéndose los higados de rabia.

Van votando, uno tras otro, en larga fila, en el salón principal. El entusiasmo es común y contagioso. Mientras unos bajan, otros suben. Don Mario vota el último. A la puerta del edificio, bajo los porches, se apiñan, fervoroso, los vecinos de Urgain y aclaman al hombre de la paz, al héroe de la unión. Casildo, furioso y celoso, aprovecha el momento, se mete entre el gentío, bajo y cuadráu como es, y le clava la navaja por el costado, huyendo al instante como alma que lleva al diablo.

Aprovechando el indescriptible tumulto, el secretario, cucho ya en estos lances, pone todos los votos del fuerista don Enrique en la casilla de don Santiago, candidato liberal, que obtiene así la mayoría absoluta en el colegio electoral de Urgain.

Han pasado sólo unos meses.

Osambela se quedó con *Jaureguiberri*, sin muchos requilindorios. Doña María, aire cadavérico, y su hija María Isabel se fueron a Vizcaya, un día que diluviaba.

La causa formada a Casildo Zazpe se sobresayó en el juzgado de Pamplona. Pero su padre, Aquilino, no le perdonó el crimen y lo expulsó de casa.

Josepantoni se casó por fin con José Martín Goenaga, el heredero rico de Zubizar.

Han llegado las elecciones a Cortes poco antes de la trilla. Es el tiempo de limpiar y endurecer el suelo de las eras. ¡*Larraña kootzatzer!*

Entre el cuarreo de las ranas y el crótalo de los grillos se oyen gritos e insultos entre blancos y negros. Esta tarde ha habido puñetazos, mordiscos y revolcones por el suelo recién barrido y cubierto con fiemo y agua.

No se sabe bien a veces -comenta el novelista partisano- quién es uno y quién es otro, todos tiznados y embadurnados -parificados- por el líquido recién esparcido, nauseabundo y pestilente. *¡Mil veces más pestilente es el fiemo de la política española!*

Llueve en Urgain, al que la nieve se le ha quedado lejos, en las capillas altas de Aralar, pero no en los faldones hayosos; tampoco en Hayekopikoa.

Urgain ha crecido mucho y ha roto sus apretados cercos de antaño por el sur y por el oeste. Urgain ha creado o recibido muchas empresas: de transportes, construcción, carpintería metálica, cerámica, muebles, válvulas y accesorios, electrodomésticos... La torre-chimenea de la tejería vieja es ahora enseña de desarrollo industrial de toda la villa.

Recorro los cuatro barrios de la bastida medieval: Maiza, Mundiñano, Ugalde y Lázcoz, cuyas casas quedaron devastadas por el incendio de 1679. Una calle guarda el recuerdo de la torre defensiva o *kaxerna*. Hay una grúa amarilla en la calle mayor: están haciendo y rehaciendo varias casas. Algunos rincones necesitan una buena mano.

Se ven por todas partes pintadas a favor de ETA y de sus presos. A la entrada de la neoclásica casa consistorial se extiende un letrero del género. En sus cinco balcones quedan restos de lazos, telas, y otros materiales de pancartas expuestas.

Algunos bares de la calle mayor y de la plaza traen a las mientes del viajero la estampa de los centros de reunión de los blancos y negros de la novela fin de siglo.

El caserón a cuatro aguas de Jáuregui, palacio o casa Bernonekoa, está hartamente decaído, y uno duda si el novelista se refería, más bien, a la casona en sillar moldurado del Provinciano (*del guipuzcoano*), más próxima al pie de la colina y del barrio de la estación.

Los rótulos de las calles están sólo en vasco. Oigo hablar mucho castellano en la calle.

Miro las sedes de dos partidos nacionalistas embadurnadas de pintadas rojas y negras, agresivas y mortíferas. Una de las puertas está quemada y sobre ella escrita la causa (¡suprema?) del delito: *Español*. ¿Blancos y negros? Aquellos polvos han traído estos lodos (siempre fiemo).

-Mejor que no vea usted todo esto, don Arturo: no se lo hubiera imaginado.

LOS CARNAVALES, NUESTRAS LUPERCALES

Baaja la horripilante comitiva carnavelera, que ha partido del frontón Zelandi, por las calles Zelay, San Juan, Alzania, Zumalacárregui, para, por la cuesta Zubelzu, entrar en el casco antiguo y disolverse en la plaza de los Fueros, después de bailar, por última vez, el *ingurutxo*.

Tras el estandarte precursor sigue el arado (*golde*), tirado por dos figurantes que hacen de bueyes y guiado por un tercero, mientras otros dos meten las manos en un caldero y van echando ceniza por el suelo. Es el rito simbólico de la fecundación de la tierra, anterior sin duda a las fiestas de la Siembra, que se celebraban en Roma a finales de enero, y común a muchos carnavales rurales en todo el mundo.

Vienen detrás los *momotxorros* (máscaras, espantajos, fantasmas), con la cornamenta bovina embutida en un cestillo, sobre el rostro tiznado, tapado por un cabezal o frontal, negro o rojo, (*ipuruko*), de trencillas o crines. Una ancha piel de oveja -*narrua-larrua*- recubre las espaldas, colgantes del cuello o sujetos a la cintura los cencerros. Camisas blancas, mandarras y brazos ensangrentados, y en las manos palos o sardes de tres púas, mientras, gritando y saltando, van azuzando a los espectadores de las primeras filas, entre bromas, risas, sustos y corridas.

Antes más, los *momotxorros* salían en grupos pequeños y, reunidos a toque de cuerno, atemorizaban a las buenas gentes. Pinchaban, atropellaban y hasta tiraban a quien les hiciera frente a charcas, ribazos, etc. O se cebaban en personas débiles o indefensas. El miedo de la población -nos cuenta Alfredo Feliu, que describió muy bien el desfile de 1985, recién restaurado el carnaval- fue uno de los mayores obstáculos para su reconstitución.

De vez en cuando truena el cuerno ancestral. Pero desde 1982 el carnaval alsasuarra tiene una base musical y coreográfica que antes no tuvo. El musicólogo Juan Antonio Urbeltz encontró en los archivos de Lecároz una vieja melodía local, que nadie sabía cómo se bailaba, a la que se llamó *Ingurutxo de los Momotxorros*, interpretado por los txistularis, tocados hoy de sacos de arpillera, que hacen saltar a los carnavalantes en círculos; blandir los sardes, palos o escobas; girar las testuces, y dar puntapiés en el aire.

Los *momotxorros* no están solos. Los siguen corros de brujas aulladoras y enloquecidas, escoba en mano; almas en pena, ensabanadas, con bastones que llevan a guisa de pomo pequeñas calabazas; magas y magos estrafularios, con caperuzas estrelladas y holgados vestidos talaes; *Juantramposos* gordinflones, rellenos de hierba seca; porteadores de cráneos de bueyes y moruecos. Los gaiteros ponen un poco de armonía en el estruendo figurativo. Algunos cohetes pujan por los aires y fulguran unos segundos.

Julio Caro Baroja comparó este cortejo carnavalesco con similares de Galicia, Asturias, Cantabria, Castilla y León; y algo parecido podríamos decir de otros de España y de todo el mundo.

Detrás de un bullicioso grupo de figurantes con cintas multicolores, bandea ligeros pasacalles la banda municipal.

Cerraba, en años anteriores, el aparentemente desordenado tropel un peludo macho cabrío, gran cabrón -*aker*-, con grandes cuernos negros, llevado en andas por cuatro enmascarados, de las que pendían sonoros cencerros. Pero este año viene y va a pie, recorre los gru-

pos de carnavalantes, salta, se encabrita, espumajea, cornea, carnavalea, anima, solivianta, manda, reprende, padrea y patronea, entre una ondulación de banderines, pendones, guiones, jirones, grotescos y fúnebres.

¿Qué hacen ahí esos extraños figurones, que van de Roldán y Tejero (a estas horas) y de "Fernando el Caótico"? ¿Qué pintan, en este carnaval rural y lupercano, ellos tan (doblemente) poli-tizados?

Marte era no de los dioses más antiguos y venerados de todos los pueblos itálicos, y parece haber sido el dios principal hasta que se impuso a todos Júpiter. Dios de las batallas, parece que fue antes un dios rústico, que presidió la vegetación y la fuerza productora de la naturaleza: Marte Silvano. Y, si llegó a ser ante todo un dios guerrero, defendía también de los enemigos las cosechas, los bosques, los animales.

Siendo Marte todo eso, los romanos le consagraron el lobo: *Lupus martius*, *lupa martia*. La tradición mítica e historizada de Roma nos cuenta que una loba oyó los vagidos de los gemelos Rómulo y Remo, abandonados en una arqueta y llevados por las aguas del río Tiber hasta el follaje de una higuera, entre el Campo de Marte y el Foro Máximo. El animal los acarició con la cola y les puso las ubres en la boca. El sitio se llamó desde entonces *Lupercal*, y por la abundancia de la leche de la loba fue tenido desde entonces como lugar mágico de fecundidad. El lobo fue en muchos pueblos antiguo símbolo de fecundidad y de ardor guerrero.

Sigue diciendo la tradición legendaria que Rómulo instituyó una fiesta en ese lugar y comenzó sacrificando un perro en honor de la loba nutricia, porque los perros son los peores enemigos de los lobos. A los perros sucedieron luego cabras y machos cabríos en la fiesta celebrada por pastores. La loba divinizada por Marte se convirtió en *Dea Luperca* (diosa Luperca), y *Lupercus* se llamó a *Faunus* (Pan en Grecia), dios campestre, fecundador de rebaños y su protector frente a los lobos, amante de la ninfa *Marica* y padre del rey *Latinus*.

Los lupercios o luperques, cuerpo oficial encargado del culto a Lupercus, fueron en un comienzo pastores, hasta que un día fueron seleccionados entre los doce más nobles de Roma (Quintilios, Fabios y Julios), renovados cada año. Tal colegio sacerdotal existía también en ciudades como Preneste y Veliterna. Luperco fue también un nombre común, y uno de los mártires romanos lleva este nombre.

Los lupercios ofrecían el sacrificio a la diosa ante la gruta Lupercal, en el monte Palatino. Una vez sacrificadas las víctimas animales -que pudieron ser primitivamente humanas-, se presentaban ante el ara dos jóvenes y el sacerdote tocaba sus frentes con el cuchillo sacrificador, manchado de sangre, y luego los enjugaba con un co-po de lana empapada en leche. Tal vez parte de un rito iniciático, cuyo sentido se perdió ya en tiempos anteriores a la República, era ahora motivo de risa y diversión para la gente joven.

Abrían enseguida el desfile, danzando, los lupercios, semi desnudos; disfrazados de lobos o machos cabríos; cubierta la cintura por una especie de taparrabos -*subligar, cinctus, amiculum*-; untados con la sangre de los animales, y llevando en la cabeza una corona simbólica de Fauno. Recorrían los alrededores del Palatino, como nos describe detalladamente el historiador romano Tácito.

Ovidio recoge todavía la fórmula o una de las fórmulas arcaicas:

"Italicas matres, inquit, sacer hircus inito!"

(Sagrado macho cabrío, lánzate sobre las madres itálicas!)

Y continúa el poeta:

Las esposas son invitadas a presentar las espaldas a los azotes fecundos de las pieles cortadas en tiras. A la décima vez que la luna volvía a incrementar sus cuernos, el marido se veía padre, y la mujer era ya madre

Se trataba de un rito purificador y de fecundidad, como otros muchos ritos celebrados dentro del ciclo renovador del Año Nuevo, del que hablé en otro de mis trabajos.

Los luperques o lupercios, con las correas cortadas a los cápridos sacrificados, golpeaban durante el desfile las espaldas y manos de las mujeres que se las ofrecían, esperando que les confirmasen o devolviesen la fecundidad. Algunos, como el satírico Juvenal, se reían de tal superchería: *Ni les sirve de nada ofrecer las palmas de sus manos al ágil lupercio*. Otros autores se fijan más bien en la desnudez. Virgilio cita lacónicamente *los desnudos lupercios*. El poeta cristiano calagurritano Prudencio habla por dos veces de los lupercios correedores y de los romanos que buscan: *las fustas de las fiestas Lupercales y sus desnudas carreras de jóvenes*.

¿Por qué desnudos? Porque -nos dice Ovidio- así solían ir en tiempos primitivos anteriores al reinado de Júpiter, y así andaban Rómulo y Remo. Y, además, porque a Fauno *le gusta correr desnudo por los altos montes y perseguir a las fieras dañiñas para los ganados*.

La fiesta, como casi todas, fue degradándose con el tiempo, y el papa Gelasio, que la suprimió el año 494, no se inventó los abusos que condenaba. Ya Augusto prohibió a los jóvenes impúberes correr tras los luperques. Y Cicerón califica a la sociedad de estos *hermanos* como *salvaje y enteramente pastoril y agreste, quizás por haber sido establecida antes de la educación humana y de las leyes*.

Pero el sentido genuino de la fiesta primitiva fue sin duda, como queda dicho, el de la purificación. *Dies Lupercalium proprie februatus vocitatur*, escribe Censorino (El día de las fiestas Lupercales se llama por eso purificado). Era el 15 de febrero, nombre del mes que de ahí trae el origen. *Februare* es lo mismo que purgar, purificar. Y *februa* se llamaban los instrumentos purificadores.

Purificación, ofrenda, fecundidad ¿O todo uno, ¿por qué no?



DON VETURIO

Yo suprimiría -decía Juan Ramón Jiménez- *la mañana, la siesta y el invierno, y sólo dejaría las tardes y las noches, el estío y el otoño.*

Pues yo no suprimiría ni la mañana, qué horror, ni la siesta y ni siquiera el invierno: este fascinante invierno de lluvias y nieves, o de este sol neblinoso y acariciante de las mañanas eneriles, que le empuja a uno a todo lo bueno.

Don Veturio, viejo amigo y maestro, en portentosa madurazón, vive en una linda casa, cerca de Pamplona, que compró con sus muchos ahorros profesionales. Pero él domina la casa y no la casa a él, como ya lo apuntaba Cicerón:

- Oh, domus antiqua, heu quam dispari dominare domino!

Se lamenta mansamente nuestro noventaño anfitrión de los ajes de la edad: de la mucha vista que ha perdido últimamente, y de la obligada dependencia de su vida, antes tan trotadora.

Cuando se despierta, lo primero que hace -después de dar gracias al Cielo, sospecho yo, por mantenerlo sobre los dos pies de la vida-, es oír las noticias por la radio, mientras se desayuna con café y leche, y con la radio se entretiene un buen rato. Se levanta tarde, y se pone a pedalear en la bicicleta estática/estética, que ahora las hacen preciosas. Luego hace tiempo oyendo *la radio clásica*, como él la llama (RNE.2), buena música entre buenos comentarios.

Dice comer sobriamente:

- Un poco de verdura...
- Poquísimo -salta su mujer.
- Dí que no; mucho -replica él.

Lo que son las cosas. En Murcia se acostumbró a engullirse un entremés -chorizo, queso...- entre el primero y el segundo plato, y con ese goloso costumbrismo sigue.

Tras el segundo, mayormente carne, uno o dos pastelicos con una copichuela de Jeréz.

- ¿Güiski, no? -pregunta Pauli.
- Güiski, después de comer.

Y aquí, una disertación doctoral, casi una soflama, sobre la función carminativa del güiski, con gran regocijo de todos.

Después de comer, precisamente, se muestra Don Veturio más anheloso y querulante que nunca, al decir de sus deudos, pero, la siesta cumplida, vuelve a donde solía: a sus lecturas y a sus músicas. Ah, y a los periódicos

- Un vicio.
- Un vicio necesario.

¿Para que hablar de autores? Los tiene todos, en interminables estanterías que recorren toda la casa, casa-biblioteca y fonoteca.

- Ahora acabo de terminar una larguísima biografía de Lincoln.

De los músicos, Schubert y Haydn, sobre todo.

- Y Mozart, claro -se completa-. Su Majestad Mozart.

De ópera, una de sus hondas aficiones, los italianos:

- Verdi, Donizetti y Bellini. Y me gusta muchísimo Rossini.

A Wagner no le entiende bien.

- Pero eso le pasaba a don Ramón María del Valle Inclán -se justifica.

Claro que, si seguimos hablando, saldrán todos los grandes compositores, porque los ha oído todos y los oye mil veces.

Así que entre libros y músicas, y la solicitud intensiva de su esposa, ángel de los llamados Virtudes, a don Veturio -nombre que heredó de su padre castellano- se le hace la una de la madrugada en vela.

Pasear por los pasillos de la casa de don Veturio es dejarse pasear, atravesar por ella. Desde el cofre de boj con incrustaciones de hueso, hecho por su padre, hasta una esplendente edición de *Don Quijote* -de las trece que atesora-; desde el reloj de cuco hasta una deslumbradora galería de cuadros de Martín Caro, todo es incitante, sugerente y un sí no es tentador. Nos tienta la vista, la imaginación y la memoria, nos aviva el entendimiento, y nos mueve la voluntad. ¿Qué otra es la función del arte?

Cada una de estas obras de arte escultórico, pictórico, y orfebril, tiene una historia concreta, y a veces emotiva, que la hace familiar y casera, y tiene que ser vista y admirada aquí, mostrada y explicada por el dueño (dominus de domus) de la mansión y por nadie más.

- Esto me regaló...
- Lo compré en un viaje a...
- Lo heredé de mi ...

Este museo artístico y sentimental completa, pues, la colección de libros y músicas, que han hecho, en buena parte, a don Veturio y lo que él ha sido y es para sus amigos, sus discípulos, y para toda Navarra.

Don Veturio hubiera hecho un buen papel en el célebre diálogo del escritor y orador romano, antes citado, titulado Cato Major (posteriormente, *De Senectute*), situado literariamente en el año 150 antes de Cristo, cuando Catón gozaba los 84 años de su edad.

Entre el austero censor, su amigo Gayo Lelio, y Publio Cornelio Escipión Emiliano, el romano helenizante, refinado y culto, cuántas cosas no habría dicho también nuestro don Veturio. Tal vez no hubiera dejado decir a Catón el Viejo todo lo que le dejó decir Cicerón.

Quizás hubiera insistido en que la vejez aparta dolorosamente de la vida activa (quos avocet a rebus gerendis), o se hubiera quejado también de la debilidad del cuerpo gastado (*quod corpus faciat infirmius*), pero seguro que hubiera mantenido la tesis de su anfitrión de que la vejez no priva, ni mucho menos, de grandes placeres.

Dejando aparte las delicias del agro, que ocupaban al estadista romano, agricultor en Tusculum y tratadista agrícola, ajenos a nuestro longevo paisano, cuántos son los deleites y goces (*voluptates*) propios de la saludable senectud!

Para empezar, la regocijada convicción de que todas las delectaciones, anejas a la bendita tercera edad, y no empecen el juicio, ni son enemigos de la razón, ni ciegan los ojos de la mente, ni están reñidas con la virtud. Lejos quedaron las comilonas, las vinulencias, los insomnios y otros excesos juveniles. A lo más,

modicis tamen conviviiis deletani potest.

¡Algunos caprichos culinarios, de los que antes hablamos!

Queda la rica vida asociativa (sodalitates), en la que don Veturio ha jugado un relevante papel hasta hace muy poco tiempo. Las reuniones de los parientes, amigos, colegas... Los múltiples actos culturales. Sólo por el placer de conversar (propter sermonis delectationem) acudía al prócer tusculano a los convites y fiestas de su tiempo.

Qué felicidad, sosegados los apetitos de la libidine, la ambición, la rivalidad, la enemistad o la codicia, poder estar y vivir con uno mismo! Y, si hay un estímulo para el estudio y la reflexión,

nihil est otiosa senectute jucundius
(nada hay más jocundo que la vejez descansada)

Tras citar ejemplos de venerables ancianos que siguieron siendo escritores, juristas, pontífices..., el escritor latino pone en boca de Marco Porcio Catón el célebre dicho del sabio griego Solón de que ningún placer puede ser superior a envejecer aprendiendo muchas cosas cada día:

senescere se multa in dies addiscentem.

Así, nuestro amigo y maestro don Veturio.

Están herbecidas las sementeras, exhuberantes después de los nevazos.

Por encima de la peña de Echauri, ya se va la abuela-sol a donde su abuela:

Ba doa eguzki amandrea bere amandreagana.

“TU, QUE CALLAS, OH CRISTO, PARA OIRNOS...”

Me llega la hora de comentar en una velada organizada por el Colegio Mayor Roncesvalles, el último y recio libro -que son cinco libros- de Olegario González de Cardedal. Cuatro poetas desde la otra ladera: cuatro poetas y su relación con Cristo: Unamuno, Jean Paul, A. Machado y Oscar Wilde.

De los cuatro, Unamuno es el autor que menos mal conozco. Su mejor libro de poemas, *El Cristo de Velázquez*, es una de mis lecturas preferidas en mi mesilla de noche. Desde Lope de Vega no se habían escrito versos religiosos de tal moldura y belleza. Y la obra es comparable a la de Milton y Klopstock.

*¿En qué piensas, tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?*

El poeta bilbaíno, que elabora su largo poema entre 1913 y 1920, tiene frente a sí el cuadro que dibujó y pintó don Diego Velázquez de Silva hacia 1632 (Cristo de San Plácido), regalado el año 1829 por Fernando VII al museo del Prado. Está Jesús serenamente extendido sobre los dos tramos de la cruz, sujeto por cuatro

“TU, QUE CALLAS, OH CRISTO, PARA OIRNOS...”

clavos. La cabeza suavemente inclinada sobre el pecho, caída la melena delante de los ojos, que miran hacia dentro. Apenas si hay sangre en el costado, manos y pies, y en la corona-diadema real. El cuerpo tiene color de carne no exangüe, color de nueva humanidad. La inscripción en tres lenguas. El subpedíneo de madera soportando el peso. No hay paisaje alguno: cuerpo blanco contra fondo negro.

No es el Cristo agónico que muere sino el Cristo muerto y acogido por el Padre, de cuya luz participa. La muerte no ha podido con él. El es promesa y anticipo de resurrección:

*Blanco tu cuerpo está. como el espejo
el poder de la luz, del sol vivífico.
(...)
Que eres, Cristo, el único
Hombre que se cambió de pleno grado,
triunfador de la muerte, que a la vida
por Tí quedó encumbrada. Desde entonces
por Tí nos vivifica esa tu muerte,
por Tí la muerte se ha hecho nuestra madre,
por Tí la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida,
por Tí, el Hombre muerto que no muere,
blanco cual luna de la noche
(...)*

Don Miguel de Unamuno tuvo, como todos nosotros, sus Cristos familiares, los de sus estampas y libros de devoción, los de sus casa y su iglesia. Vio después muchos Cristos crucificados en los pueblos y ciudades que recorrió, sobre todo en Castilla: Cristo de Cabrera o Cristo de Santa Clara, poemas atroces sobre un Cristo de sangre y tierra, debilidad y muerte, tan distinto del cantado en su máximo poema.

"TU, QUE CALLAS, OH CRISTO, PARA OIRNOS..."

De entre los Crucifijos navarros, el poeta vasco-castellano hubiera preferido, en esa su segunda etapa, los románicos triunfales (Santo Sepulcro de Estella, Larraga o Allo) a los góticos dolorosos y patéticos (Aibar, Catalain o Santa María de Olite). Y sobre los dramáticos Crucificados renacentistas (Alsasua, Huarte-Araquil o Viana), hubiera elegido los romanistas de Juan de Anchieta (el de la catedral de Pamplona, sobre todos), Bernabé Imberto (Fitero) o Alonso Cano (Lecároz). Hombre y muerto, sí, pero vencedor, al fin, de la muerte.

*Como la rosa del zarzal bravío
con cinco blancos pétalos, tu cuerpo,
flor de la creación.*

(...)

*Como un arroyo al sol tu cuerpo brilla,
vena de plata viva en la negrura
de las rocas que ciñen su encañada.*

Rosa. Arroyo. Nube de blancura. Luna desnuda en la estrellada noche. Columna fuerte. Cordero del Señor. Aguila blanca. Blanco León de los desiertos. Blanco Lino. Toro blanco de luna de frente. Lirio del valle del dolor. Espada que al sol relumbra. Herido por nosotros como ciervo.

*Sobre tu pecho la cabeza doblas
cual sobre el tallo una azucena ajada
por el sol.*

(...)

*De brazo a brazo se abre sin engaño
tu pecho todo, del amor dehesa.*

(...)

*Es tu cuerpo el remanso en que se estancan
las luces de los siglos, y en que posán
-¡qué eternidad!- las fugitivas horas.*

"TU, QUE CALLAS, OH CRISTO, PARA OIRNOS..."

Con *El Cristo de Velázquez* el rector salmantino da respuesta poético-religiosa a las preguntas filosóficas que se habían hecho en su libro *Del sentimiento trágico de la vida*. ¿Tiene la vida humana un sentido y un destino el hombre?

Cristo es para el poeta-filósofo español el primogénito de los muertos, el fruto, por la muerte ya maduro del árbol de la vida que no acaba:

*Hijo el Hombre es de Dios, y Dios del hombre
Hijo. ¡Tú, Cristo, con tu muerte has dado
finalidad humana al Universo
y fuiste Muerte de la muerte al fin!
Tú con tu muerte afirmas nuestra vida;
su silencio es un sí que lleva al cielo.
(...)
Eres Tú la Verdad que con su muerte,
resurrección al fin, nos vivifica.*

Poco antes de llegar a la conmovedora Oración final, donde la oración de petición se hace también alabanza y acción de gracia, confesión de fe, plegaria de perdón y pura esperanza, don Miguel se revuelve contra *el triste saduceo*, que no cree en la resurrección y se encuentra solo en las cuestiones del saber. Toda vida no es sino embuste, si no hay otra allende. ¿Qué es el progreso, si nuestras almas van a abonar la tierra? ¿A qué saber, sin la conciencia, al borde de la nada matriz, no espera nada más que saber?

El poeta pasa ahora del Misterio sin rostro a la persona concreta de Jesús -Cristo Jesús, Cristo, Señor, mi Señor-, al que se dirige Miguel de Unamuno y Jugo y la humanidad que él represente, con la *sudada fe, frágil nido de aladas esperanzas*, y el seno que hiede:

"TU, QUE CALLAS, OH CRISTO, PARA OÍRNOS..."

*Tú, que callas, oh Cristo, para oírnos,
oye de nuestros pechos los sollozos;
acoge nuestras quejas, los gemidos
de este valle de lágrimas. Clamamos
a Tí, Cristo Jesús, desde la sima
de nuestro abismo de miseria humana...*

(...)

*Tú eres la resurrección y luego vida:
¡llámame a Tí, tu amigo, como a Lázaro.*

(...)

*¡Tráenos el reino de tu Padre, Cristo,
que es el reino de Dios reino del Hombre!*

Llega el momento final, en que el poeta, tras ese genial arrebatado vuelve sobre sí, mira hacia la historia de la humanidad, siempre en camino, eterna peregrinación, y nos ve avanzando, de pie y abiertos de brazos, hacia *la infinita casa de tu Padre, hogar de eternidad* de la mano de Cristo, Camino y primer caminante:

*Avanzamos, Señor, menesterosos,
las almas en guñapos harapientos,
cual bálago en las eras.*

(...)

*De pie y con los brazos bien abiertos
y extendida la diestra a no secarse,
haznos cruzar la vida pedregosa
-repecho del Calvario- sostenidos
del deber por los clavos, y muramos
de pie, cual Tú, y abiertos bien de brazos,
y, como Tú, subamos a la gloria
de pie, para que Dios de pie nos hable
y con los brazos extendidos.*

"TU, QUE CALLAS, OH CRISTO, PARA OIRNOS..."

Mientras redactó el poema, Unamuno tuvo consigo una pequeña reproducción del Cristo de Velázquez. Y llevó durante años al lado del corazón el crucifijo que, como recuerdo de su madre, le entregó su hermana Susana, religiosa de la Compañía de María.

En los últimos versos del poema, vuelve la imagen del Cristo blanco velazqueño, su blanco cuerpo, que nos lleva desde la noche oscura, al claro día, a la luz increada, que nos tendrá abiertos los ojos para siempre, fijos de/en los ojos divinos y creadores:

*¡Dáme,
Señor, que cuando al fin vaya perdido
a salir de esta noche tenebrosa
en que soñando el corazón se acorcha,
me entre en el claro día que no acaba,
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,
Hijo del Hombre, Humanidad completa,
en la increada luz que nunca muere;
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
mi mirada arregada en Tí, Señor!*

ANDURRIANDO POR TUDELA

U no va siempre a Tudela con prisas, con cosas, con gente. Y Tudela, como todo bien superior, requiere tiempo espacioso, atención preferente, y un cierto silencio que haga posible su serena contemplación.

De la mano de Enrique, que ha recogido la herencia municipal del querido don Pablo, vamos recorriendo, pasito a paso, un tramo de la ciudad ribera de mis prisas y mis cosas, desde el inmenso colegio de los jesuitas, que hace un decenio cumplió cien años, y donde tengo esta noche otro agradable encuentro con las Aulas de la Tercera Edad.

Estamos ante la fachada, barrocamente geométrica, de la iglesia de la Enseñanza -sillería, ladrillo, triple arquería y frontón-, centrada toda ella en la escultura con hornacina de la Virgen.

- ¿La conoces por dentro?
- Pues, la verdad, no.
- Es el mejor barroco de la zona.
- Vamos a verla.

Pisamos terrenos de la vieja Morería. Damos un rodeo por la plaza de Esparza (don Nicolás), antes de San Juan: por la parroquia, ex mezquita, desaparecida en 1805. La adornan unos bone-

teros domésticos. Miramos los dos nidos de cigüeñas encalados en la neogótica espadaña de la iglesia gótica de los jesuitas, que un día fue de los dominicos, y, expulsados aquéllos, almacén y establo. Las cigüeñas están también ahí para hacernos olvidar ciertas miserias históricas.

Calle de San Clemente, mal pavimentada, con ropa bien tendida, y tapiada a un lado por la pared del enorme patio del colegio de la Compañía de María, fundado a finales del XVII.

En el patio hay campos de baloncesto, balonmano y futbito. Y unos servicios higiénicos bien oreados, a lo que se ve. Bajo un cielo empedrado y novembrino, resaltan las leyendas y los dibujos pintados bajo los arcos ciegos de ladrillo de la tapia interior. Entre niños y niñas, árboles, pájaros, montes y ríos, leemos *El amor vence*, *Naturaleza*, *Viva la alegría*, *Una paz como Dios manda...*, que llenan de colorido y viveza este espacio desmesurado, ocupado un día por otros inmuebles.

Al viajero, cansado de ver lemas y dibujos espantosos y atroces en otros centros educativos y sus aledaños, se le alegran los espíritus. Nos dicen que son los recuerdos de una campaña por la paz en el curso 1993-1994. Dos tanques se dan la mano de sus cañones, en forma de manos.

Sobre los tejados de viejas viviendas, algunas ya vacías, la tela metálica de las antenas de televisión, donde se posan a veces las cigüeñas. Pasan altas en forma de *uve* unas grullas, mitológicas y fieles. En ciertas regiones germánicas estaba consagradas al dios de los viajes.

- Señal de frío -salta Chente, un joven y amable profesor que viene con la llave y va a abrirnos el tesoro barroco.

*E come i gru van cantando lor lai,
faccendo in aere di se lunga riga...,
(Como van las grullas lanzando sus lamentos,
formando una larga fila en el aire...)*

hubiera dicho el Dante.

Dicen los que entienden que el maestro de la iglesia de la Enseñanza, comenzada en 1732, se inspiró probablemente en la basílica de Loyola, obra del italiano Carlo Fontana. La Compañía de María Nuestra Señora fue la primera orden religiosa femenina de enseñanza, fundada en Burdeos, el año 1607, por santa Juana de Lestonnac, con la colaboración del jesuita padre de Bordes.

Contra lo que pueda parecer desde fuera, el interior es un gran cuerpo octogonal, cubierto por cúpula y linterna, con deambulatorios, dos coros bajos, uno alto, y vestíbulo.

Todo lo italianizante y europea que se quiera, es una obra maestra de arquitectura, arte creador de espacio ante todo: espacio puro, sacro, luminoso. Pilastras, columnas, capiteles frondosos, avanzan desde el vestíbulo hasta el octógono, y allí sostienen, entre ricas y bulbosas celosías, evangelistas y padres de la Iglesia, coronados por cimacios de follaje y nuevos capiteles, rematado todo por la cornisa. Sobre ella se levanta la cúpula, oculada, abierta en el anillo de la linterna, filtradora de la luz.

Los escultores tudelanos Antonio y José del Río, artífices también de la iglesia jesuítica de San Jorge, labraron los cuatro retablos-cascarones, preludios del delicado Rococó. Se escapa de la serie una talla manierista de Virgen con Niño, de finales del XVI. Mimoso, parece subido a los brazos de su Madre sólo a efectos de composición. *Para salir en la foto*, diríamos hoy.

No falta siquiera el cuerpo incorrupto de un santo. La iglesia, nos dice Chente, sólo se abre para actos solemnes del colegio y algunas bodas.

Próximo a las calles gemelas, Carmen Alta y Carmen Baja, se atraviesa el callejo Albillo, con casas viejas y nuevas. Sobre la tapia oriental, el otoño amontonador de hojas se aferra a las últimas ramas doradas y sepiadas de ailantos, álamos y plataneros.

Como el linaje de las hojas, así también el de los hombre, decía Glauco, el hijo de Hipóloco, a su contendiente Diomedes, hijo de Tideo, en plena refriega troyana.

Es una de las insistentes enseñanzas gratuitas de la estación, que nosotros nos empeñamos en no aprender. Así lo pensaba y lo diría tal vez el poeta y escritor tudelano, ingenioso y prolífico, Alberto Pelairea Garbayo, en cuya calle entramos. Para desembocar en el amplio, desahogado y bullicioso Paseo del Queiles, recientemente remodelado y embellecido. Se llama así porque le toca ocultar y disimular al riacho de Vozmediano (Soria), hijo nival del Moncayo, castellano-aragonés-navarro, regador y colector, que llega aquí ya agotado y se pierde humildemente en el Ebro, junto a la puente.

- ¿Verdad que se ponen los pies fríos pensando?

El Paseo es la zona preferida por el querido y mayoritario vulgo municipal de Tudela. El Paseo, los bancos bajo la pérgola, y el cercano parque infantil, rodeado de setos, están llenos de mayores y pequeños, éstos últimos bajo la mirada jurisdiccional de las madres.

Hace dos noches, robaron los caballos del Ajedrez gigante, elaborado por los alumnos de la Escuela-Taller, con ayuda municipal. Ahora han tenido que atar con cadenas las figuras restantes, con las que juegan y fatean unos niños chicos.

Nos acercamos a ver la nueva Casa de Misericordia, entre dos linternas de plataneros y de castaños, diseñada por Rafael Moneo, quien a la vez reordenó los alrededores, incluido el Paseo. Al discípulo del arquitecto, Alfonso Verdoy, tudelano como él, las construcciones arquitectónicas moneanas le evocan la figura del autor: *Por fuera no llaman la atención, como tampoco él mismo quiere llamarla, ni rompen la*

armonía con el medio; más aún, tienden a aumentarla, lo que concuerda de nuevo con su actitud personal. Pero por dentro, igual también que el propio Moneo, son todo claridad y armonía, orden y relación.

En el jardín interior, plátanos, palmeras chinas, rosales, adelfas... crean un ecosistema edénico. Una gran grúa -grulla mecánica- sobrevuela un bloque frontero, largo y alto, en construcción.

En la portería dos paisanos, no sé si asilados de la casa, discuten sobre la marcha del Tudelano. Uno de ellos, abulto como él solo, se encampana y dice a grito pelao:

- ¡Cómo va a ir bien el Tudelano, si somos sólo cinco mil navarros en Tudela! ¡Si hay lo menos ocho mil sorianos...!

El viajero no esperaba oír aquí tan grotescos argumentos pseudo patrióticos, pero va ya curándose de esos y otros espantos.

En la calle contigua de la Misericordia, entre filas de boneteros, miramos quizás por última vez el ruinoso caserón que dio nombre a la calle. Terminó de construirse en 1791, bajo la dirección del maestro tudelano, José Marzal, con proyecto aprobado tal vez por Ventura Rodríguez. Está a punto de convertirse en un hotel, pero la misma fachada de ladrillo, puerta adintelada, balcón adintelado y frontón triangular. Y el escudo, con árbol, dos animales rampantes y la inscripción: *Pauperibus alendis otioque depellendo D^a María Hugarte anno MDCCXC* (Doña María Hugarte (la hizo construir) el año 1790 para alimentar a los pobres y expulsar la ociosidad).

Quedan todavía unos árboles nobles del antiguo jardín de la Real Casa de Misericordia.

Ya está el navarrísimo Padre Bozal esperándonos. A este hombre lo conocí hace veinte años andando y corriendo, subiendo y bajando, no parando..., y ahí sigue. De la segunda pasó a una activísima tercera edad, pero nunca ha pensado en llegar a la cuarta.

ROMERÍA A MENDIGAÑA

Que por mayo era, por mayo/ cuando hace la calor/ cuando los
trigos encañan/ y están los campos en flor/ cuando canta la calandria/ y res-
ponde el ruiseñor.

Era la fiesta verde de San Isidro, llena de amapolas encendidas en los ribazos y bordes de las carreteras, que iban ahuyentando y alejando las nieblas de la mañanica. Habían madrugado, estallantes, las rosas en Ibero y Echauri, que esparcían generosas sus aromos.

*Sale el mayo hermoso
con los frescos vientos
que le ha dado marzo
de céfiros bellos.
Las lluvias de abril
flores le trujeron:
púsose guirnaldas
en rojos cabellos.*

Rimaban, perfectos, los trigales en el Valle de Guesálaz, y hasta el vetusto y descalabrado palacio de Viguria parecía un palacio. Corrían por el carretil curvoso unos ciclistas jóvenes,

ajenos al encanto plurisensual de las madre selvas, y Muez recibía a todos los viajeros con banderas de rosales rojos y blancos.

Los chopos lamidos por el Ubagua, blanqui grises y verdiriscentes, flameaban al sol, y la Cooperativa cerealista de Yerri celebraba apacible silencios festivos. No quería decir nada la "Reserva de caza" y todo el campo parecía de todos, bendecido por la luz primaveral y ungido por las plegarias del santo madrileño, quien ya, hacia tiempo, había vendido el arado y los bueyes. Los "auroros" de muchos pueblos le habían cantado por la mañana:

*Hoy es día del gran San Isidro
labrador insigne,
gran madrugador. . .*

Cantaba una campanica, cautiva en su jaulón de piedra de la espadaña, allí donde se entrecruzan las últimas estribaciones de las sierras de Lóquiz, Urbasa y Andia.

Siguiendo su redoblado canticio llegamos al pie de la fachada conventual de la basílica de Nuestra Señora de Mendigaña (monte alto o, mejor, en el alto del monte), que sustituyó (1709) a la ermita medieval. Quisieron, como puede verse, el obispo de entonces, don Juan Iñiguez de Arnedo, y hasta el abad, don Martín Yábar, que conociéramos sus nombres y agradeciéramos la autorización del uno y las labores del otro. Y quiso también la Cofradía de Mendigaña fijar en una placa el homenaje rendido a don José María Goicoechea Goñi, por obras realizadas en la basílica, el 8 de septiembre de 1981, *día del mundo rural*.

Había muchos coches al pie de la escalinata y en los alrededores del templo. Entraban los, al parecer, últimos remolones. La Virgen de piedra, desde la hornacina encajada entre pilastras, bajo un frontón rematado en prismas y bolas, nos invitó también a entrar.

Estaba el interior lleno, y el coro alto más lleno aún, igual que las tribunas laterales. La misa iba pausada y solemne, lo que debió de irritar o cansar a algunos oyentes de pie, como nosotros, que, después de estar hablando largo rato, se salieron. O quizás se habían equivocado de sitio. El antiguo sermón, que ahora llaman homilía, quiso ser social y moderno, y el predicador, entre demagógico y evangélico, habló de precios agrícolas, Mercado Común, flores de mayo, envejecimiento de los agricultores, que hasta hace poco se llamaban labradores, y de la biblia en verso, que decía el otro. El orador sacroprofano tenía verba y a la gente le caía bien, por lo visto, menos a dos paisanos que cogieron el puntiáo y se salieron.

- Venga, canso -decía otro con sonrisa pícara, pero que aguantó hasta el final.

Había muchos gladiolos y claveles blancos en todo el altar mayor, que ahora llaman presbiterio (vamos a aprender todos griego, como antes aprendíamos latín). Coruscaban los oros viejos del retablo, que, visto más de cerca, es una estupenda fiesta primaveral.

Bajo un cielo de pechinas ornamentadas de yeserías vegetales, con niños desnudos y vestidos, y grandes medallones de follaje, resplandía el estilo de Juan Angel Nagusia en la flora, la fronda y la fruta del banco, de las columnas salomónicas de las tres calles y del ático. Los retablos laterales de San José y de San Francisco Javier -talla airosa y vivísima- completaban aquella exhuberancia barroca de mayo, tan parecida a la de algunos altares de Los Arcos y donde desaparecían casi los santos, silencioso en los nidos de sus hornacinas.

Desaparecía todavía más la pequeña imagen gótica de la Virgen titular, Nuestra Señora de Mendigaña, entre sus padres San Joaquín y Santa Ana: popular y graciosa, el velo con el cabello confundido, retocados los rostros de la madre y del niño, una poma en la mano derecha de aquélla, y, en la izquierda de éste, un libro. Con el tiem-

po, desde finales del XIV o comienzos del XV, se les ha puesto a los dos caras de la gente del Valle de Yerri.

Yo esperaba que se cantasen después de la misa, las letrillas romeriles, pero no debía de ser ésta la ocasión. Menos mal que Jesús Arraiza nos salió al quite y nos contó antes la historia legendaria de la aparición. Eran, claro está, los tiempos de los moros. La Virgen se apareció locuaz a una piadosa mujer enferma, postrada en una de las casas del extremo norte de Azcona: allí cerca, en el cerrillo de Mendigaña había una imagen suya que había de ser venerada desde entonces. La cuitada se puso buena, dió la voz a los vecinos, que encontraron, cómo no, la imagen entre el espeso matorral, y edificaron allí mismo la ermita.

Entre las letrillas hay una bonita octava real:

*Sois nuestra amante patrona,
nuestra dicha y nuestro amparo,
brillante y hermoso faro
que alumbra el pueblo de Azcona.
Sois su palma y su corona,
su abogada y defensora,
poderosa protectora
ante el trono del Señor.*

A la vera de la basílica había un rasillo, tal vez una vieja era o campa de la ermita, con margaritas y taraxacones, rodeado de las últimas, antiguas casas del lugar. Un corral cercano. Unos montones de leña. Viejos trastos de labranza: arados, remolques, ruedas de carro...

Pero levantando un poco más la vista -estábamos a 640 metros-, por encima de los cercanos cerros robledosos, nos salían, por el norte, las altas cimas de Dulanz, Uganga, o la Trinidad. Lezaun se ocultaba tras una saga de montes. Pero no Arizaleta, derramado por el halda del último antes de llegar a la llanura del Valle. Se asomaba

Iruñuela sobre la barranca del Erendazu. El coto redondo natural y colegial que es Andéraz, se acogía al monte Arriba, que guarda Abárzuza y nos encontramos luego con el monte Muru y Montejurra. Tras el cerquillo montañoso entre Villanueva y Ugar, la sosegada lámina del embalse de Alloz, como un hechizo.

No hubo aquella mañana allí, como en otros muchos sitios, bendición de los campos. Ya digo que las *auroras* los habían bendecido, y San Isidro mismo, para no ir más lejos, parecía pasar por ellos con su arado a lo divino, y levantar un olor ancho y humedecido de primavera.

Qué trigo tan tranquilos y cabales! Qué inquietas y coquetonas las cebadas, ya rubialeadas!

Los devotos de la Virgen de Mendigaña se iban al bar y al salón parroquial del pueblo, donde les regalaban pan con queso, que añadían al propio condumio

- Hoy, en general, tortillas de perrochicos.
- El domingo, que viene, en Santa Bárbara, mayormente cordero.

Contaban las santa comadres cómo eran las romerías de antes más.

- El vino era libre y había cada una. . .!
- Hombre, no se vivía como ahora, había más necesidad, y muchos aprovechaban. ¿Qué iban a hacer?

Los hombrazos dejaban hablar y rasgaban las bocas con una sonrisa escéptica. Ellos sabían, sin haber leído a Homero, que el vino, *el rutilante vino es dulce para las mientes*.

Adornaban el rellano una acacia, un tilo, unos nogales, y unos fresnos.

El pueblo se sanisidraba con rosas y flores de varias especies. A la salida, nos despedía rosales y árboles de huertas.

ROMERÍA A MENDIGAÑA

Florecida de color románico, entre alcaceres, dejamos atrás, sin visitarla, la ermita de Santa Catalina, que acogería a los romeros, dos domingos después.

La mantenían en equilibrio unos contrafuertes rectangulares. La espadaña le alertaba de lo que sucedía en derredor. Eran las XIII en su reloj de sol. Bajo al cornisa quedaban, como sublimes talismanes rurales, la Virgen con Niño, el dragón con alas, el perro rascándose la oreja. . .

Al pasar cerca de Muniain, sonoreaba arrebatadamente una campanica tardana. Tal vez la hacía sonar el mismísimo San Isidor Labrador, bracero un día en los campos de Madrid, y luego cultivador de pegujales en Torrelaguna, que poco tenían que ver con aquellos anchos sayales cerealeros del Valle de Yerri y Guesálaz.



CORPUS CHRISTI EN BURUTAIN

Había mucha gente en la catedral. Muchos niños. Hacía mucho calor. La gente se agolpaba en las calles cercanas a la seo.

Lauda, Jerusalem, Dominum...

Se unían las campana de la iglesia madre, de San Agustín y de otras parroquias para solemnizar el paso del Señor y hacer un hueco a su queda presencia entre tantos ruidos interiores y exteriores. El suelo de las calles tenía aún hierbas y pétalos de rosas.

*Alabad al Señor,
sus grandezas cantad...*

Entre las calles Compañía y Curia cuatro mozancos, con grandes melenas, al ir a cruzar tras la custodia se dieron con el alcalde casi de bruces. Un policía municipal empujó con fuerza a uno de ellos y la cosa no pasó de ahí.

Había pocas ventanas y pocos balcones adornados para la Fiesta. Conté menos de una docena de colgaduras blancas. En la calle Pozoblanco, dos. En la Plaza del Castillo, paños blancos en los bal-

cones del primero, segundo, y tercer pisos donde el Casino Principal. De un balcón echaron pétalos de rosas sobre la custodia. Avanzaba muy lenta la procesión. La banda municipal ponía un poco de vibración artístico-religiosa atacando piezas tradicionales, sobre todo la bellísima del maestro Busca, *Cantemos al Amor de los amores*. Lo coreaban algunos en el grupo final. Iban varios jóvenes en el grupo, universitarios tal vez por las pintas. Algunos hablaban inglés. Hablaban sin parar, se saludaban, se miraban, se reían. Ellos mismos parecían la procesión. Iban también varios matrimonios jóvenes con niños en cochecitos y silletas.

Al volver, la calle Curia, ya casi vacía de gente, con sus tiestos, sus estrecheces, la catedral al fondo y los niños y niñas azules y blancos de primera comunión, subiendo delante del Sacramento, bajo el rebullicio de las campanas que me recordaban la procesión de Toledo, Granada, Brujas, Lieja, pueblecitos de Flandes, Rénania, Ultrapuertos y la de mi pueblo de chico, me pareció el fragmento más hermoso de la procesión del Corpus en Pamplona. Dos monjas estaban en la acera, justo bajo un letrero que decía: *Ateo Eguna*. Una señora cantaba fervorosa desde un balcón bajo de la Curia, cerca de donde yo siempre recuerdo a la tía Maxi. En un balcón dos mocetas, mal dormidas o mal despiertas, se asomaban, apenas sin ropa, y miraban hacia abajo como quien mirara una cosa pintoresca.

Me fui a casa, cómo decirlo, más triste que otra cosa. Así que cuando mi amigo fotógrafo, con quien he colaborado en varias publicaciones, me habló de lo bonita que era la procesión de un pueblo pequeño como Burutain, le hice caso y me fui tras él.

Volví a mi querido Burutain, donde tuve un buen amigo que hace mucho se nos fue. Era una mañana esplendorosa, como la del año anterior. A mí me enseñaron que es la más bella del año.

Viendo a los dos lados alcaceles y trigales perfectos en su forma y color, dije, en un día como aquél, lo que dice el *Hombre* en el auto sacramental de Miguel Hernández, *Quién te ha visto y quién te ve*:

¡Qué olor a Dios echa el trigo!

Pasado el río Mediano y la Venta de Burutuain, se suceden media docena de casas, mayormente de veraneantes, cercadas, ajardinadas y contorneadas de árboles, arbustos y ruiseñores.

Entramos por la calle única de San Pedro, calle-carretera en este tramo plano, con casas de tres alturas, a dos aguas, portadas de medio punto o bien adinteladas, ventanas de antepechos moldurados y balcones corridos. Una lleva fecha de 1772, y la más grande, de finales del XVIII, con una inscripción el nombre de los dos dueños. Fue el lugar en aquellos tiempos un pequeño señorío realengo, codiciado por reyes e hijos de reyes, hospitalarios de San Juan y hospitaleros de la catedral de Pamplona.

Nos acercamos a la iglesia de estampa medieval, color piedra de muchos siglos, de torre achatada y baja con dos campanas. Nos metemos por un pasadizo, bajo el arco de la antigua y bella casa parroquial, hoy residencia veraniega, con suelo de ruejos, que da al atrio o lonja del viejo cementerio. Hoy es un jardincillo de hierba crecida y ordenada, con dos grandes acacias, a las que hacen juego otras, sobre el barranco Echuvinda. Ladra un perro en la huerta abadial de antaño.

Nadie diría, tras pasar el pórtico de madera sobre dos pilastras de piedra, que el envoltorio románico-rústico de la iglesia parroquial de San Pedro albergue un reluciente interior barroco, de arquitectura conventual, con bóvedas de lunetos, pechinas con tondos, óculos, etc.

Hay dos mujeres ya en los bancos, y va y viene el párroco don Miguel, rostro de muchos soles, que es el mismo al que hace años conocí en mi visita a Esain, único cura que vive en una casa parroquial en todo el Valle. Mientras viene la gente admiro el austero y geométricamente estilizado Crucifijo gótico y la llamada Virgen del Rosario, ahora en un altar dieciochesco, antes pieza del retablo principal. Los repintes no le quitan encanto a la Madre y menos al Niño, sobre el brazo izquierdo de aquélla.

Los varones se ponen en los bancos de la izquierda y las mujeres en los de la derecha. Hay dos mocetas, una morena y otra rubia.

Ningún chico. Este año tampoco hay comulgante alguno. Una mujer joven lleva una gran criatura dentro.

El retablo renacentista, obra probable de Miguel de Espinal, nos pone delante los bultos y relieves elegantes de apóstoles como la talla de San Pedro, vigoroso y patrón. No faltan un San Miguel luchador y un San Fermín barroco, así como ángeles, serafines y hasta dos hermes clásicos.

Terminada la misa, que la gente canta muy bien, se arma en diez minutos la procesión. Hasta hace poco se hacía por todo el pueblo, incluido el barrio alto, pero ahora sólo por la carretera hasta el límite del pueblo, de un lado, y, del otro, hasta la plaza.

Cuatro hombres llevan el palio. El trayecto por donde pasa el Santísimo está marcado por pétalos de rosas y hojas de laurel. Todo el pueblo es una rosaleda: en balcones, ventanas y a las puertas de las casas. En los balcones y ventanas, colgaduras granates, blancas, azules... Durante la procesión se canta el *Pange, lingua, No podemos caminar, Te adoro sagrada Hostia, Hostia Pura...*, los cantos clásicos y tradicionales que todos el mundo sabe. Las campanas no nos interrumpen.

*Las campanas tocarán
y dándole el parabién,
dirán las unas: ¡ven!, ¡ven!,
mientras las otras: ¡van!, ¡van!*

dirá el *Campesino* del citado auto sacramental describiendo la procesión del pueblo. Junto al frontón, pegado a una fachada, está el altarcillo sobre una mesa, con una cruz y dos candeleros, entre dos tiesos. Antes de la bendición con la custodia se canta el *Tantum ergo* y el párroco lee la oración en latín.

CORPUS CHRISTI EN BURUTAIN

*Y quedando de tal suerte,
si tu marcha no se aplaza,
verás la Vida en la laza
y no en la Plaza la muerte.*

La procesión termina en la iglesia, donde don Miguel, que luego sale corriendo hacia Egozcue y Lanz, reza, como se rezaba en mi pueblo en mis años de monaguillo, el *Bendito sea Dios...*

Ya ha terminado la procesión en Azoz, recostado en el piedemonte umbrío de San Cristóbal. El incienso reina soberano en la iglesia románica rural de San Lorenzo, sobre un altillo, al nordeste del pueblo. En el retablo mayor manierista hay una serie de pinturas sobre San Ignacio. Rosas y azucenas delante del Corazón de Jesús —estamos en junio— en el presbiterio.

Están arreglando las casas antiguas y han quedado algunas nuevas. Hasta un alemán que trabaja “en la Seat” ha alquilado una. Los contenedores del lugar están llenos de pegatinas electorales de EH.

*Y meneará con pesar
su alta cabeza las mies
de ver que harina aún no es
que a Dios lleva en su lugar.*

EL FUEGO Y LA FIESTA DE SAN JUAN

Nos son bien conocidos los principales ritos supérstites en torno al fuego y al agua en las fiestas de San Juan y del solsticio de verano –hogueras, danzas en derredor del fuego, baños nocturnos, fertilización de los campos, etc.-, que han sido más o menos cristianizados o *civilizados* en nuestro mundo occidental.

Pero no nos limitemos a nuestras historias y costumbres comarcales: se trate de las fiestas de San Juan y del solsticio de verano, como del ciclo festivo de fin de año o del de creación-renovación en primavera...

Cada vez que se pronuncia o se escribe la palabra *mito*, suele entenderse como tal lo contrario de lo que significa.

No. Los mitos ni son historias ingenuamente relatadas, ni son fabulación, consejas o patrañas populares. Los mitos auténticos, los arcaicos sobre todo, son *una síntesis de constantes existenciales a propósito de cada fenómeno que se trate de explicar* (Luis Cencillo). Los mitos son modelos convencionales contruidos con un lenguaje concreto, que no es un modelo científico, sino toda una concepción de la vida gravita sobre la explicación de un fenómeno cualquiera.

Algunas constantes que emergen de los mitos sobre el origen del fuego en los cinco continentes son la unión de los contrarios; reservas y secretos en torno al don del fuego; espionajes, hurtos, trampas y delitos para obtenerlo; instauración de técnicas para producirlo; viajes iniciáticos, e intervención de animales o personajes deformes.

El ciclo del agua es menos rico, pero no tuvo problema ni misterio alguno para su utilización a no ser en sus manifestaciones catastróficas.

En numerosos mitos primitivos aparecen como dueños del fuego mujeres y varones ancianos, parejas de hermanos, jóvenes, niños, monstruos, espíritus, fantasmas, difuntos y demonios..., que producen, roban, traen, guardan, utilizan, ocultan, se dan, se disputan, se roban el fuego, y hasta se castigan y se matan por él.

Sólo unos pocos mitos tribales (en Oceanía o en Africa) le hacen proceder de un dios o diosa, del Dios o de la Diosa, o del Gran Espíritu, mientras para griegos y brahmanes el origen del fuego es casi siempre divino, como en el mito de Prometeo.

En el hurto o descubrimiento del fuego intervienen, muy diversamente, múltiples especies de animales. (Algunos autores llegan a aventurar la hipótesis de que Prometeo habría sido un águila). En los mitos tribales las especies mediadoras más comunes son la cornuja, el cuervo, el halcón, el martín pescador y el reyezuelo. Pero también, aunque en menor medida, otras muchas: gallo, mono, paloma, araña, buitre, conejo, golondrina, tigre, búho, águila, ballena, cisne, sapo, rana... En los relatos míticos arcaicos, como después en las fábulas, que a veces son mitos degradados, los animales se comportan como personas humanas (hablan, se visten, reciben en casa...)

Aunque extrañamente minoritarios, los mitos del rayo y del trueno como origen del fuego relacionan a éste con el agua y dan paso a la mítica contienda universal entre el agua y el fuego. Los animales acuáticos y anfibios juegan un papel decisivo en los mitos en los que los animales son portadores o mediadores.

El mito del diluvio, también universal, aunque tenga a menudo un carácter apocalíptico, que amenaza a los hombres, a los animales, a los bosques y al mismo fuego, interviene a veces en el origen mitológico del segundo de los elementos, como cuando, después de inundada la tierra, ciertos individuos o clanes consiguen robar el fuego de la luna, del cielo o donde quiera que esté. En un poema mítico del Viejo Mundo (germánico), llamado la *Canción de la vidente* (Wölwa), la inundación y la conflagración corren parejas:

*El sol se apaga, la tierra se hunde en el mar,
del cielo se precipitan las alegres estrellas.
Llamaradas envuelven crepitantes al que nutre la vida,
enorme calor asciende hacia el cielo.*

Las formas de producir el fuego pueden ser imaginarias o reales. Suele extraerse de un dedo suplementario o de un cuerpo internamente ígneo, generalmente del cuerpo de la mujer. Numerosos son los mitos primitivos sobre el descubrimiento o revelación del fuego por animales en algunas especies leñosas; por fricción de bastoncillos de hierro, de arco o cuerda y bastoncillo, de hierro y pedernal, de flechas sobre madera, de dos ramas, y en muchos de ellos por medio de la fricción sexual entre varón y mujer. De ahí la cercana relación del sexo con el fuego.

Pero no nos equivoquemos de nuevo. En todos estos relatos —que los autores llaman mitos etiológicos o causales— el verdadero fin no es dar una explicación o descripción histórica de la conquista del fuego sino situar el fenómeno, como hemos visto en la definición inicial, en el conjunto de episodios existenciales, habitualmente de difícil solución, que componen la vida de los hombres primitivos: las

carencias vitales y la conciencia de las mismas; el viaje arriesgado y decisivo (de la misma vida) y la habilidad necesaria para acometerlo, así como las alianzas con extraños compañeros de viaje; las oposiciones, negaciones, seducciones o engaños durante el mismo; la conquista del bien cultural (la vida misma), junto a los peligros y amenazas de perderlo...

La *domesticación* del fuego, al menos desde 600.000 años a. C., señaló la separación de los paleantrópidos (hominidos) respecto de sus predecesores zoológicos.

En el hinduismo los dioses *Agni* – *cabellos de llamas*, identificado con el sol-, *Indra* y *Surya* son los fuegos de los tres mundos, celeste, intermedio y terreno: el sol, el rayo y el fuego ordinario. En el mazdeísmo (religión irania) es el símbolo divino esencial y se le identifica con el Santo Espíritu, asociado, con el sol, a *Ahura Mazda*, dios supremo. El fuego sagrado, como fuego ritual y fuego purificador, alcanza desconocidas proporciones en todas las religiones indoeuropeas. Desde antes de nuestra era, el Dios del fuego se representaba en la meseta central de México como un viejo de rostro arrugado, encorvado, que lleva a la espalda o sobre la cabeza una copa para quemar incienso. Es el *viejo dios* -*Ueueoteotl*- de los aztecas, *el señor de turquesa* (fuego), al que se ofrecen sacrificios humanos.

En el Judaísmo, sin ir más lejos, *Yahveh* se rodea de fuego cuando se aparece a Moisés, una figura mediadora en el simbolismo del agua y del fuego: la zarza ardiente, la columna ígnea y el paso del mar Rojo. O cuando habla a ciertos profetas. Elías es arrebatado al cielo en un carro de fuego. La palabra de Dios es fuego incontenible. La ira de Dios fuego es también. En el Cristianismo el fuego es símbolo del Espíritu Santo, de la purificación y hasta de la destrucción. Y fuego es también lo que Cristo vino a traer al mundo...

Algunos teólogos y filósofos antiguos echan mano de la venerable metáfora del fuego para intentar representar a los ángeles y a la mismísima Esencia supraesencial.

Tiene, pues, el fuego solera suficiente, histórica y cultural-espiritual, para significar también en nuestra época la acción fecundante, purificadora y regeneradora. Juntamente con el agua.

Fuego y agua son los símbolos de los solsticios. El de invierno abre la fase creciente del ciclo anual, y el de verano la fase decreciente. Son las puertas solsticiales representadas por las dos caras de Jano: cristianizadas por los dos *san Juanes* (27 de diciembre y 24 de junio). Crecer y decrecer: *Es preciso que él crezca y que yo decrezca*, pone San Juan Evangelista en boca de San Juan el Bautista.

No por nada el solsticio de verano, con el sol en el cenit (punto más alto del cielo), fiesta del sol, figurado por el Cáncer del Zodíaco-, es todo un símbolo del Cristo *cronocrator* (regidor del tiempo) en el arte románico cristiano.

El entonces joven poeta de Los Arcos, Ricardo García Villoslada (cuyo centenario celebramos este año), todavía rebosante de saberes clásicos, podía escribir en verdad estos primeros versos en su poema *El misterio del fuego*:

*¡Oh, fuego, alma del mundo, llama viva,
que de las entrañas de los seres brotas!
¡Fuente manante sin arroyo!*

El fuego de las hogueras de San Juan.

¿QUÉ BATALLA DE NOAIN?

Fue el *domingo, postrimero día de junio*, fiesta de San Marcial.

Viniendo de Subiza por el viejo camino de Beriain, el monte Mendi (monte) sobre Salinas, y dentro de su término, aparece como un otero alargado y poco prominente, apretado, al nordeste, por la curva del río Elorz entre Noain y Esquíroz.

El camino de Salinas a Esquíroz, bien fijado por los tractores, entre zarzamoras, rosales silvestres, endrinos y todas las flores de junio en orillos y ribazos, nos lleva hasta las ripas o cortados margosos, abiertos en este costado del otero y que caen verticales sobre el cauce del río, ahora lleno de carrizos y bordeado de sotillos de álamos, fresnos y sauces.

Al otro lado del río, sobre una amplia vega (vaica, en ibérico), comienzan a clarear los trigales, se doblan las cabezas en un pequeño cebadal y mantiene su verde prieto un campo de alfalfa. Más allá de la carretera, la nueva y larga Estación de Mercancías, y, sobre la mesetilla, el Aeropuerto de Pamplona (antes, de Noain).

En un pequeño tramo de las ripas abarrancadas, sucias de restos de obras, se ha montado el monumento de José Ulibarrena, rodeado de cuatro pequeños y modestos grupos simbólicos, que parecen representar castillos, fortalezas, torres y prisiones.

Según el periodista que informa sobre el emplazamiento escultural, es todo un homenaje a *los navarros que fallecieron en la batalla de Noain en 1521*. ¿De qué navarros? ¿Beaumonteses, agramonteses, todos ellos? ¿Y de los no navarros, que fueron los más? El bueno de Ulibarrena reconoce que todo ello *no tiene mucho que ver con la batalla*, sino, más bien, *con la resistencia y el tesón de aquellas gentes que no se amedrentaron contra el enemigo y defendieron el Reino de Navarra*. ¿Qué gentes? ¿Qué enemigo?

Borgoña, Artois, Flandes, Milán, El Rosellón y Navarra eran algunas cuestiones pendientes entre el rey de Francia y el nuevo rey de España, el soberano más poderoso de Europa, elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en Aquisgrán, el 7 de junio de 1520.

Estallada, poco después, la guerra de las Comunidades de Castilla, y ausente de España el emperador, Francisco I pensó que era el momento de intervenir en territorio enemigo, con el pretexto de ayudar a su fiel vasallo Enrique de Albret, exiliado en su señorío de Bearne, hijo del último soberano de Navarra, que en dos ocasiones -1512 y 1516- había fracasado en sus intentos por recuperar el reino perdido.

Hacía tiempo que se reclutaban mercenarios en el mediodía de Francia. Corría el rumor de que los comuneros castellanos se entendían con el rey francés, y el virrey de Navarra no hacía más que avisar nerviosamente de todo ello al emperador. Mientras tanto algunos beamonteses navarros luchaban en Castilla contra los comuneros.

Por fin el rey francés, el 22 de abril de 1521, declaró la guerra al rey español. Un poco tarde: al día siguiente, los comuneros eran derrotados en Villalar, aunque Toledo resistiría unos meses más.

Las tropas se pusieron en marcha el día 10 de mayo. Mandaba

el ejército francés -*ejército de mercenarios* lo llama J. Jurío- Andrés de Foix, señor de Asparros, lugarteniente y capitán general del rey cristianísimo de Francia y lugarteniente del rey de Navarra, su pariente. Todos sus ayudantes eran franceses. Contaban con 12.000 infantes -la mitad de ellos gascones-, 800 lanzas y 29 piezas de artillería, de ellas 10 cañones de grueso calibre. Entre los agramonteses que lo acompañaban sobresalía el primo de los Jaso, Juan de Olloqui, caballero mayor de los reyes desde 1493, que capitaneaba 2.000 gascones y navarros.

Desguarnecida de tropas como estaba Navarra por las necesidades de la guerra contra los comuneros, la ocupación del reino no duró más de dos semanas. Se rindieron pronto San Juan de Pie de Puerto, Castel-Peñón, y resistió, en cambio, el castillo de Maya. El virrey, Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, tomó la posta y se fue hasta Segovia. Muchos beamonteses lo siguieron. Sólo un grupo de defensores, a instancias del capitán Ignacio de Loyola, pronto herido, se mantuvieron en la fortaleza, hasta que el alcaide Miguel de Herrera rindió el castillo tras varios días de asedio.

Asparros -como D'Asparros y Asparrot aparece también en los papeles- destituyó al concejo de la ciudad, que el día 19 le había entregado, sumiso, las llaves de la ciudad y prestado fidelidad a don Enrique de Albret; nombró otro de su agrado y dejó a su fiel escudero Tolet como alcaide de la plaza con 2.000 hombres de guerra y 17 piezas de artillería.

Provisto a sí mismo con el título de virrey, mandó quitar los escudos imperiales de los edificios públicos y poner en su lugar los de Francia, lo que ofendió a todos los navarros. Trató desabridamente a los humillados beamonteses, lo que le enajenó aún más sus voluntades. Y por consejo de su edecán, el coronel Sainte Colome, gobernador de Bayona, licenció gran número de gascones a cambio de la paga de un mes.

Y así partió a la conquista de Logroño, primera ciudad castellana. En el camino, saqueó su soldadesca la villa de Los Arcos durante cuatro días. Y al grito de *Viva el rey y la flor de lis de Francia*, y las *Comunidades de Castilla*, se allegó a los muros de la ciudad riojana, ya bien defendida, para un cerco inútil, que tuvo que levantar el 11 de junio, día de San Bernabé.

Razón tenían, pues, Francisco I y Asparrós de no permitir la venida de don Enrique, que podía entorpecer la invasión de Castilla, principal intento de tan gran movida: *lo de Navarra para el francés - comenta Campión- era asunto de menor monta.*

La pérdida de Navarra y el asedio de Logroño, ciudad castellana, soliviantó a España entera, incluido el reino de Aragón. Varias ciudades de Castilla aprestaron hasta mil hombres cada una, incluidos muchos comuneros derrotados.

Las Provincias Vascongadas no fueron menos generosas. Bajo la capitanía del maestre de campo Juan Pérez de Aiciondo, de Tolosa, y del hijo del virrey se enrolaron 2000 hombres -otros los elevan a 3500-, entre ellos el señor de Loyola, Martín, hermano de Ignacio; liberada Pamplona, se movieron hacia Laguardia y Logroño. Alava contribuyó con 2000 soldados y Vizcaya con otros tantos. El historiador vasco Pedro de Leturia llega a hablar del *ejército vasco-castellano*. Añadamos aquí muchos beamonteses navarros, un día partidarios del Príncipe de Viana y después fieles a Fernando el Católico y al emperador Carlos, que había jurado los Fueros como rey de Navarra, el 10 de julio de 1516, en Bruselas.

Las tropas del virrey de Navarra, y del condestable de Castilla, entre 20 y 30.000 hombres, avanzaban desde Logroño pisándoles los talones a sus enemigos en retirada. Cuando supieron que los franceses habían acampado en el sitio y campo de Subiza, para cortarles el paso a Pamplona y poder refugiarse a tiempo en la ciudad, partieron

de Puente y atravesaron la sierra de Reniega, hoy del Perdón *por donde agora es el camino real y derecho de Pamplona a la Puente de la Reina*, en palabras de Sandoval. Para envolver al enemigo y cerrarle el paso a la fortaleza de la capital, comenzaron a acampar, hacia las cuatro de la tarde, en los términos de Barbatain, Esquíroz y Noain, a orillas del río Elorz.

Según diferentes autores, sobre las cinco o seis de la tarde, unas dos horas antes de la puesta del sol, bajando desde las alturas de Subiza, atacaron los franceses, viéndose sorprendidos y perdidos, sin esperar siquiera la llegada de refuerzos de Pamplona y de Tafalla.

Ganaron los franceses -nos relata el mismo Sandoval- *un buen puesto para acomodar la artillería y comenzaron a jugarla de manera que hacía mucho daño a los españoles. Tirábanles en un campo raso de unos prados, y la artillería francesa estaba asentada en un repecho que señoreaba todo aquel llano, antes que la batalla llegase a romperse, sin recibirlo ellos.*

El *repecho* pudo ser la cima del otero Mendi, y el *campo raso de unos prados* el Soto Andonaga, término de Salinas, y Soto Grande, término de Noain.

El condestable y el almirante de Castilla salvaron con la caballería a sus infantes atacados, mientras un escuadrón de la infantería castellana silenció a la artillería francesa en manos de gascones y decidió la suerte de la batalla. El capitán malagueño Miguel de Perea arrancó a un alférez francés el estandarte blanco de Francisco I, con la efigie de santa Elena.

Los autores hablan de cinco a seis mil muertos entre los vencidos y de trescientos entre los vencedores. Asparros cayó también herido, medio ciego, y sólo la amistad y el parentesco de Francés de Beaumont, señor de Arazuri, primogénito del canciller mayor de Navarra, le salvó la vida a costa de un pingüe rescate.

¿QUÉ BATALLA DE NOAIN?

La Musa popular comparó la derrota de Asparros en 1521 con la de Carlomagno en Roncesvalles:

*En aquesta de Navarra
donde fue la de Naín,
era llegado tu fin
si piedad no lo estorbara.
Francia, di cómo pasara.
Par mon armée!, no lo sé.
Pues yo te lo contaré.*

Huyeron los que pudieron. Entre ellos, Pedro el mariscal de Navarra, hijo del mariscal prisionero en Simancas y después tan fiel servidor de Castilla. Pero otros muchos no lo consiguieron. Las gentes de la tierra les atajaron los caminos cortando árboles, y en pasos estrechos los cogían y degollaban como a carneros. "*De suerte que -comenta finamente Sandoval- fueron muy contados los que volvieron en Francia. Que todos muerden al que huye, porque es triste la suerte del vencido.*"

La verdad es que se le hace difícil al viajero ver en la enhiesta figura de hormigón policromado no sólo a Francisco I o Asparros, tampoco al ausente Enrique de Albret, pero ni siquiera a ilustres caballeros franceses muertos en combate, señores de Aurignac o Foixens, o beaumonteses navarros como Carlos de Mauleón o el capitán San Martín. Rey o guerrero, con espada, clava o lanza en las manos -¿herramienta no violenta?-, no veo bien en este caso de qué resistencia se envanece. Las pelotas que, según el querido autor, le dan el *toque étnico a la obra* y que recuerdan a los *pelotaris*, al viajero le recuerdan por necesidad las pelotas artilleras de los gascones, lanzadas desde Mendi.

¿QUÉ BATALLA DE NOAIN?

Tal vez la literatura, la pintura o la escultura que conmemoran hechos tan complejos, delicados y contradictorios, como la llamada batalla de Noain, están requiriendo mucho realismo y un poco, al menos, de humilde serenidad.

Como humildes y serenos son los tomillos, los dientes de león y los galios blancos que rodean el monumento.



POR LA SELVA DEL IRATI

Parecía desde allí que hacían juego el templetillo de la iglesia de Ochagavía y el campanil de la ermita de Musquilda.

Tomamos la carretera que va bordeando al Zatoya, y veíamos enfrente y a lo lejos la bizcarra del Abodi. Almacenes, bajeras, campos de patata, huertos junto al río. Unos plátanos, unos fresnos, un pequeño parque, y nos enfoscábamos en el bosque de hayas y pinos. Olía a madera cortada, a bosque desgarradamente vivo.

El carretil, tras dejar de lado el cauce fluvial, se retorció en la montaña y desde alguna de sus curvas veíamos allí abajo la colina oblonga y delicada de Musquilda, bordada de hayas y de pinos, y la honda vallonada abierta por el Zatoya. Allí arriba, la cornisa calcárea de Abodi, y casi colgante una borda de pastor. Hacia el oeste, el peñascal de Bizkarramendi abrigaba un hayedo rizado, al que el sol hacía risueño y serenamente airoso. Uno recordaba los otoños ardientes y descompuestos del monte y el color güisqui de los hayedos a mediados de abril hasta mediados de mayo.

Al fondo, bosques y rodales de haya y de pinos, con praderas sorteadas por todas partes, se repartían el espacio.

Como en año de muchas lluvias, eran altas las hiniestas y los pastos espesos, a la par que abundaban las brecinas. Aparecían luego caballos a derecha e izquierda. Llegábamos, tras pasar por el Alto de Idokorria (1492), al fin de nuestro serpenteo ascensional, y enseguida cambiábamos de vertiente. La estría de barranco Arraiarreta hendía en dos la enorme rampa y muchos canalillos convergían hacia él. Imponía aquel tobogán natural e incitador. Los pastizales tenían la envergadura de un verde y curvilíneo animalote, de cabeza rocosa hacia el este y el espinazo tendido hacia el oeste. Sólo unos bojes minúsculos y un espino solitario intentaban hacer presente su perfil.

En dirección vertical, brillaba lejano el ópalo azul del embalse de Koista, bajo las cimas del Izandoia y el Austegüía. Enseguida entrábamos en un bosque clásico, de esos que dan respeto e imponen reverencia. Con hayas altas, de troncos musgosos, marcadas algunas con señales amarillas o rojas, y superbos abetos (*abies alba*), que lo señoreaban todo. Habíamos entrado en el bosque Irati, la masa de hayedo más vasta de Europa, y habíamos visto someramente sólo algunas de sus 4.183 hectáreas.

Al pasar la última curva -kilómetro 23-, nos volaba hasta los ojos, posada en un otero casi bíblico, la paloma blanca de la ermita de las Nieves. El Urtxuria (río blanco o nival) de las leyendas ancestrales y de los cuentos nemorosos, blanco de saltos en las crecidas de invierno y primavera, era un riacho apenas sin agua, entre serbales y saúcos rojos, casi reducido a huesos de piedras, que conservaba sin embargo recuerdos de tardes felices, de marchas, juegos y encantos. Dos feos e impropios puentes de losas de hormigón unían sus cercanas riberas, muy cerca de un parqueo vigilado, con matrículas de muchas partes de España y de la Europa más cercana.

En la ribera interior del Urtxuria, que ha ido curvando las calizas del cauce, había un campamento juvenil. El sendero hacia la ermita se abría entre helechos y matorrales, encima del sosegado curso del Urbeltza (río negro) que nos llega de Francia, donde lleva el nombre de *Nive d'Irati*, trayéndonos parte de las aguas del Irati francés. Cantaban en el hayal petirrojos y reyezuelos listados.

En el centro del cerrillo un promontorio que arranca del bosque en la dirección norte-sur, aparecían como un cuadro negro los restos calcinados de la *Casa Fuerte*. Fue construida en 1786 para defender los establecimientos de la Marina Real Española que, por cesión de la Junta del Valle de Salazar, había establecido meses antes, durante la guerra contra los ingleses, grandes talleres y esclusas en el bosque Irati para conducir madera de construcción. El ejército francés se apoderó del fuerte en 1792. Abandonado después, los soldados napoleónicos establecieron una guarnición en 1813. En 1822 *los facciosos* (alguien ha intentado raspar la palabreja) tuvieron allí sus almacenes y pertrechos, hasta que un año más tarde el general Torrijos lo tomó a viva fuerza y lo hizo volar, dejándolo en las ruinas que ahora vemos: unos paños de muros negruzcos en tres hileras, con algunos huecos de puertas y ventanas.

Algunas fuentes —siempre según el panel que ha colocado aquí con mucho acierto la Junta del Valle— sitúan en ese punto las ruinas de un antiguo castillo de los siglos XIII-XIV.

Posteriormente la Junta hizo construir, unos metros más al sur, una casa para sus guardamontes, rectangular y a cuatro aguas, hoy cerrada y mantenida a duras penas, y que ha servido de Refugio en años recientes.

Un olmo de montaña tenía las hojas amarillentas. El sendero seguía entre gurrillones, arces campestres, matorrales, cardos, cuernecillos y brezos. Estábamos rodeados de suaves y verdísimos hayedos, salpicados de oscuros abetos. En invierno y primavera, los abe-

tos, entre hayas desnudas o de color licuoso, hacían valer mucho mejor su perenne varonía.

En el término de Larrainshara, a cuatro horas de camino desde Ochagavía, fue bendecida por el nuncio en España, Hildebrando Antoniutti, el 5 de agosto de 1954, fiesta tradicional de Nuestra Señora de las Nieves –y año centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción–, la ermita de ese nombre, según proyecto de Tomás Arrarás. La hicieron también famosa los frescos interiores, alusivos a la advocación mariana local, obra del matrimonio de pintores navarros Lozano de Sotés y Francis Bartolozzi. Uno de los cuadros –un pastor llamando al rebaño– un tanto desteñido, alegraba el muro occidental de la ermita.

Una gran plancha de madera en la pared principal del cancel recordaba el evento. Ponderaba asimismo la *generosa aportación del Valle de Salazar y de numerosos devotos*, y concluía piadosa: *El que hasta aquí llegue que descanse y rece.*

Presidía el interior, con suelo y bancos de madera, una talla de la Virgen, junto a la ventana-vidriera del ábside. En dos jarrones con flores a los pies del altar se leían las inscripciones *Ave María e Izar Ederra* (estrella hermosa). La iglesuela, con cinco ventanas de medio punto abiertas en derredor, tenía puerta de barrotes forjados y dos ventanitas laterales, ajimezadas, también con barrotes de hierro. En el hueco de la espadaña, rematada en cruz de hierro, había una campanica, sujeta por una cadena.

*Flor de la flores, cima de las cimas,
nieve cuajada de cien mil diamantes
con luces blancas, rosas y violetas,*

hubiera dicho nuestro poeta Ricardo García-Villoslada, cuyo centenario celebramos este año.

Desde allí, viendo la campa, llamada del Nuncio Antoniutti, en un claro natural de la falda del monte frontero, recordaba yo la pro-

cesión montana, con la imagen de la Virgen en andas, y la misa, celebrada por don Santos, que fue el ideador y el impulsor de todo. Vueltos a la ermita, en el atrio natural del yerbín florido, se celebraba la junta anual de la Cofradía, daba cuenta de hechos y números el mayordomo viejo, y se elegía el nuevo.

Poco más allá del parqueo, un puente de cemento, pero en gracioso arco rebajado y barandillas de madera, unía las riberas del Urbeltza, que bajaba tan blanco como su compañero de aventuras, y con él se iba, tras confluir amigablemente en el común nombre de Irati, hasta el pantano de Irabia. Bajo los pinos, abetos, hayas y alerces acotaron un área de descanso, con bancos de madera y barbacoa. Un sendero llevaba desde allí hasta la Cascada del Cubo Itsuosin, en el lecho del Urbeltza, y otro, en dirección opuesta, y siguiendo al Irati, hasta Irabia. Una rueda de piedra agujereada sobre el suelo nos indicaba el nombre del bosque que acabábamos de pisar: Monte La Cuestión.

Los amantes de la geografía podíamos ver allí, en un muy cuidado panel, el mapa colorido de la zona, identificar las montañas y seguir el curso, siempre difícil, de los ríos. Allí el viajero vio por vez primera cómo iba haciéndose el Urtxuri a lo largo de sus 13 kilómetros, tomando las aguas de los montes de San Fermín, Balsazarra, Malgorra, Musumurru, Los Balcones o Aduana, y de la regata de Ibarrondoa, que nace al otro lado de la muga.

Ya de vuelta, el viajero miró de nuevo para el Ori y el Pikatúa, a cuyos pies vivió una fiesta de mugas inolvidable con los representantes del Valle de Salazar y del Bearne, entre ellos el casi perpetuo alcalde de Pau, diputado, y después ministro, André Labarrere. Otros tiempos y el mismo bosque.

UN NAVARRO EN EL SOBRARBE

Este verano el Mondarruego no tiene nieve en su pirámide deforme. Sólo hay unas cuniestras en los picos superiores del Gabieto (3.031) y del Fallón (3.144). alguien, en tiempos de nieves, escribió con letra blanca sobre una losa al pie de la torre de la iglesia de Broto:

*Pecho de acero, Polifemo blanco,
cinturón de aluminio al irse el sol...*

Que en el Sobrarbe -¿sobre la sierra de Arbe?- vivieron pueblos vascones parece gritar la toponimia. Poblados, montes o ríos se llaman Abizanda, Ara, Araguas, Aragüés, Arasan, Arazas, Arba, Arbe, Armeña, Ayerbe de Broto, Bielsa, Bisaurri, Bolabe, Bucherbeta, Chisagüés, Ereta de Biés, Eriste, Escuin, Gistain, Góriz, Labasar, Labuerda, Ligüerre, Ordiceto...

Comprendía el territorio todos los valles de la cabecera del río Cinca hasta las sierras de Campanúa y Arbe: además de otros menores, los de Bielsa, Broto, Gistain, y las localidades de Ainsa y Boltaña.

Llegaron un día los romanos, que nos hablaron de los jacetanos, pobladores de la zona comprendida entre los ríos Gallego y Veral. Tras ellos los visigodos, con San Urbez y San Beturián, moradores de cuevas silvestres. Las cuevas se convirtieron después en ermitas y monasterios. Los visigodos se opusieron a su vez a los francos ultrapirenaicos, que intentaron establecer enclaves militares a este lado de la frontera natural y se salieron a veces con la suya.

Entre el Imperio carolingio al norte y los reinos musulmanes al sur, el incipiente condado de Aragón, de fundación franca, estuvo vinculado estrechamente a la vecina monarquía pamplonesa. La reina doña Toda, viuda de Sancho Garcés I, muerto el año 925, consiguió el matrimonio de su hijo García Sánchez (925-970), rey de Pamplona, con doña Andregoto Galíndez, hija del segundo matrimonio del conde titular de Aragón, Galindo Aznárez. Desde entonces el condado de Aragón siguió los destinos del reino de Pamplona, aunque los nobles del territorio exigieron que el rey pamplonés llevara sólo el título de régulo de Aragón, que quedó bajo el mando del conde Fortún Jiménez.

A la llegada al trono navarro de Sancho el Mayor (1004), la parte norte de Sobrarbe seguía dependiendo de la monarquía pamplonesa, pero la parte sur, más llana y ribereña del Cinca, era una zona controlada por los musulmanes de Barbastro, tras la ocupación, unos años antes, de casi todo el Alto Aragón por el hijo de Almanzor. El condado oriental de Ribagorza estaba dominado desde hacía décadas por una dinastía condal propia. Las luchas internas y sangrientas entre los miembros de esta dinastía y con los vecinos condes de Pallars obligaron al rey navarro –nuestro *rey ibericus*– a intervenir y a ocupar el año 1017 toda la ribera del Cinca hasta Perarrúa, liberando asimismo la parte meridional del condado de Ribagorza hasta Roda.

La situación de *extremadura* o frontera a lo largo del amplio te-

territorio somontano aragonés durante muchos años obligó también la monarca navarro a establecer una poderosa red de fortalezas acomodadas al medio físico y humano circundante, como puestos de vigilancia y de defensa de vías de comunicación y soporte de una estrategia militar escalonada.

En torno a estas fortalezas, bajo el mando de un tenente, se aseguraban los cultivo agrícolas y el ejercicio de la ganadería, además de la protección a los labradores y ganaderos, que suministraban a su vez medios de subsistencia y brazos para la guerra. En tiempos posteriores esta línea defensiva sería punto de partida para la repoblación prepirenaica.

Sancho el Mayor dejó, para después de su muerte (1035), a su hijo menor Gonzalo como *rey de Sobrarbe y Ribagorza*. Los dos condados pasaron, hacia 1045, a manos de su hermano Ramiro I, quien los unió al primitivo territorio aragonés que le había correspondido, y en adelante el Sobrarbe quedó definitivamente integrado en la monarquía aragonesa.

El viajero ha visitado una u otra vez el Sobrarbe, pero ahora pasa unos días en Broto, famoso desde 1323 por la comunidad del Valle de su nombre (mancomunidad de Góriz), constituida merced a un privilegio otorgado por el rey Jaime I de Aragón. Importante fue también la facería entre esa comunidad y el lugar francés de Gavarnie (de la mancomunidad de Barège), por la cual se regulaba el aprovechamiento de los pastos fronterizos. El linaje noble de los Broto, muy activos en el siglo XIV, dejó para el escudo de la villa las armas inertes de un árbol tronchado por un rayo, con un ave posante sobre la rama desgajada: *Fustrata non desinam brota* (No dejaré frustrados los brotes).

El valle de Broto se encuentra en la parte alta de la cuenca del río Ara. Los valles de Bujaruelo y de Ordesa, con las altas cumbres

del Pirineo axil (Perdido, 3.355 m.), lo circundan por el norte; las sierras de las Cutas, Bolabe y La Corona lo rodean por el este, y por el oeste las montañas de Escartín y Otal (2.000 m.) lo separan del Sobrepuerto y del Serrablo. Hacia el sur el valle se abre y ensancha enlazando con la Ribera de Fiscal.

Praderas alpinas se extienden en los planos superiores, bajo las crestas calizas. Pinos silvestres, hayas, abetos y pinos negros escalan los espacios inmediatos. Quejigos, encinas, tilos, avellanos, arces, bojés... ocupan los inferiores. En los breves y bien limitados prados se cultivan cereales, patatas y, cada día más, se multiplican los pequeños regadíos, a la medida humana. Mientras el ganado vacuno se estabiliza, el ovino sigue retrocediendo. El turismo es ahora la mayor fuente de riqueza del valle.

Broto es un municipio con 400 habitantes (916 en 1950), repartidos en los seis núcleos de población de que se compone. El principal es el lugar de Broto, con 163 habitantes, según los últimos datos.

Fue en tiempos un caserío apretado subiéndose a un altozano en el flanco oriental del río Ara, unido después por un puente de piedra con el barrio occidental, al otro lado del cauce. No se ha borrado aún la vieja fisonomía. En pie están, aunque naturalmente remozadas, las Casa del Valle con su torre defensiva; la ermita de San Clemente (1578) o la iglesia parroquial de San Pedro, construida en el siglo XVI sobre los restos del anterior templo románico. Su torre almenada da seguridad, gallardía y empaque a la recia estructura litúrgica y defensiva. Iluminada ahora por la noche, es faro desde el río y luz trascendente sobre la historia. Incendiada y saqueada, como tantas otras de la zona, durante la guerra civil, sus ocho retablos barrocos han sido sustituidos parcialmente con retablos y piezas traídos de Tiermas, Patemoy y del Museo Diocesano de Jaca.

El nuevo Broto ha ido extendiéndose a los dos lados de la carretera que atraviesa el lugar, sobre todo al sur, al oriente del río, de forma irregular, no de manera muy distinta a la de otros pueblos de la zona, donde el respeto por el pasado, el buen y mal gusto, las necesidades del progreso y las exigencias del turismo juegan partidas no siempre fáciles.

Una lujosa urbanización, *Nuevo Broto*, se extiende al sudeste del pueblo, entre las carretera y el río, alimentado de mil fuentes, arroyos y torrentes. El río Ara lleva el curso fluvial mejor conservado del Pirineo y es uno de los preferidos para el rafting y el piragüismo. Los paseos por sus orillas son uno de los primeros atractivos de Broto. Junto a mi pequeño hotel, de estancia y trato exquisitos, hay una tienda que vende trajes de neopreno, cascos y chalecos salvavidas, simbolizados por un muñeco así vestido y expuesto junto a la puerta del establecimiento. Si uno quiere algo más cerca, tiene las piscinas municipales y el cómodo paseo con barandillas junto a la corriente, entre la fronda arbórea.

El viajero elegía cada mañana una ruta. Por la carretera abajo, hasta Sarvisé, con su cuadra de caballos blancos. O, desviándose hacia la izquierda, hasta Buesa, lugar-balcón, por una carretera entre pinos. El pueblo, que nos recuerda el apellido de la familia vitoriana y el de un famoso anarquista aragonés, tiene tres pequeños barrios separados por el barranco Furco y una iglesia gótica. Por la otra orilla del río, ancho en la llanura, y pasando entre campamentos juveniles, se llega hasta Fiscal, cabeza del municipio de su nombre, repartido entre doce núcleos de población.

Hacia el oeste, además de la cascada de Sorrosal, nos aguarda Oto, una joya de piedra, con su atalaya del siglo XV sobre un fuste de roca natural, y una iglesita con torre mozarábico-románica. Siempre hay algún paisano, venido de Zaragoza o Barcelona, que toma allí el sol. Debajo, una granja moderna de vacas y otro campamento alegre y ruidoso. Desde allí, por un camino, endiablado a veces, puede uno alcanzar el despoblado de Yosa de Broto, bajo la mirada lejana y alta del pico Otal (2.075 m.).

En fin, hacia el norte, además del ascenso, algo penoso, hasta Fragen, un camino-senda de herradura, aguachinado en año de nieves, por medio del monte y sobre el río sonoro, me llevaba hasta Torla, puerta de Ordesa, cerca del Puente de los Navarros, pueblo digno de ver y contemplar, no sólo su iglesia-mirador y la antigua posada Casa Víu. La vuelta es algo más cómoda.

“¡Oh, campo! ¡Oh, monte! ¡Oh, río! ¡Oh, secreto seguro, deleitoso!”

JUEGOS OLÍMPICOS

Si no hubiera sido por la barbarie que nos azota, la XVII Olimpiada era un motivo literario y humano de máximo interés para ocuparnos de él durante muchos días. Pero ¿quién era el insensato que se atreviera a tomarlo públicamente en serio, mientras se mataba o intentaba matar al primero de la lista macabra, cuando siguen callando tantos intelectuales, eclesiásticos, políticos, educadores, etc., etc., que no han abierto la boca o la pluma durante treinta años?

Llegó un cierto alivio, un cierto descanso, una cierta alegría coronada de gratitud, y pudimos volver a una cierta normalidad.

Tuve la suerte entonces de ver por segunda vez y por completo en televisión –la primera fue en 1992, cuando la de Barcelona– la apertura de la XVII Olimpiada, en Sidney.

Qué derroche de belleza, de ciencia y técnica, de ingenio, de juventud, de alegría. La luz, el color, la música, el movimiento, las figuras, los juegos de la inteligencia del hombre (con su memoria, su imaginación y fantasía, su voluntad y sus sentimientos) de muchos hombres, de miles de hombres, para la felicidad de miles de millones de semejantes!

Placer de los sentidos (intelectivos), de la inteligencia (sentiente), al servicio de eso que llamamos espíritu, espíritu personal y espíritu colectivo y universal. Llámelo cada uno como quiera.

JUEGOS OLÍMPICOS

Después de la Organización de las Naciones Unidas, junto a sus agencias y entes autónomos (UNESCO, FAO, etc.), ¿qué tenemos los humanos como signo y símbolo eficaz de unidad y de comunidad más vivo y eficaz que los Juegos Olímpicos, que duran cuatro años seguidos y que estallan con toda su fuerza y luminosidad en cada una de las Olimpíadas?

Ya sí que la corrupción por el dinero, el poder, el sexo, la competición sin entrañas, el odio terrorista o simplemente el fanatismo deportivo llega también hasta ahí, como hemos podido ver hace unos meses. Pero nada de eso, con ser terrible y abominable, niega lo esencial del olimpismo.

Los cuatro centros principales de la agonística deportiva griega fueron, como es bien sabido, Olimpia, Delfos, Nemea y el Istmo de Corinto.

Los Juegos Olímpicos se celebraban, lo mismo que los de Nemea, en honor de Zeus, dios máximo del Panteón griego. Comenzaron el año 776 antes de Cristo y fueron punto de partida para todos los demás. Tenían lugar cada cuatro años, en el mes de agosto.

Las pruebas más espectaculares, y las victorias más deseadas, eran las carreras de carros tirados por cuadrigas, y, en segundo lugar, las carreras de caballos. Las carreras de carros con tiro de mulas duraron poco tiempo. Las demás pruebas eran carreras infantiles, con pugilato y lucha, que llenaban el primer día, tras la jornada precedente destinada a los sacrificios rituales ante los altares de Zeus y Pélope, héroe epónimo del Peloponeso.

En el segundo día comenzaban las carreras a pie en el estadio: una de velocidad, con un recorrido de 192 metros, sólo para adultos; otra doble, de ida y vuelta, con 384 metros, y la carrera de resistencia, con 4,608 kilómetros. Por la tarde se iniciaban las competiciones de pugilato, lucha y pancrancio (combinación de boxeo y lucha libre, que incluía patadas, retorcimientos de miembros y hasta mordiscos).

JUEGOS OLÍMPICOS

Esas pruebas continuaban durante la mañana del día tercero. Esa tarde corrían los atletas equipados como guerreros, la menos con el escudo de bronce.

El cuarto era el día de la prueba más querida de los griegos y que exigía una completa preparación atlética: el pentatlo: salto de longitud, carrera de velocidad, lanzamiento de disco, lanzamiento de jabalina y lucha. A la tarde comenzaban las carreras en el hipódromo, combinándose las hípicas y las pedestres.

La quinta jornada se reservaba a las carreras de carros tirados por caballos, lo que sólo se lo podían permitir personas adineradas que pudieran mantener cuadras, aurigas, personal adecuado, gastos de transporte, etc.

El último día del festerío los Juegos se cerraban oficialmente con una procesión de acción de gracias a los dioses, un banquete en honor de los vencedores, y la proclamación de sus nombres y lugar de origen por medio de los heraldos. Los atletas triunfantes recibían una corona de olivo, de aquel olivo que plantara Heracles (hércules), mítico fundador de los Juegos.

En la ciudad de Olimpia el atleta tres veces vencedor tenía derecho a una estatua erigida en su honor. En su patria de origen le aguardaba, entre otros honores y privilegios, una espléndida fiesta coral y el saludo oficial por medio del coro con un himno cantado en el teatro, en el ágora, en el templo, o a las puertas de su casa.

Poetas y músicos, pintores y arquitectos, y toda clase de artistas tomaban parte en cada competición olímpica. Algunos de ellos deben su fama a los Juegos. Pero por encima de todos ellos sobresale Píndaro, el poeta y músico que con sus odas melódicas, *olímpicas*, *píticas*, *nemeas*, *ístmicas*, y muchos himnos, *ditirambos*, *peanes* y *cánticos procesionales*, en su mayoría perdidos, ha pasado a ser el mejor testigo de los Juegos griegos e, incluso, uno de sus mejores símbolos.

El tebano aristócrata Píndaro (c. 522- c.438 a. C.), poco entusiasta del panhelenismo político y siempre distante del imperialismo democrático de Atenas, encontró en la gran Hélade continental e isleña, jónica y mediterránea, una misma lengua, un mismo estilo de vida, una misma teología y cultura espiritual, que unía a todas aquellas comunidades, pequeñas, dispersas, independientes y con frecuencia enfrentadas en hostilidades sin cuento. Los ejercicios deportivos les eran comunes desde los tiempos heroicos homéricos. Las ciudades-Estado los organizaban constantemente, vinculados al culto de los dioses, honrados con templos suntuosos, que se extienden desde Paestum a Sunio, pasando por Agrigento, Siracusa, Egina y el Partenón.

Las competiciones deportivas no se entendían sin el sentido de servicio y culto a la divinidad. La victoria lograda —escribe Alfonso Ortega, a quien sigo— era señal de que los dioses aceptaban el esfuerzo desplegado en el estadio o en la palestra, como una víctima grata. No había fronteras entre lo profano y lo divino en la fiesta agonística griega, que unía mucho más radicalmente que cualquier estructura política y que iba mucho más allá del rendimiento obtenido o de la marca alcanzada por los atletas.

En la odas de Píndaro la prestancia muscular y la habilidad atlética revelan la luminosa grandeza y hermosura de lo divino en el hombre. Dirigida y espoleada tal energía por el entrenador y cantada por el poeta, el vencedor atlético halla el sentido espiritual de la vida en su vinculación con los dioses y héroes del pasado.

El punto fundamental de la poética pindárica es la orientación de todo a las categorías humanas y divinas, como son lo noble, lo grande, lo bello, lo bueno y lo divino. La misión del poeta está en ofrecer una ética consecuente con el respeto a los dioses y que exige disciplina, esfuerzo, osadía, sinceridad, constancia, sentido de la justicia y de la verdad y reconocimiento del límite. No faltará por eso en los poemas pindáricos, como no faltó en su predecesor Jenófanes de

Colofón, una crítica inteligente del fanatismo del deporte, de su falsa divinización.

Digámoslo resumidamente: en la acción noble del hombre se manifiesta del gobierno soberano de Zeus, que se hace presente en el mundo a través de las fuerzas divinas del Encanto, la Persuasión, la Paz, la Fortuna, el Debate... que dirigen y ordenan el destino de los hombres.

Ni siquiera el vencedor en el estadio puede gloriarse de su victoria como si fuera personal. El deporte no es más que una ocasión brillante en que se revela la presencia de lo divino en el mundo. Así canta Píndaro en la *Olímpica XIII*:

*A vosotros, hijos de Aletes, de múltiple modo las Horas
os dieron el esplendor portador de victorias de aquellos
que con sumas hazañas pujaron en los Juegos sagrados,
y en los corazones de los hombres pusieron también
ellas, las Horas floridas, multitud de destrezas
antiguas. Del inventor es el mérito todo.*

Sería una imperdonable ingenuidad tomar a la letra todo esto al comienzo del tercer milenio. Pero la universalidad, la intercomunicación, la unidad de nuestro mundo son valores que nos llevan a bienes recientes y a recientes realidades. Y la fruición de la belleza, de la perfección de la realidad y de nuestro encuentro con ella, las cualidades cultivadas del hombre -*citius, altius, fortius*-, la disciplina, la autoexigencia, la tolerancia, la convivencia, la solidaridad, etc., etc. ayudan a hacer de la vida personal y colectiva una autoposesión humana cabal y no cualquier expresión de un vitalismo cualquiera.

Hay, pues, una versión a nuestro mundo del antiguo ideal helénico, no muy diferente de aquél. La muy diferente envoltura no debe ocultarnos el contenido sustantivo.

Así veo yo, en todo caso, y muchos millones de hombres así

JUEGOS OLÍMPICOS

ven, este acontecimiento único, mucho más que un grandioso espectáculo, de la Olimpiada, de los Juegos Olímpicos heredados de nuestra Madre Grecia.



POR EL VALLE DE GUESÁLAZ

Desde Viguria alcanzamos la carretera de entre Esténóz y Salinas de Oro, y, tras remontar la regata de Guembe, tomamos el ramal carretero que, hecho un zig-zag, sube hasta el alto valle de Goñi. Nos desviamos occidentalmente y llegamos a Irujo, asentado en un cerrillo.

Viejo lugar de señorío, como todos los de nuestra ruta de hoy, traídos y llevados por reyes, monasterios o señorones, Irujo es el más pequeño en habitantes y territorio, con media docena larga de casas visto de lejos. Nos salen al paso unos nogales y unas higueras junto a una casa rehecha hace poco. Por la estrecha calle de San Román, que recorre todo el lugar, entre algunas casas vacías, subimos hasta la iglesia de su nombre, en la que anidan o se posan, como bien se ve, palomas y lechuzas.

Sorprendentemente está abierta la puerta, que conserva sus herrajes medievales. Me dice Isidoro que dos mujeres se encargan de tocar el ángelus por la mañana y la dejan así para el resto del día. Una de ellas se asoma discretamente a la ventana de la casa cercana al templo.

- Somos gente de paz, dice mi amigo.

La señora se queda tranquila.

La iglesia, de origen románico tardío, reformada siglos después, como casi todas las del valle, está llena de encantos. Bello retablo de Pedro de Gabilán, entre plateresco y romanista, con muchas tallas, relieves y pinturas sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, bien policromado por el pintor estellés Andrés de Miñano. En el retablo del Santo Cristo nos espera un estupendo Crucificado del siglo XVI. En el rincón de la capilla de la Virgen del Rosario, con rico retablo barroco, se llena de polvo el añoso estandarte de la Cofradía. Púlpito de madera con tornavoz barroco. Dos fuesas, con el cajón negro y agujeros para las velas. En la sacristía nos aguardan nuevas bellezas orfebreriles, desde la cajonería hasta un sagrario y una cruz parroquial.

A un flanco de la iglesia, un macizo caserón, con sillares en vanos y cadenas y gran alero. Al otro, está cerrada una casa más moderna, con cipreses en el jardín.

Del antiguo palacio queda en el costado suroccidental del caserío un muro de sillar, del siglo XVI, con portalón de medio punto, y sobre él un escudo barroco, con leones, ángeles músicos, lobos, dragones y otros símbolos vanos. Al fondo y al lado, dos hermosas casas con parras, flores y árboles de adorno y de fruta.

A un tiro de ballesta largo están entre sí los cuatro pueblos de nuestro recorrido. El próximo es Arguiñano, que trepa hacia la sierra. Su territorio, en forma de espátula, a los dos lados del barranco Ogancia, incluye la mayor parte del serrano macizo de Artesa (¿Arteiza?).

Antes de llegar, nos sale al paso la ermita de Nuestra Señora del Camino, restaurada en 1994, capilla del camposanto, que levanta su perenne ciprés cirial. Desaparecieron ya las ermitas de Icomar (en Andía) y San Miguel.

Han canalizado hace poco la regata que corta el pueblo en dos y le han puesto una barandilla de troncos. Ahora la regata necesita

árboles, como los que antes tenía.

Dejamos el coche cerca de la iglesia, junto a la vieja casa parroquial, del siglo XVI, finestra de arco conopial bajo cornisa de bolas. Un portalón con escudo deteriorado en la clave abre y cierra el muro del jardín trasero.

La iglesia parroquial de San Martín, bajo una robusta torre prismática medieval, templetillo, grandes campanas, y hiedras en los flancos y encima del campanario, se amplió y modificó desde su estilo cisterciense primitivo con la lonja, pórtico, portada, bóvedas y coro, cuatro siglos más tarde. Un majestuoso retablo manierista-barroco, abundante de bellos relieves y tallas, con un espléndido sagrario-expositor. La pila bautismal de piedra nos recuerda el origen medieval del templo. Aún queda en el coro alto el facistol y los bancos de los beneficiados con la silla abadial.

Subimos por un umbroso camino como de ronda entre muchos nogales y *yelgos*. Pasamos la regata, ahora regatillo. Todo el pueblo está adornado de plantas y flores.

San Sebastián, San Antonio y San Francisco se reparten pacíficamente las calles del lugar, con medio centenar de residentes. En el anchurón han dibujado con adoquines grises y negros el árbol del escudo local. La fuente con aska de piedra, con un buen chorro de agua, lleva fecha de 1867. Están rehaciendo la casa de la sociedad "Los Alegres". El frontón se abrasa al sol. Dos jubilados, a la sombra, comentan lo mucho que ha llovido esta primavera, y lo poco que llovía en los últimos tiempos:

-Aunque en Pamplona no lo crean, hemos andáu otros años bastante mal de agua.

Tuvieron que hacer en el monte balsas plastificadas para echar agua a los animales y cosas así.

Dos casas monumentales, una al oriente y otra al occidente del caserío, de los siglos XV-XVII se miran y se miden de lejos, con sus portalones, sus grandes sillares, sus ostentosos escudos, uno de los Munárriz y otro de los Hermoso de Mendoza, en los que no faltan

tampoco los leones, animal totem quizás de las dos familias.

En la parte alta de Arguiñano han construido-reconstruido dos grandes viviendas.

Vidaurre (*ibide aurren* = delante del camino?) al pie de una pequeña colina vertical, con un repetidor verde, tiene un número de habitantes similar al del pueblo anterior, y un similar territorio, algo menos montañoso; no llega tan lejos en la sierra de Andía, pero se reparte con él el Artesa y se queda con las tierras llanas de las márgenes del arroyo Guembe, antes de que riegue campos de Muez y Esténoz. Pasado un barranco serrano, entre chopos y huertas, y partido por el camino-carretera en dos, el caserío de Vidaurre se nos aparece todo compuesto de rosas, geranios, pitas y otros primores. En el extremo sur, sobre el arroyo, está el cementerio, y, en el extremo norte, un almacén reciente.

Sobre la portada de la iglesia se asoma un balconcillo –lugar ideal para los conjuros–, engeraniado. R. Urmeneta y T. Samanes han llevado a cabo la reciente restauración. Dedicada a Santa Catalina en la parte alta del poblado, levantada y transformada en siglos iguales que las anteriores, sobresale su imponente y frutal retablo mayor barroco, obra de Gabriel Berástegui, y el pequeño retablo romanista de Pedro Imberto. Pocas iglesias tienen un altar, con retablo barroco y talla de San Francisco Javier, y, a la vez, un lienzo de su maestro, San Ignacio de Loyola.

Los Vidaurre –faja de azur en campo de oro– fueron uno de los doce ricoshomes de Navarra. Ya en el siglo XVIII estaba su palacio de Vidaurre derruido. Hoy es una ruina apetecida por hiedras, saúcos y matorrales. Cerca de la ruina, se malsostiene la de una torre rectangular también del siglo XVI, en la que se abren dos portalones todavía visibles. Dos troncos enlazados sostienen lo que aún queda en pie de las dos tristes antiguallas.

*¡Ay de los castillos impugnables,
los muros e baluartes
e barreras...!*

El cogollo urbano habitado rodea la carretera, mientras se reserva la parte más baja para bajeras y hasta para una granja de la que vemos subir unos potros rojos y alguno negro. Hay en el núcleo alguna casa clásica bien conservada, pero alguna otra antigua ha sido convertida en almacén, excesivo y fuera de lugar.

Cuando entramos en Guembe, bajo los verdigrises Altos de su nombre, acaba de llegar la camioneta de Ega Pan, congregando al paisanaje, espectáculo que frecuentemente contempla el viajero por la Merindad de Estella.

En el suelo de un pequeño anchurón un tractor hace de trillo en una parva de garbanzos en tierra de garbanzos que, por lo visto, también es Guembe. El hijo del dueño mueve el monstruo y el dueño canta a pie llano las excelencias del producto a quienes quieren oírle. En tiempos del mazo se recogía mucha mayor cosecha, pero los de ahora son tan buenos como aquéllos:

- Los más buenos de todos.

Guembe, que, con algunos chalés recién hechos, alberga algunos habitantes menos que los dos pueblos vecinos, es un pueblo muy bien mantenido a los dos lados del riacho, convertido en cemento cuando atraviesa el lugar.

Entre otros escudos arrogantes, campea el de los Munárriz, que tienen también, cómo no, lápida en las losas de la iglesia. Los leones portantes huyeron hace mucho tiempo y el apellido también. De los Munárriz posteriores, famosos en la historia de Navarra ninguno parece haber nacido ni en Guembe ni en Arguiñano.

La iglesia de San Bartolomé está subida a un altozano, en el extremo norte del pueblo, entre acacias, palmerillas y malvaviscos. Los hermanos Urbietta, ya conocidos, rehicieron la fábrica del templo a mediados del XVII. En el retablo mayor manierista, la vida y muerte –despellejamiento y decapitación- del apóstol mártir ocupan lugar principal.

El viajero no va a repetir ahora lo que ya dijo cuando pasó por aquí, aquella mañana de junio, camino de la frontera y levantada ermita de San Antonio, famosa en Navarra entera.

San Antonio y San Bartolomé dan aquí nombre a las calles y callejas del entrañable lugarón, rodeadas de huertos.

Reposan la siesta de verano las buenas gentes del Valle de Guesálaz, cuando nosotros dejamos para la próxima primavera los cinco pueblos que aún nos quedan por recorrer y por admirar.

NUESTRA SEÑORA DE RONCESVALLES

El poeta y dramaturgo Eduardo Marquina (Barcelona, 1879-Nueva York, 1946) fue la gran figura del drama histórico español en el primer tercio del siglo XX y su memoria va unida a los mejores actores y actrices de la escena española de su tiempo. Poeta fecundo y de vasto registro, parte del modernismo literario y domina todos los recursos del poema. Tras los dramas, muy bien recibidos por la crítica pero no tanto por el público, como *Las hijas del Cid* (1908) y *Doña María la Brava* (1909), el éxito clamoroso de otra pieza más endeble pero sonora y patriótica, *En Flandes se ha puesto el sol*, estrenado primero en Montevideo y después en Madrid (1910), así como de otras muchas que siguieron después mantuvieron a su autor en la primera fila de la literatura popular y nacional española hasta su misma muerte.

A sus treinta y tres años, verano de 1912, Marquina pasó con su mujer y con su hijo una larga temporada cerca de Roncesvalles. De aquella activa estancia y recorridos montañosos por la zona, junto a otros motivos navarros históricos y legendarios, nació su libro *Tierras de España* (Madrid, 1914).

La tercera parte del libro, con el título *Durar*, va consagrada a Santa María de Roncesvalles, y lleva el subtítulo de *Leyenda*. La leyenda, en sus diversas versiones, recoge la tradición de las apariciones de la Virgen, anunciadas por las correrías nocturnas de un ciervo, las astas brillantes de luz, que se detenía en un lugar, mientras los ángeles dejaban oír junto a una fuente nacida entre las peñas una música armoniosa que acompañaba el canto de la Salve.

Al comienzo de esta tercera parte, el poeta catalán, y tan español, quiere recoger toda su estadía en la Montaña navarra y dedicarla caballerescamente a su Señora la Virgen María. El poema, escrito en silvas reales, muestra bien la maestría del autor, artífice consumado en el arte de la rima, del ritmo y del uso de un abundante y esmerado léxico castellano:

*Tanto aire de montaña respirado,
tanto rumor de hayedo,
tanto riente prado.
Medido al golpe de una andar tan quedo,
y todo al fin se desvanecería,
sin recogerlo en ti, Señora mía.*

El dramaturgo acude en los próximos versos a la misma leyenda de la imagen esculpida por el pastor después de que *la Dama Blanca* se le apareciera junto a la fuente. Remembra las cotidianas escenas pastoriles y los cantos épico-líricos de las viejas batallas (tal vez sólo emboscadas y escaramuzas), bajo *los picos fieros*, al par que las crónicas de los recientes y terribles enfrentamientos fronterizos. Y comienza invocando certeramente en el primer verso la venustez, ya proverbial, del rostro de la Virgen-Madre –tipo que ha sustituido al de la Virgen-Reina-, uno de los más bellos de nuestra imaginaria medieval, sobre todo por el encanto de esos ojos *rasgados y alargados, que miran al Niño con una mezcla de ternura y melancolía a la vez*, al decir de Clara Fernández-Ladreda, quien mejor la ha estudiado y entendido:

NUESTRA SEÑORA DE RONCESVALLES

*Virgen del buen mirar condescendiente,
que un guardián de corderos
trajo, a darles virtud a estos oteros,
la tarde aquella en que le habló una fuente;
Señora de pastores y guerreros,
Santa María,
cerráranse tus ojos vivideros,
y se trocara, hasta en sus picos fieros,
toda la forma de esta serranía.*

En la tercera estrofa vuelve el eco de la leyenda pastoril y aparece el escenario pirenaico, un tanto idealizado hasta hacer de los aludes paños de los *divinos pies* -¿o los del Niño?-, cubiertos de chapa de plata:

*Abeja de la miel de estas quietudes,
fuente oculta, que suelta entre rebaños
los misteriosos caños
de sus castas virtudes;
que salva un recental todos los años;
cuyos divinos pies huellan los paños
blancos de los aludes;
Santa María,
heme a tus pies, sentado en tus escaños;
que, sin centrarla en ti, se desharía
la leve esfera de mi poesía.*

El poeta peregrino en Roncesvalles quiere poner la corona de su poesía sobre la cabeza velada de la Señora, y le vienen a los versos las imágenes bíblicas de la luna y de la aurora, y la imagen local de la niebla. Otra vez le subyugan los ojos de la talla. Y las manos maternas le sugieren *la vena azul del pulso* de la vida, si no es la vena principal del pecho, que el Niño parece querer acariciar.

NUESTRA SEÑORA DE RONCESVALLES

*Como un nimbo, Señora,/ quédese, haciendo cerco a tu cabeza;
y halo de luna, y resplandor de aurora,/ y niebla azul hurtada a la
maleza,
todo mi canto ahora/ abate el vuelo en torno a tu belleza;
sus alas recogidas,/ como velo al caer, rocen tus sienes
y enmarcando los ojos, donde tienes/ todo el misterio de las altas vidas,
retengan, cautas, el devoto impulso,/ Santa María,
y cúbrante la vena azul del pulso/ en donde yo, a ser Dios, te besaría.*

Uno de los iconógrafos marianos navarros más conocidos, Jacinto Clavería, resalta también el mayor encanto de esta escultura: *el rostro moreno de la Virgen, con el mirar uncioso y dulce de sus ojos que se dirige al Niño*. Marquina canta ahora esa morenez, que evoca a la mujer enamorada del *Cantar* bíblico, y la dureza de la talla –como la del hacha legendaria que la cortó-, sea o no de cedro, chapada de plata, pero panal a la vez de las más exquisitas dulzuras espirituales:

*Morena y dura, en la exterior corteza
de tu rígida talla.
Tú, nacida de un tronco, en la maleza,
a los golpes de una hacha de batalla,
Señora mía,
¿qué hay en ti que ha encontrado en tu belleza
dulzuras de panal el alma mía?*

Panal, fuente, romero –planta extraña por aquí-, paloma... símbolos marianos tradicionales, no aciertan con todo a expresar el amor filial del poeta, que se reclina sobre el *seno en flor*, que tacta el Niño, buscando también un corazón de madre:

NUESTRA SEÑORA DE RONCESVALLES

*En el frío granito de esta loma/ ¿qué gotear de fuente hizo agujero
y dejó limo, y floreció el romero,/ y pasó tiempo, y perduró el aroma?
O en el huérfano hueco desvalido,/ sobre el muerto romero, ¿qué
paloma
tendió las alas, abrigando nido?/ Santa María,
¿por qué, de donde estoy, pongo el oído/ sobre tu seno en flor y oigo el
latido
de un corazón de madre, Madre mía?*

El escritor andariego, que va recorriendo y cantando las tierras y las gentes de España, que lleva después a sus comedias y dramas, llegó acá más bien como curioso, o así lo creía él, pero en el lugar del viejo Hospital de Roncesvalles –sereno asilo- encontró la venda de la soledad, del silencio y de la paz, y en sus entrañas se reanudó la leyenda del viejo pastor. Ahora ya no sirve el inexistente romero de la anterior estrofa y el poeta añora el huerto lejano, que tampoco encuentra en sí mismo, para las flores de su ofrenda y de su gratitud:

*Curioso apenas al tomar la senda/ que trae a tus altares,
¿qué impenetrables paños de qué venda
soltáronse de pronto en tus hogares?
Caté la paz de este sereno asilo,
donde hicieron los siglos tu vivienda;
y en mis entrañas reanudóse el hilo/ de la muerta leyenda.
Santa María,/ ¿en qué remoto huerto encontraría
flores para mi ofrenda?*

De *soberbia expresiva, digna de la excelencia del motivo*, habló el poeta Gerardo Diego, calificando la poesía de *Tierras de España*. El poema a la Virgen de Roncesvalles es uno de los más bellos.

SAINT PALAIS – SAN PELAY

Hace ya veinte años el viajero recibió una invitación oficial del alcalde de la ciudad de Sangüesa, Javier del Castillo, para la visita colectiva a la villa hermanada de Saint Palais, San Pelay o Donapaleu.

Era en tiempos del alcalde ultraporteoño Benard Lasalle, buen alcalde y buen navarro y portador de apellido prestigioso. Desde entonces el viajero ha vuelto una y otra vez a la capital del País de Mixa (*Amikuze*), la villa más poblada de Ultrapuertos, con sus casi dos millares y medio de habitantes, incluido el lugar histórico de Garris desde 1966, y 7,44 kilómetros cuadrados de territorio.

Villa y bastida real, como San Juan o Mongelos, San Pelay adoptó el nombre del santo niño cristiano Pelayo o Pelagio, rehén y mártir (c. 926), víctima del lujurioso emir de Córdoba. Debió de fundarse entre 1196 y 1228, tras la unión de Mixa y Ostabares a la Corona navarra.

Existían antes, al pie de la vertiente norte del cerro del Salvador, a un tiro de ballesta de la nueva villa, el hospital de Lagarraga o de la Harraga y su iglesia de la Magdalena –santa muy popular en toda

la zona- en el lindero del cementerio. San Pelay fue siempre punto clave en el Camino jacobeo francés.

Reyes, vizcondes, condes, señores, obispos, fieles de una u otra condición, honraron a la iglesia y hospital primitivos del lugar con rentas, bienes, honores, y hasta con sus propios enterramientos. El célebre historiador y poeta, Arnaldo Oienhart, su esposa e hijos, fueron sepultados en el templo. La iglesia, muy deteriorada a comienzos del XVIII, acabó siendo almacén militar, después granja y depósito de cosechas. Poco antes de la Revolución era ya una ruina.

De buenas a primeras, viniendo de donde se venga, San Pelay nos aparece como una pequeña villa llana, rodeada de colinas, varada entre dos puentes y dos ríos, femeninos como casi todos los ríos franceses: la *Bidouze* y la *Joyeuse* (Aran).

La nueva villa se expandió sobre la orilla alta del Bidouze, río pirenaico y nival, hasta la actual calle Gambetta, donde corría el foso bajo los muros protectores. Por el lado oriental, el recinto terminaba en lo que es hoy plaza frente al ayuntamiento, y, por el occidental, en el cruce de la calle-carretera de San Juan y la casa Lahiria.

Dos edificios sobresalían en medio de la calle mayor de la bastida, llamada *Carrera del Senyor Rey*, y después y ahora *Rue de Palais de Justice*. Daban directamente sobre el borde del río, que parece combarse para acercarse al lugar: la iglesia de San Pablo, filial de la de la Magdalena, de nave única, y la casa, llamada *Chateau* (castillo) en el siglo XVII, y, un siglo más tarde, *Maison du Roi* (casa del rey), sede de las asambleas de la cilla, del cuerpo de jurados, de la prisión real, y de la senescalía de Navarra. La gendarmería ocupa hoy el antiguo solar.

Albañiles y carpinteros y toda una tropa de ayudantes, varones y mujeres, comenzaron, el lunes 5 de marzo de 1351, por mandato del rey Carlos II de Navarra, las obras de reparación y ampliación del palacio de Angueloa o Anguelu, para hacer de ella la casa y la fábrica

ca de la moneda. Habían pasado sólo dos años desde las *grand mortal* de la peste negra o bubónica de 1348-49.

A la *pedra franca* de Arbouet y de otras canteras se añadió la teja rota del descalabrado castillo de Garris. Desde Olite llegaban, en cuatro días de ida y vuelta, las mulas con cargas de trigo y orgo.

En junio de 1353 salían de la ceca las primeras monedas: carlines y torneles de plata, y escudos y florines de oro.

Tras la separación de las dos Navarras, el rey Enrique III restableció, en 1578, el *Hôtel de la Monnaie*, que sobrevivió hasta 1669.

Cualquier ocasión, por otra parte, era buena para saquearlo. En 1569 las tropas del conde de Montgomery al servicio de la reina Juana, que venían persiguiendo a las del católico barón de Terrida, saquearon de lo lindo la ceca. Lo mismo hicieron, en 1594, las del capitán *liguista* Du Lau, que llegaron tras el caudillo calvinista Jean de Belzunce, castellano de Mauleón.

Una calle o callejo *-camino-*, que parte de la calle Mayor, llamada de la Moneda, recuerda hoy la antigua ceca.

Sobre las fachada de la vieja, y muy trasformada, iglesia de san Pablo, desafectada en 1793, en medio de la antigua calle Mayor, una placa conmemorativa, en francés, nos recuerda los múltiples destinos del casón:

Sede de los Estados de Navarra, siglos XVI y XVII, donde prestó juramento de fidelidad Enrique II, el 28 de agosto de 1523. Sede de la Cancillería de Navarra (1824-1624) y de toda la Religión Reformada bajo Juana de Albret y Enrique IV. Tribunal de Primera Instancia, de 1790 a 1955. Centro social Lagunt Etxea, inaugurado el 24 de septiembre de 1963 por Madame Valery Guiscard d'Estaing.

El exiliado rey de Navarra, Enrique II, nacido príncipe en el palacio de Sangüesa, instaló la Cancillería en San Pelay en 1524.

Desde 1530, abandonadas las tierras de Ultrapuertos por Carlos V, extendió su jurisdicción sobre todo el territorio ultraporteo. Funcionaba según la organización del Consejo real de Pamplona y con atribuciones análogas a las del *Conseil des Parties* de la Monarquía francesa. Organismo judicial, su indeterminada competencia tocaba todo lo relativo al poder judicial regio, atributo esencial de la soberanía. De hecho fue un instrumento al servicio del rey en su lucha contra las formas tradicionales del poder, especialmente de las autoridades locales y de los estados (llamados entre nosotros Cortes).

En 1530 la Cancillería se estableció en Larcevau, y poco después volvió a Saint-Palais. En 1564 se trasladó al vecino Garris. Tras las crueles violencias de la Reforma –Contrarreforma, Enrique IV de Francia y de Navarra la fijó definitivamente en San Pelay, el 22 de diciembre de 1597.

El edicto de octubre de 1620, incorporando Navarra y Bearne a la Corona de Francia, decidió la unión de la Cancillería navarra al Consejo Soberano de Bearne para formar el Parlamento de Pau, llamado desde 1624 Parlamento de Navarra. De nada sirvió que el síndico de los estados bajonavarros se opusiera, en nombre de las libertades del País, al registro, cuando el edicto llegó a la Cancillería de San Pelay.

Hasta la Revolución los Estados de Navarra reclamarán, incansables, el restablecimiento de la tradicional de la Cancillería fundada por Enrique II. En las primeras reclamaciones tras la Revolución pedirán la ampliación de sus facultades a los territorios contiguos de Sola y de Labort, así como la supresión de la Senescalía, instituida en junio de 1639, como tribunal de segunda instancia, compuesto de cinco funcionarios, al que podían apelar todos los jueces de Ultrapuertos. Pero el 30 de diciembre de 1789 la Baja Navarra se adhería al decreto que la convertía en una parte más de Francia. Países y Valles de Ultrapuertos, como la *Cour Générale du Pays de Mixe*, habían ido haciendo suyos, sin restricción, los decretos de la *Assemblée Nationale*.

El Tribunal de Primera Instancia, versión nacional y moderna de la anterior *Sénéchaussée* (Senescalía), se creaba en Saint-Palais en

1790. Interrumpidos como hemos visto en 1955, se reinstauró en 1986, y aquí está, en el tercer piso.

El Distrito de Saint Palais, llamado durante la Convención *Mont Bidouze*, sustituyó al tradicional Reino de Navarra, que daba un título a los reyes de Francia.

La capital de Mixa se convirtió así en capital del Distrito, que abarcaba siete cantones en los tres territorios de habla vasca, y en sede del Directorio del Distrito, además del susodicho tribunal. Su cárcel fue entonces ampliada, fortificada y revalorizada.

Hoy sigue siendo cabeza del cantón de Saint Palais –uno de los seis de Ultrapuertos-, que incluye ayuntamientos bajonavarros y algunos suletinos.

La segunda iglesia católica de San Pelay, primer templo protestante en Ultrapuertos, donde ofició por poco tiempo el único pastor, extraño al País, cobija hoy también una consulta médico-psicológica para niños y adolescentes (primer piso), así como la Dirección de Solidaridad Departamental, y la Circunscripción de acción social y médico-social (*Lagunt Etxea*), con permanencias sociales, consultas y vacunaciones (segundo piso).

Ya no se oyen salmos como en los tiempos de la Reina Juana.

Frente a la antigua sede de los Estados y de la Cancillería de Navarra se alza la noble mansión de los Erdoy, a la que se añadió el apellido Oyhénart tras el matrimonio del historiados suletino con Juana de Erdoy, rica viuda cuarenteña de Juan, señor de Apat, canciller de Navarra el año 1611 y muerto cinco años más tarde a su vuelta de París. El padre de Juana había sido notario, y secretario de la misma Cancillería.

Arnaldo Oyhenart, nacido en Mauleón (Sola) de una familia de altos funcionarios bien relacionados con la Monarquía francesa, aunque su abuela sirviera a Juana de Albret, entró, después de su boda, a formar parte de la nobleza ultraportañesa. Abogado, síndico, historiador, poeta en lengua vasca, intendente del conde de Gramont, magistrado municipal de Saint Palais, su vida bien merece una semblanza aparte.

La casona de los Erdoy se llama desde hace siglos Casa de Juana de Albret, por alguna de sus estancias, y, más popularmente, la *Maison des Têtes* (la casa de las cabezas), por los bustos en relieve de los últimos reyes navarros, Enrique II, Juana de Albret y Enrique III, junto a una trinka de caras enmascaradas, fijados en la fachada caleada de la casa sobre las ventanas del primer piso. A ellos se añadieron en la parte ampliada del casón dos bustos posteriores representado al diablo y a una mujer con diadema. Lo que le da a la mansión patricia un aire entre heráldico y misterioso. De la construcción del siglo XVI queda una ventana gótica, y del siglo posterior la puerta principal, con arco de medio punto y pequeñas dovelas de piedra.

En el hueco de una ventana abierta de la primera planta una mujer habla por teléfono móvil. Las persianas de los vanos superiores y los postigos de la entreplanta son de un rojo descolorido y como nostálgico.

La calle principal nos lleva hasta la plaza del general De Gaulle, delante del ayuntamiento, uno de los centros de animación de la villa. La casa consistorial (*Mairie*) es un palacio de dos plantas, del siglo XVII, muy restaurado, pintado ahora de gris claro. Largas ventanas en el segundo piso con balconcillo central y balconcillos abiertos bajo arcos peraltados en el primero. En el tejado un reloj da las horas a una campanita encima de él y en ocasiones a un racimo de altavoces. Muchos geranios y yedras en los vanos y la bandera francesa en el balcón central.

Por un amplio patio lleno de luz se sube a los salones y oficinas municipales y al Museo de la Baja Navarra (*Musée de la Basse Navarre*), que se anuncia en el exterior, con secciones de arqueología, Camino de Santiago y administración del Reino navarro. Con todo, lo mejor del Museo es su fundador, el historiador Clément Urrutibéhety, a quien debemos casi todo lo que sabemos sobre Ultrapuertos.

Entre dos filas de plataneros se desahoga la cercana plaza de las alamedas o de los árboles sin más (*des Allées*), por donde nos acercamos al río Bidouze y a su puente de tres ojos. El 16 de febrero de 1814, perseguido por Wellington, el baigorriano general Harispe hizo volar los dos puentes de la villa navarra. El general inglés durmió esa noche en casa del pañero sampelayense Ségalas, a quien regaló dos pistolas nuevas. Al día siguiente entraron las tropas del general español Morillo, que saquearon, como es natural, la villa, o lo que quedaba en (o de?) ella.

Las orillas del río están Bien cubiertas de yerbines, sauces, acacias, arces y chopos. El poeta Francis James, que vivió de niño en la antigua calle del Rey, evocará años después el (O LA?) Bidouze *glauque et lente*, cuyos juncales favorecían, a la hora del crepúsculo, *les concerts et le clapotis des grenouilles* (los conciertos y el chapoteo de las ranas).

Buen mirador para ver desde aquí la ciudad deportiva con sus piscinas de niños y adultos, el campo de tenis y el campo de fútbol. La otro lado, por encima del reconstruido molino medieval, de ladrillo, cerca de la presa, donde el río saca pecho juvenil, levanta su ligera torrecilla blanca, con casquete piramidal gris, la traída y llevada antigua iglesia de San Pablo, sobre tres pisos rasgados de ventanas burocráticas, abiertas también en el ábside plano.

La calle que lleva el nombre del río se abre camino entre cha-lés recientes y sabrosos huertos en dirección al gimnasio y sede deportiva polivalente, un nuevo edificio de estructura metálica y esca-

leras exteriores. Hace unos siglos, esta calle *nueva* conducía al barrio de los agotes –*Agoteta o Cagoteta*– en el linde de Donapaleu y Aïcirits.

Salgo a la carretera de Bidache, Hasparren y Bayona. Entre aligustres y un pino semiseco encontramos el busto en bronce del gran líder social-agrícola de la región, y político democristiano, Jean Errecart (Orègue, 1909-1971), uno de los más activos impulsores de la cooperativa agrícola *Lur Berri* (Tierra Nueva), fundada en 1936 –ahora Sindicato de cooperativas–, y de otras transformadoras iniciativas a favor de agricultores y ganaderos, mayoritarios en la región; instituciones que ya son la gloria de San Pelay, y que otro día comentaré con detenimiento.

Volvemos al centro de la villa y, por la estrecha calle del Ferial (*Foirail*), entro en la plaza del mismo rótulo (*Merkatu plaza*, en vasco), donde cada viernes tiene lugar el mercado tradicional, que nuestro rey don Juan II concedió a la villa allá en el año de gracia de 1462. La villa celebra también la feria de ganado el segundo día de Navidad y un renombrado y pintoresco concurso de patos, gansos, ocas y pavos de engorde, base de una industria creciente de patés y embutidos en la zona, conocida en toda Europa por su excelente producción de maíz de semilla, y cuyo centro es Saint Palais.

La plaza, con dos ringleras centrales de plátanos y moreras, reposado y cívica, es lugar adecuado para hoteles, restaurantes, bodegas, cafés, mercerías y otros servicios comerciales. Los hoteles ya no se llaman, como las hospederías de antaño, *Le Cheval Blanc*, *L'Epée*, *Fleur de Lys*, etc., y alguno de ellos se pasa de listo, de pretencioso.

¿Qué más deleitoso en villa francesa que salir por una calle que se llama *Jeu de Paume* (Juego de pelota)? Tras una exponda con yerbín y tilos se alarga un frontón (1923) entre gradas laterales y un montecillo por detrás. Por delante, en una pequeña explanada, unos hombres mayores juegan a la petanca. En la cima de la parde frontal lucen las banderas, europea y vasca. Un escudo de Donapaleu –cadenas de

Navarra y corona real- está pintado en la pared alta. Plátanos y castaños cierran el espacio hacia el río *Joyeuse* (alegre)

Tirando por la calle del Bosque de la villa (el gran bosque de Mixa), nos acercamos a la plaza de Santa María Magdalena, donde –entonces un prado exterior-, el año 1873, después de no pocas peripecias se consagró el templo que la villa necesitaba. El gobierno de la Nación colaboró con su aportación económica. Los católicos sampelayenses adoptaron el título de la primera iglesia del lugar. Como casi todas las de su tiempo, está construida en estilo neogótico, con una airosa flecha sobre la torre. En el interior alberga algunos de los objetos sacros de la anterior, entre ellos varias tallas de los santos más populares de Francia. Una música gregoriana nos acompaña durante el recorrido.

Los aledaños no pueden ser más agradables: jardines llenos de flores, tilos y castaños, y los cedros, carpes, cipreses y acacias de Constantinopla de las villas circundantes, y de las próximas Biblioteca pública y Residencia para estudiantes del Instituto Agrícola. Delante de la fachada de la iglesia, el monumento a los muchos muertos en las últimas guerras de Francia, con la efigie en piedra de un soldado en acción. Nombres vascos, gascones y franceses. La inscripción contiene una plegaria pidiendo el favor especial de Dios

*pour les braves qui Vous arrivent
dans les plis du drapeau*

(por los valientes que os llegan
entre los pliegues de la bandera).

Hasta hace poco la célebre Enciclopedia *Grand Larousse* describía la villa bajo-navarra como “centro de vacaciones” (*villégiatures*). En alguna de las últimas ediciones se añade también el comercio: “centro de comercio y de vacaciones”.

¿Qué sabrán las Enciclopedias, aunque sean francesas?

EN AOIZ TRAS EL P. DAMIÁN

Entre los muchos y claros hijos con que cuenta la preclara villa, de los que Salvador Gutiérrez en su interesante libro *Aoiz y sus personalidades ilustres*, el poeta José Iribarren o P. Damián de Aoiz, que se nos murió hace unos meses, no es uno de los menos ilustres e ilustrados. Javier Azcona quiso retratarlo en un soneto:

*Ancho el tórax como el de los colosos,
como el de los gañanes de la era,
por su temperamento pareciera
pastor de tigres, domador de osos.*

Pues no. *En el cuenco del verso y su ternura / oculta, está su estampa verdadera*, añadirá el mismo sonetista.

Su vida de fraile capuchino entregada a los pobres y su extensa obra poética, en gran parte religiosa, de una religiosidad no sólo social sino bien radicada también en el hombre finito y en el cosmos, darán mucho que hablar y escribir de aquí en adelante.

Un grupo de escritores, poetas y políticos municipales de Aoiz, con el alcalde al frente, ha organizado para el día de San Miguel un homenaje al poeta fallecido, al que nos ha invitado a otro grupo de poetas y escritores que vivimos en Pamplona.

Pasado el polígono industrial, nos desviamos de la calle Domingo Elizondo, empresario pionero de quien ya hablé el día que recorrí el vecino Ecay, y nos metemos por la llamada Chantrea, de casas bajas de ladrillo limonero y anaranjado, que termina en una tapia con rosales. Seguimos por la calle de la Fuente, con una neoclásica fuente de piedra, alta y seca, llamada fuente grande o fuente de las eras, levantada con motivo de la traída de las aguas a la villa (1801), y hoy en vías de reforma. El Barrio de la Misericordia (Nuestra Señora de); que lleva un muy diverso nombre en euskara: *Irigai Auzoa* (o Barrio del Pueblo Alto), son cinco hiladas de casas promovidas por la Cooperativa local en los años sesenta y setenta. Tienen jardincillos delanteros, con parterres, setos, plantas y flores. La plaza vecina, con un centro de plátanos hispánicos, es la del castizo escritor agoisco José de Amichis. En el ángulo nordeste está la modesta Casa de los Juzgados del Partido Judicial, que pronto tendrá un emplazamiento más digno.

Acaban de terminarse las obras de pavimentación y saneamiento en la mayor parte del suelo y subsuelo de la villa. Entre otros bloques de viviendas de aquel tiempo y más recientes, y bajo una línea divisoria de chopos altos, llegamos a los pies del frontón *Toki Eder*, construido en 1928, reformado en 1986 y de nuevo en vísperas de reformas. Cruzamos la carretera y entramos en el Parque, con cuatro filas de plátanos bien regimentados y parterres centrales, en un altillo sobre el río Irati. Acoge a la vez un parque infantil. Más al norte, donde estuvieron hasta hace poco las escandalosas escombreras, crecen ahora chopos y yerbines.

La maravilla que es la iglesia de San Miguel, símbolo y edificio principal de la villa, bien merece una visita aparte. Comienzan a otoñar los aliantos, castaños, cedros y secuoya del atrio, que se asoma a la vega. El vecino Cine Parroquial, a punto de desaparecer, tuvo el honor de recibir el día de su inauguración (1950) al ministro español de asunto exteriores, Alberto Martín Artajo, que visitó ese día su pueblo de origen.

Por la calle de San Miguel bajamos hasta el puente y hasta el río. Otro día contaré ese paseo. El Irati es otro símbolo de Aoiz, su dios natural, querido (tutelar) y temido (vengador). Todos los poetas agoíscos lo han puesto en versos. También el P. Damián Iribarren:

*Dolido vas
y no eres más recuerdo
que el sueño de un olvido.
(...)
No volverá tu voz.
Alguna puerta se ha cerrado
Y un sueño se ha encendido.*

Cercana a la calle de San Miguel, va también hacia el río y las huertas la Bajada del Molino, que comienza remansándose en un bonito rincón, con palmeras, hortensias, dondiegos y adelfas. De ahí arranca la calle Francisco Indurain (antes Mediodía), un rectángulo que, entre callejos y tapias de un jardín, llega hasta el tráforo circulatorio de la calle Nueva.

Por la rúa del Trinquete, entre portalones góticos y restos de ventanas ajimezadas, nos damos con la alta, barroca, oscura y abandonada casona-palacio de los Díaz (1755), de cuatro cuerpos, puerta con orejetas y escudo barroco que lleva inscrita las dos primeras saluciones del Ave María. Sobre la balconada de forja del tercer nivel corre una galería de arquillos, bajo un muy volado alero. Mientras miramos, un muchacho, como arbolario, canturrea con ronco vozerón el ¡A por ellos, oé! y nos impide toda concentración histórica. No hay nadie en la próxima plaza del Mercado, privilegio que gozó la villa desde el año 1479. El pavimento de la plaza casi rectangular tiene un círculo central de piedra y de él parten los radios, bien marcados, de las losetas. Unos evónimos o boneteros en uno de los ángulos. En la galería abierta de una buena casa, sede de una sociedad juvenil, luce una ikurriña sobre mástil. Varias pintadas en el entorno.

De la plaza parten la calle de las Eras y la de la Plaza, donde nació el P. Damián y donde vive su hermana Catalina. Otra rúa, llamada de la Villa, termina pronto en la fachada de lo que fue la Casa Municipal, con dos arcos carpanel sobre un pilar y muchas plantas y flores. Dos escudos en una casa contigua. J. M. Iribarren alude a esta *rinconada transida de emoción antigua, abrumada de gordos escudos*.

Por la calle de la Plaza, con casas antiguas y nuevas y varios arcos cegados, avanzamos hacia la calle de Arriba, curvilínea en un tramo, zigzagueante en otro, con casas de sillar, sillarejo y ladrillo, de dos o tres alturas, alguna galería alta, portales de medio punto o apuntados, ventanas geminadas, roto casi siempre el parteluz, con arcos de medios o conopiales, rejas renacentistas en algunas ventanas inferiores. Sobre los arcos-clave, un anagrama de Cristo e instrumentos de la Pasión, cruz con dientes de sierra, cruz patada, ondas de agua, una corona entre dos espadas, (escudo de Aoiz)... Al cabo de la rúa, en una de las últimas viviendas levantadas se engasta, junto a una ventana ajimezada, un portalón de imponentes dovelas, escudo en clave con tres veneras, estrella y dos fajas, y debajo la leyenda evangélica, tan frecuente en las paredes de las viejas posadas o fondas españolas: *De tod a/ palabra ociosa da/ ran los hombres/ cuenta regu-rosa*.

Volvemos a recorrer la calle, ya encendidas las luces de las pequeñas tiendas, que dan a nuestro paseo un color sepia de lejanos recuerdos. Pasamos junto a la Travesía de la Cárcel y desembocamos en la calle de las Eras, que sale de la plaza del Mercado hacia arriba y es, pese a ciertos adefesios, una de las más evocadoras. Si la casa número 13 aparece como un torreón gótico, la número 7 es la mansión renacentista propia de una exposición: sillar oscuro en las dos plantas, portal de arco apuntado y formosas dovelas, escudo en clave con animal rampante y árbol, saetera en el primer nivel, ventana geminada completa con arquillos moldurados, otra ventana a la par con geranios hiedra y dos pequeños blasones a su flanco.

Por donde terminan las calles clásicas, el cerco de murallas ceñía y defendía la villa. Unas pocas moradas nobles están vacías y cerradas a cal y canto, lo que les hace aún más solemnes y misteriosas. Al comienzo de la calle de la Virreina, con algunos bloques nuevos, apenas si se lee la placa de gratitud puesta el año 1928 a los mecenas que sufragaron su arreglo.

El lema que leemos en un portalón de la calle Nueva, *O que mucho loa alla / O que poco loa aca*, podría presidir el yerto palacio (s. XVII y ss.), llamado de Argamasilla, hoy retrato desteñido y pálido de lo que fue. De los Arteta y de los Bayona-Lapeña, que dieron varios generales y hasta un ministro de la guerra a la causa liberal y anticarlista, lo heredó el carlista Joaquín Argamasilla de la Cerda y Bayona (1870-1940). Marqués de Santacara (descendiente de Luis de Beaumont), historiador, genealogista, novelista, poeta y político, amigo de Valle Inclán, a quien hospedó aquí varias veces, él mismo describió en la novela *El yelmo roto* y en el relato *Los últimos* la decadencia de la aristocracia como clase social.

Imagino a don Ramón y a Don Joaquín en el balcón central, tras la balaustrada de hierro y entre dos escudos, o, mejor aún, paseando por la galería de los cinco arcos con antepechos de cerámica de Talavera, hablando de los paisajes que han visto en la Montaña de Navarra, adelantándose sus próximas novelas o lamentado los obstáculos que otros ponen a la Causa. ¡Oh, qué buen palacio, cuando haya una buena rehabilitación!

En la sala de cultura, último piso del caserón municipal (1868), abarrotada de gente de toda condición, autoridades municipales, poetas y escritores en prosa, de Aoiz y de otros puntos de Navarra, decimos o recitamos las palabras, rímadadas o no pero todas entusiastas, sobre la vida o la poesía del P. Damián.

Ha vuelto, vuelve cada día el río Irati. Vuelve la palabra de los poetas. Es verdad que la puerta de la vida mortal de José Iribarren se ha cerrado. Pero el sueño, el sueño de su vida, se ha encendido también.

UVAS Y VIÑAS DE OTOÑO

Siempre que paso, estas últimas semanas de octubre y primeras de noviembre, por Fitero, Cintrúenigo o Corella; por Cascante, Murchate, Ablitas o Monteagudo; por Olite, Beire, Pitillas o San Martín; por Aibar, Sada, Eslava o Lerga; por Añorbe, Obanos, Puente la Reina, Mañeru o Cirauqui; por Villamayor, Ayegui, Arínzano, Los Arcos, Arróniz y tierras aledañas del último vino de denominación Navarra; por la franja navarra del Rioja, o por las viejas y un día navarras tierras de Laguardia... Siempre, en fin, que veo, donde quiera que esté, esas parras vinosas, verdosas o verdetes, sienas, ocre, ámbar, alimonadas, granates, tabaqueñas, rubiadas, carmesíes..., tan bellas como pavos reales víticos, me vienen a galope las imágenes, las metáforas, las prosas y los versos, que profetas bíblicos y vates griegos, escritores y poetas de todos los tiempos, han dedicado a las viñas, los viñedos, las cepas, los sarmientos, las uvas, el vino.

Ya Virgilio, en el libro II de las *Geórgicas*, cantó, como tantos de sus maestros griegos y colegas latinos, las excelencias de la vid de Tasia, de la Psitia, la doncel Lageos, *producida para tener el pie y la lengua asida*, según la traducción excelsa de Fray Luis, y la uva Rhética, y las bodegas del Falerno, y las vides Amineas, y la viña Arges, y la *agradable Rodia, más que alguna a los dioses y al fin de la comida. No hay número cabal, ni importa nada en número tenerlo reducido.*

Siempre es otoño al declinar la tarde,

escribía el querido poeta de Tomelloso, Eladio Cabañero, que se nos ha ido hace unas semanas, en su primer libro Desde *el sol y la anchura*. Lo conocimos en los primeros tiempos de *Río Arga*, hoy la revista decana de la poesía española, cuando Eladio vino algunas veces como jurado del Premio Arga de poesía y pasó unas horas con nosotros.

Había sido labrador y albañil en su pueblo natal; después trabajó en Madrid como pudo; publicó versos tan bellos como humanos en varios libros; dijo que se le *había agotado la vena* y dejó de escribir pero no de vivir hace hasta hace, ya digo, unas semanas.

El otoño, septiembre, octubre, las viñas, la vendimia, el vino, la alegría y la fiesta rural y universal, son temas que vienen y van en sus poemas, y van y vienen también conmigo este otoño último del segundo milenio. Este otoño que, como todos, y peso a lo que dicen algunos de mis amigos y de mis paisano, es la estación más hermosa y completa, porque las abarca a todas, a todas las contiene: su frío, su calor, su temblor, su mejor color, sus sabores mejores, sus olores, sus tactos, sus palpitos, sus dolores y gozos, sus prisas y sus aceleraciones –tempóreo, al fin, como todo lo terrestre–, sus limitaciones y sus renovaciones.

Siempre es otoño al declinar la tarde, sí, pero sobre todo si es una tarde de otoño.

Septiembre es el paisaje más bendito.

*Arcángeles vigilan. Ritos, voto,
credos que se proclamaban. Cáliz roto
por un pagano bebedor maldito.*

(...)

*Se oye un clarín. En el fervor del huerto
hay celestes perfumes derramados.*

UVAS Y VIÑAS DE OTOÑO

*La nave del otoño busca puerto,
lleva los pasajeros naufragados.*

(...)

*Maduran verticales frutos y hojas
en medio de los campos, encerrados
entre piedras y nubes, preparados
a derramar sus hemorragias rojas.*

El sol está en las viñas, *las verdes proporciones/ cuadradas del paisaje*. Hay un tesoro de perlas blancas y de oro *en esta milagrosa orfebrería*:

*Un musical delirio es el paisaje.
El sol en la mitad de su viaje
rompe el prisma y la rosa de su orgía.*

La poetisa griega Safo (s. VII-VI a. C.) comparó a su novio *a un sarmiento lozano de vid*. Toda la poesía amorosa mundial cosechará en la tradición vitícola algunas de sus imágenes preferidas.

Cabañero nos canta el racimo colmado y lujoso del sarmiento jugoso columpiado:

*Bien colmado, racimo, bien colmado,
luces tu escaparate, tu espesura,
de pámpanos triunfales, colgadura
del sol más bendecido y más dorado.*

Es otro de los motivos clásicos de la vendimia, vendimia alegre y tradicional, campesina y familiar, lejos de las vendimias agotadoras de Simone Weil o de las vendimias con la mano masiva de emigrantes abarraconados:

*Brilla el pueblo en sus cales aldeanas
y las canciones se alzan por el viento
como en un pecho joven de romance.
La vendimia es un barco milagroso
que llega al puerto a desangrarse puro.
(...)*

*La moza está cantando,
la moza está soñando detenida
en las puertas de octubre, aurorando
amapolando el rictus de su cara,
salida a la vendimia de los campos.*

Eladio Cabañero recorre en sus versos el camino de la uva y de su fruto: la tinaja vacía; la tinaja fermentando:

*Hierve el sol en su caz a toda llama,
furioso y humeante. Y algo fluye
por el sudor del vientre y se destruye
entre los cataclismos de la brama.*

El vino desahuciado, para alcohol. Y el mosto: el mosto, con un potro prisionero/ relinchante y valiente, encabritado, con un potro inexperto, dominado/ y un juvenil arranque de guerrero.

El vino por fin en la tinaja:

*El vino en la tinaja triunfadora
es una sangre conmovidamente,
su corazón de barro es una fuente
que tiene un agua espesa y manadora.*

*Está llena y parada. Tiene ahora
una acequia profunda y un caliente
toro sin desangrar. Está en la frente
del bebedor mortal que la enamora.*

El poeta griego Alceo, contemporáneo de Safo, poeta de los simposios alegres por el fruto de la vid, animaba en uno de sus poemas a levantar las grandes copas decoradas, ya que *como olvido de los males* había dado el hijo de Sémele y Zeus (Baco) el vino a los hombres. Eladio Cabañero lo dice mejor, al comienzo de un soneto, *Signo de otoño*:

*Hubo una vez un día y no era el viento.
Bebimos vino y no supimos nada.
Era, seguro, un signo, una llamada
y un repentino desfallecimiento.*

Ya pasó la vendimia, hoy más corta y técnica que nunca. Pero, además del vino, quedan las viñas. En su poema *La Mancha vendimiada* escribía Cabañero: *Cuánta amarilla pámpana, a rodales/ verde como hasta ha poco y encendida;/ oh, vareado Goya; oh, luz transida;/ oh, sol marchito y sombras cenitales.*

LOS HIGOS DE YELZ

Félix y sus hermanos –me ha salido una evocación bíblica– se desprendieron por fin, con mucho sentimiento, de la antañona y venerable casa de sus padres, y construyeron en el mismo lugar una sextipartita mansión moderna, y, además, unos servicios comunes, entre los que están la piscina, el huertillo aledaño, los frutales y el huerto de Las Huertas.

Al pie de la casa y de la piscina están el pequeño invernadero lechuguero, los parrales de moscateles, el membrillero y la higuera. Y junto a la higuera nos pasamos un buen rato, abajo y arriba, que por algo el higo es la fruta más dulce del otoño. Aunque este año, por una cosa y por otra, muchos calor y muchas aguas, los higos, como las moras, están un poco canijos, y unos pocos canucidos.

Desde el altirón de Yelz se corta un ancho y luminoso panorama que descansa los ojos y embebece el ánimo. Al occidente relucen al sol del Valle de Egüés las albeadas casas de Azpe, algunas muy recientes por lo que veo. La regata piedemontana de Eguesalor, a la que delatan unos chopillos y unas mimbreras, se une pronto con la Regata de Oyankoa, que nace de su fuente homónima, y que aquí llaman también de las Viñas. Porque Las Viñas es otro término de

Yelz, como los términos, ya cerealeros, de Las Huertas, Talluntze, Berroandi, Zaldugorri y Masala. Más a oriente las aguas de montaña derramadas sobre el piedemonte dieron lugar a nombres de término como La Playa, el Junqueral, El Soto o Punoverde.

Si miramos más allá de la carretera de Aoiz, vemos que también Mendióroz ha estrenado casas nuevas en el cabo sur. De Mendióroz suben claros caminos hacia Santa Cruz y Chorrochaga, bajo la doble giba del Belogain y se puede ver con un poco de buena voluntad el trazo blanquecino del *monumento* del Vía Crucis, que hizo hacer el bueno de don Ambrosio Eransus, no lejos del cementerio donde ahora reposa.

Sigue Urroz, también recrecido, en su bonito corro. Y más allá vemos Redín, Linzoain, las casas nuevas de Urroz. Y las rayas blancas de Oscáriz, Janáriz, Beortegui, y más lejos aún, tal vez, Olaverri. Frente a los murallones, más o menos lejanos, de Larrogain, Elke, Baigura, Archuba, Zariquieta...

Tomamos el camino de Lerruz para subir a San Cristóbal. Los libros ya hablan de las dos fuentes *de aguas comunes y saludables* del pueblo. La primera, la Fuente del caño, bajo el barranco de Txubiko, con su cuerpo de piedra, su frontón de adorno y su aska, ahora está seca: *no da* en verano. Junto a ellas sigue en pie, bien caleado, un lavadero cubierto, cerrado y feo.

Avanzamos entre bojes, zarzales, agavanzos y pinos, contemplamos un roble majestuoso, y pronto nos damos, al pie de una barranquilla, con la Fuente del Moro, parecida a otras fuentes o cuevas del Moro, como la de mi pueblo, pero todas o casi todas posteriores a los Moros en España. La de Yelz, toda de piedra, tiene una puerta alta, partida por un pilar, surmontada por un arco apuntado. Por dentro se ve bien la balsa de agua y la bóveda de medio cañón. Debajo de la fuente se abre un pequeño barranco que lleva, cuando sobran, las aguas hasta la Regata de Oyankoa que las funde con las de

Txubiko en el término de Errekaldea (cerca de la Regata), y luego, con los nombres sucesivos de Gal-dairu y de Amaya, corre a desaguar en el río Erro.

Dejamos el camino de Lerruz y seguimos la pista que nos lleva hasta la cima. Los últimos turbiones han destrozado los caminos, pero aquí los cazadores se adelantaron a abrir canales provisionales para las aguas torrenciales. Subimos entre pinos albares, algunos rodales de repoblación, bojerales, enebrales y matorrales. El otoño pasado, unas semanas más tarde, vimos posarse en las copas de estos pinos algunas bandadas de palomas, pero este año apenas si ha comenzado la campaña.

Llegados al collado, cerca de la cota Arizco, por donde pasa la pista de Azpa hacia Aranguren, echamos una ojeada sobre el riente valle de Aranguren y sus lejuras, pero nos queda aún la cocorota por repechar. Junto al Refugio, pintado de verde, de los cazadores de paloma hay unas pilas bien apañadas de leña de pino para la cocina.

Los robles, helechos y boj es se reparten con los pinos la pendiente norte. Las piedras vestigios de la vieja ermita de San Cristóbal, que dio nombre al cerro (845,46 m.), son bien visibles, junto al roquedo oriental, enhiesto sobre un bosque, ya multicolor, de hayas, arces, tilos y avellanos, encima del falderío verdioscuro de los pinos silvestres, entre los que hemos ido ascendiendo.

El valle, formado por el Valle de Lizoain y la parte sur del Valle de Egüés, es un sayal ocre gris y ocre blancuzco, recién labrado para la sementera, extendido bajo los encantadores lugarejos encaramados en las laderas montañas. Lo rompen sólo los regatillos, como los ya mencionados, orlados de sus árboles fieles, unos rodales de pinos aislados, la carretera horizontal y los carretiles verticales que traen y llevan a los afanados lugareños del valle y de los dos Valles.

Ahora podemos ver mucho mejor las cadenas y picos que antes veíamos y alargar la vista hasta el Arangoiti, el Corona y toda la

valla de caliza reluciente, mitad acero y mitad nube, de los Pirineos, desde el Ori hasta el Midi d'Ossau. Mientras el sol se esculpe en la talla geológica, la sombra ocupa todo el vasto y alto vestíbulo prepirenaico.

Miramos para el valle de Aranguren y el sol nos ciega haciendo estallar de luz la balsa de Zolina, mientras restalla a la vez en todos los tejados y placas de acero, aluminio, uralita o chapa de la Cuenca fabril. La activa explanada del centro de Tratamiento de Residuos Sólidos. Labiano, su Ermita y su Club Hípico. El desvaído palacio de Góngora bajo la Sierra de Cemboráin o Peña de Labiano. Ilundáin, Laquidain y su Peña (892m.), con las ruinas del castillo de Irulegui, que el viajero contempló hace ya tantos años; en su flanco septentrional, dos grandes campos de hierba entre los pinos. Más lejos, Tajonar y su Sierra reverdescente; y entre las sierras del Perdón y Alaiz, los molinos de viento de Añorbe-Artajona dale que le das.

Recorremos toda la línea del monte de Yelz, espeso de hollagas, bojes y enebros, quejigos y robles. Nos perdemos bajando hacia Aranguren y nos enmendamos pronto. Luego, por el alcorce sombrío y húmedo que corta Txubiko (¿por qué no Chubico?), aparecemos junto al cementerio, la antena de Telefónica, y el depósito de agua, que este verano hubo que llenar con camiones cisterna.

Al bajar, pasamos junto a la vieja casa que fue de don José Uriz, aquel elegante y casi perpetuo secretario de la Diputación Foral. Lo cierto es que el Yelz actual se parece poco al que un día vi, con las obras empezadas. Hoy viven aquí habitualmente dos vecinos, y una docena de familias todos los fines de semana, el verano y los tiempos de vacaciones. Así que sobrepasan los diez vecinos que vivían, en diez casas, a mitades del siglo pasado, aunque no lleguen a las 66 *almas* de entonces.

LOS HIGOS DE YELZ

En casa de Félix, buen profesional urbano, recio pelotari y hábil hortelano, hay muchas más cosas que higos, moras, moscateles y membrillos para pasar un buen rato, después de haber subido a San Cristóbal, que tampoco es para tanto.

Al viajero, que al fin y al cabo es de pueblo, acostumbrado a ver y a oír soledades sonoras, desolados, despoblados, pueblos que se despueblan, o bloques y urbanizaciones que más parecen campamentos o barracones provisionales, se le alegran las meninges y los ventrículos cordiales al ver que se acomodan o reconstruyen las viejas casonas, se llenan de voces las estrechas calles, se celebran las fiestas comunales, se limpian las fuentes que se atribuyen a los moros, los viejos segadores se hacen jardineros, se revalorizan los campos, se busca el agua, se piensa en utilizar el sol no sólo para broncearse o cobrarse... Al ver que los que fueron para una tarde de sábado se quedan a veces, de un modo u otro, para toda la vida.

PALOMERAS SIN PALOMAS

Jesús es un joven maduro y pamplonés, con mujer e hijos alemanes, hombre clave en la Sociedad Hispano-Alemana de Paderborn y hasta de la Sociedad Hispano-Alemana del Norte de Europa, con sede en Pamplona. Pero, para lo que ahora importa, Jesús es sobre todo un amigo bondadoso y fiel, incansable en su bondad, que hasta escribe cartas a los amigos y nos envía noticias, artículos, recortes de periódicos que pueden interesarnos, etc.

Jesús, que me ha enseñado Paderborn y sus alrededores, me invita, ahora que está de vacaciones, a visitar las palomeras donde caza la cuadrilla de su padre. Y con él me voy más contento que manda el mundo.

Vamos por la carretera de Aoiz, en las acaballas de octubre, y los chopos lombardos, viejos relojes altos, nos dan la penúltima hora del otoño.

Junto a Epároz, serbales verdes, sianas y granates, son farolitos rosarieros en procesión octobrena hacia Santa Fe.

Después de muchos años vuelvo al encantado lugar de Ayechu, todo entre pinos rojos abajo y robles robustos arriba.

Saludamos a Sixto, que va a ser nuestro guía, y a sus hermanos afanados en las tareas del día.

- Ya le conozco a usted, ya.

El viajero recuerda bien del otro viaje los nogales, los portales de medio punto, los anagramas de Cristo en las claves, las ventanitas geminadas y conopiales del caserío, y la iglesita románica en la cima del lugar. Está recién restaurada y ahora andan arreglando la torrecilla. Guarda en su interior luciente de piedra fría una pila bautismal de la época, tres altares barrocos, dos tablas hispano-flamencas y un bonito coro de madera.

Desde el campanario contemplamos el acantilado de Raja, a medio camino con Salazar, que nos recuerda la vieja y extinguida villa de señorío eclesiástico; la vecina Peña de los Buitres, el cementerio cercano, y los robles y pinos circundantes y regimentados.

Subimos tras el andariego (*land-rover*) de Sixto por una pista reconstruida que bordea, curva curvando, el valle de la regata Larraun. Damos un rodeo a la Peña del Tufarro, erguido yunque rocoso partido por la mitad. En el fondo de la hondonada, el caserío de Larraun, de los Amóstegui, habitado algunos fines de semana.

Abrimos la primera langa de hierro en un país de pinos soberbios y hayas excelsas, que van quedándose lisas. Más arriba el hayedo, casi sin hojas, nos brinda ese color otoñal y único de vino posado.

Nos paramos a mirar en un paraje que llaman Rosalanda, donde hubo en tiempos puestos de cazadores. Una rueda de buitres planea sobre nuestras cabezas. Mucho más altos, unos cúmulos-nimbos, sin alas, perdidos.

Profunda vallonada de Larreaundi, mecida de hayedos, aún con los colores desvaídos de la ardiente otoñada. Desde Iturbelz la sierra ondula hasta el peñón de Gorri (pico pelado) y la peña de Ilarga. Aún se ve la casa del guarda al pie. Tras los picachos, se cruzan las sierras de Archuba y Zariquieta; al norte, la sierra horizontal de Equiza, y detrás, siempre presente, el hito de la Higa.

Al otro lado, tras la primera frontera urrauliana de Txutxurondo, Aldasur y Santa Cruz, las líneas seguras y serranas de Idokorri y Leyre.

Dejamos a nuestra derecha la cadena de Remendía-Olabidea y seguimos subiendo por junto al Alto de Ezpondarre, hasta Borrocosco, con su bizcarra rocosa, cerca ya de los 1400 metros, y con su correspondiente Borrozulo. Nos sobrepasa una bandada de grullas en una amplia uve abierta.

Cerca de un raso pastan unos caballitos muy silenciosos y una ovejas que balan cuando pasamos nosotros. Nos miran serenamente unos chotos grandes, que aquí llaman irascos. Llevan unos cuernos como de ciervos y unos cencerros enormes de boca cuadrada y ancha, que Sixto llama cuartizos

- Cuartizos, sí, hombre.

Sirven bien para guiar y guardar los rebaños.

Pasamos luego junto a un ramal entre cañadas reales y Sixto nos indica unas piedras verticales cuadrangulares, que llaman saleras, en las que los pastores ponen sal para los rebaños.

Vamos acercándonos, primero entre pinos y bojerale y luego entre hayas, hasta una explanada-corredor o portillo entre dos altos, bajo el Areta, filial del Baigura (1477 m.). Al cabo de la misma se disimula la cabaña-tienda-refugio de la cuadrilla de cazadores.

Están esperándonos, con la mesa puesta. Además de venir "de gorriti", tarde!. Los buenos cazadores, como los buenos agricultores, comen pronto. Pero hoy no ha sido día de caza porque anda bochorno y las palomas se van.

- ¿A dónde?
- Hacia San Sebastián.

Otra cosa es cuando está *limpio*.

- Sí, cuando hay cierzo.
- ¿Y cuántas cogéis entonces?
- Coger, coger..., pocas. Somos muy malos.

Hay días en que pasan hasta sesenta bandos al día.

El padre de Jesús se llama Pachi. Francisco, el cocinero primero, es de Arguedas. Emilio de Pamplona, Miguel de Satrústegui. Domingo y Jesús, de Ayechu, como Sixto.

Después de comer golosamente ilarracas -nadie diría que su nombre serio sea *Clitocybe nebularis*-, nos metemos entre pecho y espalda un plato de alubias rojas con carne de jabalí, y luego manitas de cerdo, que Emilio; más cercano a cierto personal, llama y no por capricho, "manitas de ministro". Todo regalado, y no sólo regado, con tintorro lejano a los Urraúles. No falta el café ni el coñac ni el patriótico pacharán.

- ¿Y todo esto incluso los días no limpios?
- Es una obligación diaria.

No falta un detalle, ni un tenedor, ni un vaso. Aquí, el auzolan es ley, desde el guiso hasta el fregáo en el chorrillo de junto a la cabaña. A veces pasan los bárbaros y destrozan lo que pueden, pero la tradición sigue en pie.

Tarramos de lo lindo, sólo limitados por el saque común

Para no descaecer tras la cuchipanda, Jesús me lleva un rato por lo que algunos llaman calzada, y calzada romana, de Elcoaz, camino del lugar vecino. Los de Ayechu se ríen:

- ¿Cómo puede ir una calzada a Elcoaz?

Mala es la bajada, tan mala la subida. Llegamos hasta donde podemos divisar el pueblo vecino, junto a unos chopos amarillos. Unas bajeras desadornan el conjunto, que el viajero visitó un día sin bajeras.

A los dos lados de la picada, pinos, bojes, algunos robles, muchos zarzales. Algunos paredones sostienen como pueden la vía maltrecha.

- Dicen que desde un roble con una cruz se ve la Virgen de Ujué.

- Y tú que lo veas.

Cuando volvemos de la calzada, nuestros anfitriones terminan de hacer la limpieza y cada uno se va a su propio quehacer: quien a preparar la palomera para mañana, quien a la becada, o a dar un paseo por el monte. No tienen nada del cazador clásico que pintó Julio Briñol y que contemplamos en el Museo de Navarra.

El padre de Jesús le da a éste unas cuantas setas para llevar a casa, junto a las palomas de la suerte.

Salimos del Portillo y volvemos por el viejo camino de Abaurrea, cogiéndole la vuelta al macizo de Areta y Baigura.

Radiante y oloroso regreso entre pinos, hayas, bojes y tomillos. El término de las dos Abaurreas -doble el de la Alta que el de la Baja- incluye casi todo el valladar montañoso hasta llegar a las mismas haldas del Abodi.

Debajo de donde pasamos nacen las fuentes del Zatoya, uno de los ríos de Ochagavía. El Ori gigantesco lleva el último sol en sus hombros, pero el sol se le escapa pronto.

Altas y blancas casas en hastial de la más alta de las Abaurreas en torno a la carretera que atraviesa el pueblo más alto de Navarra, sobre pardos y campos de patatas ya recogidas.

PALOMERAS SIN PALOMAS

El cielo se pone gris pardo, y la tarde de repente se vuelve pálida y ambigua.

Las casas, también altas, de Abaurrea Baja van en fila entre dos lomas.

Se nos echa la noche encima. *Desierta* y *ciega* la llamó hace tantos años el filósofo Empédocles.



LAS FLORES DE LOS EPITAFIOS

No se hace notar el cementerio de Pamplona ni, en general, los camposantos navarros ni por el número ni por la belleza de sus inscripciones fúnebres.

No fue así en tiempos antiguos, especialmente en todo el mundo helenizado.

Algunas de aquellas inscripciones que nos quedan indican que los mismos difuntos construyeron sus propios sepulcros para ellos, sus esposas y sus esclavos y libertos. Dado el carácter olvidadizo de los herederos, juzgaban prudente asegurarse una buena sepultura antes de morir.

Las creencias y costumbres funerarias se conservaron largo tiempo a través de muchas generaciones. Las ceremonias funerarias eran cumplidas con exactitud, bien por amor (para que el muerto tuviera una vida mejor en el más allá) o por miedo (a que el difunto se vengara, si se olvidaba). Abundan por eso, entre los epigramas sepulcrales que se conservan las alusiones a ofrendas de flores, mechones de pelo -¿recuerdo de antiguos sacrificios humanos?-, o libaciones de leche, miel, agua, vino o aceite, aunque no falten protestas contra ellas.

Frecuentes son también las amenazas de castigos humanos y divinos contra los profanadores, de tumbas, sobre todo en el Oriente helenizado, fuera de Grecia.

Es motivo habitual en los epigramas griegos la llamada al viajante a detenerse, leer la inscripción, compadecerse, hacer una ofrenda... O a comunicar la muerte a parientes y conciudadanos.

Los epigramas sobre todo cantan las virtudes, casi siempre idealizadas, del difunto: las virtudes guerreras de los caídos en combate, o las virtudes cívicas y familiares de un ciudadano cualquiera.

Resaltan a menudo el dolor que la muerte provoca en parientes y amigos. Los lamentos de una madre por su hijo muerto se comparan a los del alción o a los del ruiseñor. Así una estela de Bitinia, entre los siglos III-II a. C. en memoria de Asclepiódoto, muerto prematuramente. Su padre Noeto enterró con él *todas sus alegrías y esperanzas*:

*... Y su madre infeliz, que llora en casa,
con sus llantos supera al quejoso ruiseñor.*

El más parecido que encuentro a los doloridos epigramas griegos en el cementerio de Pamplona, al que voy a referirme hoy, es el dedicado al patriarca de la familia Echeverría, bajo un templete abarrotado de flores artificiales y otros objetos. Son signos comunes a otras tumbas de difuntos de su etnia gitana. Sobre una placa de mármol negro se escriben dos largos y muy sentidos mensajes:

Cariño nuestro: Desde el día en que te has ido nos has destrozado el corazón para siempre. Tú eras nuestra alegría, tú eras nuestra ilusión (...) Que Dios te acoja siempre en sus brazos.

En el extremo opuesto está el sepulcro de piedra de la M.M. Reparadoras, sin un signo, sin un nombre, sin una inscripción, salvo las dos cruces de la misma pieza sepulcral.

El motivo de la *consolatio* (consuelo) a familiares y amigos del fallecido es relativamente tardío. Suele ponerse en boca del mismo, exhortando a los supervivientes a que terminen el duelo, porque la muerte es el destino de todos los hombres y el fin de todos los males. A estos dos argumentos principales se añaden: la inutilidad de las quejas, la vida como préstamo breve, la supervivencia de la fama, la inmortalidad del alma...

Siete dísticos elegíacos sobre una estela encontrada en Hermópolis Magna, Egipto, elogian al arquitecto, constructor y decorador Hárpalo y a su hijo Aquiles:

*Los designios de las Moiras son muy fuertes
y ninguno de los sabios ha podido
encontrar un remedio a la muerte.*

También los hijos de los dioses y héroes mueren –cantan otros versos-: Minos, Adonis, Osiris, Aquiles o Hércules.

Cuatro epigramas paralelos sobre una estela, en Laconia, mitad del siglo I a.C., hablan del hermoso y recto joven Atalo, a quien la divinidad se ha llevado a los 15 años, *tras haber llegado a lo más alto en la gran virtud. Lo que es joven (...), si es querido a los dioses, tiene una pronta muerte.* Además:

*Con su muerte ha mostrado a los hombres desdichados
cuán efímero es todo lo bueno.*

Sobre todo a partir de la época romana las inscripciones tanto griegas como latinas nos informan detalladamente sobre el difunto: edad, estado, familia, profesión, viajes, cargos, honores, victorias atléticas...

Entre nosotros ha permanecido el uso de las dos fechas: nacimiento y muerte, y poco más.

Los epitafios griegos contemplan y lloran muertes violentas, muertes prematuras (niños novios, madres tras el parto, hijos con padres ancianos), muertes sin descendencia...

En numerosas ocasiones se menciona la profesión del muerto: actores, gladiadores, atletas, médicos. De éstos últimos suele ponderarse su arte y su virtud, siempre impotentes ante la Moira (el hado, la fatalidad).

En Navarra son contadas las alusiones del género. En Pamplona en el nicho de J. Zambrana Molina podemos leer esta preciosa, aunque indeterminada, indicación: *fallecido en el campo de honor del trabajo*. En otro nicho vemos enterrado un *embajador de España*. Algunos colectivos tienen espacios tumbales propios: canónigos, religiosos, militares..., pero no registran inscripciones corporativas. El doctor Rufino Antonio Landa (1801-1862), padre del célebre Nicasio, merece una de las poquísimas biográficas y una de las rarísimas en latín:

flagelli pestis heroicus impugnator
(luchador heróico contra el azote de la peste)
(...) *amatomiae eruditissimus professor*
(sabio profesor de anatomía).

No son raros en el mundo griego los epitafios de esclavos, dedicados por sus amos, llenos de alabanzas y de expresiones de cariño, o recitados por los mismos esclavos muertos, agradecidos a sus dueños.

En los dedicados a mujeres se destacan las cualidades morales y familiares: prudencia, sensatez, castidad, laboriosidad, honradez, piedad, o sobriedad. Escasas y contenidas son, en cambio, las referencias a la belleza:

Lo que no es frecuente en una mujer, ser excelente a la vez que sensata, eso lo alcanzó Glícera (Pireo, s. IV a.C.) O. Amante de tu amante espo-

so, Onésimo, eras la mejor (Pireo, s. IV a. C.).

Salvo alguna excepción, como la ya susomencionada, es harto infrecuente en nuestros camposantos cualquier efusión familiar. Abundan, como se sabe, las manidas expresiones: *tu esposa e hijos, tus hijos y nietos, padres y hermanos, tu familia...*, seguidos a veces de *no te olvidan*.

Los epitafios griegos puestos por los familiares son siempre elogiosos y cariñosos, muy idealizados. El amor conyugal es tema frecuentísimo. Escasos aparecen, por el contrario, los epigramas encomendados por los hermanos del difunto.

En el relieve de un templete, encontrado cerca de Atenas, a comienzos del siglo V. a. C., aparece la difunta Anfárete, sentada, que sostiene a su nieto con su brazo izquierdo y tiene un pájaro en su mano derecha. Un dístico elegíaco más un hexámetro dactílico recorren el friso:

Al querido retoño de mi hijo guardo conmigo.

*Cuando los dos vivíamos y con nuestros ojos reíamos la luz del sol,
sobre mis rodillas lo tenía.*

Ahora que ha muerto, también yo muerta, lo sigo teniendo.

EL SECUESTRO

Aquel 24 de noviembre, viernes, día soleado y tibio, tenía lugar el último secuestro de la banda terrorista en Navarra.

Entre 1973 y 1981 cuatro secuestrados habían sido liberados con vida después de unos días de sombra. Uno de ellos apareció en el monte de San Cristóbal con un tiro en cada pierna. Otros cuatro intentos quedaron en agua de cerrajas entre 1978 y 1986.

Al último secuestrado lo metieron con la cabeza baja en el asiento posterior de su coche y le dieron, creía él, unas vueltas por la ciudad hasta que el automóvil paró en seco.

Los brigantes salieron de Burlada y, probablemente, tomaron la dirección de Ostiz, para desviarse luego por la carretera secundaria y poco concurrida, que, entre praderíos y forestas, por Lizaso, Auza e Ilarregui, llega hasta Jaunsaras. Allí pudieron ver con regocijo, en una pared frontera a la casa consistorial del Valle, la pintada asesina, que tal vez pintorreó uno de ellos. De Jaunsaras siguieron, curva curvando, hasta Beramendi y a la derecha del caserío entraron por una buena pista que sube a la mesetilla de praderas sobre el cauce de la regata Gesalo (gesal= nieve medio derretida), que se descabeza pronto en el río Larraun.

Hoy el coche llega fácilmente hasta el interior de las fincas pero se topa con cercas insalvables de alambres, que en aquel momento tal vez no existían en algunos trozos o eran en algún punto transitables. Según noticias recogidas en un pueblo vecino, Repáraz y sus socios habían tendido muchas vallas en todo el Valle y conocían de cerca el terreno.

Desde estos prados de Udabe-Beramendi el paisaje, se mire por donde se mire, es arcádico, y el único rumor, que no ruido, es el de los esquilonos de las vacas barcinas y pintadas. Nos cercan las montañas por todos los lados, desde el espolón de Beloki, en las Malloas, y el monte Gurutz sobre Gorriti, hasta el Irumuga sobre Ihaben, y el pináculo de Erga, que adelanta hacia el poniente la rodela caliza de la pequeña de *las dos hermanas*. Levantan sus cabezas las humildes torres de Muguiro, Arruitz y Aldatz, y toman el sol silvestre los casales blancos de Beruete.

Las copas de un extraño pinar entre los robledales autóctonos nos dan la señal segura. Saltando por un paso semiabierto entre el vallado y el espeso zarzal se baja, en plena pendiente, hasta la hura, a medio camino entre el prado y el cauce de la regata.

La carga que en su día hizo explotar la guardia civil ha dejado aún muy reconocible la ratonera, mucho más pequeña, a la vista, de lo que las frías medidas nos dicen: 3 m. de largo, 1,8 de ancho, 1,76 de alto. La jaula en la que pasó el rehén, en el extremo sureste de la tumba, no pasaba de 0,70 m. de ancho por 1,80 de largo y 1,76 de alto.

Está aún intacta y en la posición original la estructura metálica que cubre la hoya: raíles de vagoneta, ya oxidados, probablemente traídos de las canteras abandonadas de Aldatz. Entre ellos, oxidada también, la escala de hierro de cinco tramos. Queda íntegro, recostado en un ángulo, el tubo de pvc, el barómetro amigo del arrestado. Y dentro, y en los bordes, trozos medio podridos de la tela asfáltica, que cubría los raíles y sobre la que iban la tierra y la hierba cimeras, y del hule que revestía el aglomerado separador de la cripta del recluso. En el fondo de la fosa crece una pequeña mata de zarzal.

A unos treinta metros hacia el noreste aparece el pequeño bu-

raco donde los galafates dejaban las garrafas de agua y las provisiones no perecederas.

Entre pinos, algunos débiles robles rebrotados, zarzas y ramojos viejos, bajó y subió el tapado y conducido, los matorros arañándole las perneras del chándal.

Atado todo y bien atado, es decir, pagado todo en líquido o en amenaza, los secuestradores sacaron al penado al aire libre, vendados los ojos, por el mismo trayecto por el que lo trajeron.

Esta vez el viaje fue más rápido y directo.

El vehículo se detuvo tres o cuatro veces, acaso por alguna parada técnica, por algún semáforo. . . Los últimos metros fueron lentos y sigilosos como por un camino de rueda.

Tras el seco parón del frenazo final, sacaron al zarandeado de la mejor manera posible, lo pusieron de pie sobre la madre tierra y le quitaron los auriculares. Se oía un cercano pasar de algunos coches.

El número 2 pareció alejarse, y el número 1 le dijo al ex-carcelado:

- El compañero se despide de tí.

Aquél, le respondió:

- Adiós y suerte.

Y dichas estas amables palabras, ataron las piernas y las manos del pájaro cazado, al que iban a soltar en la noche.

Le dijo por última vez el jefe:

- Estás muy cerca de tu domicilio. Quédate aquí sentáo cinco minutos. Después, puedes soltarte tú mismo y quitarte la venda. Ahora son la nueve y media. No te vayas de aquí hasta las diez.

Al vendado y atado de pies y manos los dueños por la fuerza de su vida y de parte de su hacienda le devolvieron en ese punto la americana, con las llaves, la documentación y el reloj. Le dejaron también en el bolsillo derecho tabaco y mechero.

El último secuestrado hasta ese día oyó partir el coche despaciosamente y perderse su ruido entre otros ruidos de coches en una oscuridad lejana y casi extraterrestre, pero, al menos, no infraterrestre.

El automóvil de los salteadores, con el pájaro de cuenta que devolver, llegó desde el nido aburrido de Udabe y se acercó por la carretera de Esquíroz o, más probablemente, por el carretil de Cordovilla que en ella confluye. Giró sólo unos metros hacia la izquierda y entró por un camino de tierra y hierba, antes de carros y ahora de tractores, que pasando junto al Instituto "Donapea", llega hasta la carretera de Pamplona-Cizur Menor.

El camino bordea, en ciertos tramos, un leve talud entre dos campos de cereal. Los zamarreadores del cautivo avanzaron lentamente por donde suelen avanzar, unas horas antes en los meses de invierno, algunas parejas que eligen el lugar, por lo que el suelo puede verse, para sus nocturnos paseos amorosos.

Esa noche, el espacio debió de estar expedito. El vehículo se detuvo cerca de la torre metálica de alta tensión, bajo la ezpuenda que separa una de otra finca y dio la vuelta a la entrada de ésta última, a ras del suelo del camino, por donde pasan las máquinas de labranza, siembra y recolección.

Un mojón próximo señala el límite de los términos de Pamplona y de la Cendea de Cizur.

Allí, al pie del ribazo y junto al matorral, dejaron los atracadores de hombres al rescatado por dinero.

A los cinco minutos prescritos -que quizás fueron cuatro-, Adolfo, mañoso, se soltó las ataduras y se arrancó el pasamontañas

arrojándolo tan lejos como le permitían sus rebajadas fuerzas.

A la luz de la luna veía bien los plateados herbales crecidos alrededor, pero le cegaba el guirigay de luces anaranjadas y blanquecinas que iluminaban la ciudad, trasojado y descaecido como venía.

Como a los forzados de la caverna del mito platónico, le hacía daño tanta lucencia, y tuvo que mirar primero de soslayo y luego a cegarritas, una y otra vez, aquella relumbre escintilante, hasta acomodar la vista al objeto luminoso. Le bailaban los ojos, de bisonéz y de contento. Era, al fin, la *luz del regreso* en la *noche divina* de la liberación.

¿Pero era aquélla la ciudad que él buscaba?

Desde el camino o desde el morón del ribazo incipiente de la senara sólo veía los focos de la meseta urbanizada de Barañain, bajo los cubos y paralelepípedos de sus modernos edificios; el barrio pamplonés de Echavacoiz en el hondo vallecico del río Elorz; las luces altas de Cizur Mayor y de la carretera de Pamplona, y, en el extremo, la iluminación verdiblanca de las villas de Cizur Menor. Un poco más elevadas brillaban las señales de Zariquiegui, en pleno Camino de Santiago, sobre las faldas de la sierra de Erreniega o del Perdón.

El remanecido, reconoció entre todos aquellos brillos lilailos la torre-chimenea de la fábrica Inquinasa, con sus botoncillos cimeros amarillos y rojos, y los rojos del fuste. . .

Se sintió tolondorro al dar los cuatro pasos que estaba dando.

Se sentó sobre la hierba y se echó la americana a la cabeza para ocultar el fuego de los cigarrillos. Los cigarrillos y el reloj, recién devuelto, le entretuvieron la casi media hora ansiosa que le quedaba hasta las diez.

A las diez en punto de aquella noche lunada de febrero, el rescatado echó a correr lo que sus débiles piernas le permitían y llegó

acezante a un edificio cementoso, bañado por la luz blanca de unas farolas, que era el Instituto Técnico “Donapea”, que él creyó parte de la Universidad de Navarra. Fue a saltar las puertas blancas de hierro, en el centro de la cerca, pero no pudo. Dio unos gritos a ver si le oía alguien, pero a esas horas o no había nadie o estaban lejos.

Vuelto hacia Pamplona, vio entre las ramas sin hojas de los chopos suizos, que marcan la linde de los terrenos universitarios, dos altos letreros luminosos: *Clínica Universitaria* y *Caja de Ahorros Municipal de Pamplona*.

Comenzó a bajar la costanilla asfaltada del último tramo del camino, entre yerbines y arbolitos de adorno recién plantados. En la parte más baja del rellano vio un coche pequeño. Se acercó y entrevió dos bultos de personas, casi invisibles entre el vaho de los cristales. No quiso perturbar bruscamente el probable deliquio tortolisco. Se apartó un poco y gritó con voz entre cavernosa y exultante:

- Soy el secuestrado por ETA. Estoy libre.

Algo debieron de oír los modernos enrejados nocturnos porque el automóvil se puso en marcha. Entonces el liberado, se colocó, valiente delante del vehículo y con las manos y el gesto les hizo además de que no temieran y se lo llevaran con ellos. Les mostró enseguida el carné.

- Venga, suba, por favor, lo llevamos, claro que sí, enhorabuena, hombre.

ANTE EL CASTILLO DE FELIPE II

Termino de leer, hoy 20 de noviembre, el trabajo que me envía ese excelente historiador navarro, que es Alfredo Floristán Imízcoz, bien situado, para seguir investigando, en la universidad de Alcalá de Henares. Se titula el estudio *Universalismo y nacionalismo en la Monarquía de Felipe II: Dos reflexiones desde Navarra*, dentro de un libro colectivo, uno de los muchos buenos que han ido editándose con motivo del cuarto centenario de la muerte del insigne rey de España.

Aquel 20 de noviembre de 1592, viernes, no tan otoñalmente sosegado y maduro como hoy sino lluvioso y desapacible, llegó a Pamplona Su Majestad Felipe II (IV de Navarra), que desde Logroño había entrado en Navarra por Viana, se había detenido en Estella y había pernoctado en el palacio de Oriz. Apretábale ya la gota y la vejez.

Llegado que hubo a Pamplona, procedente de Oriz, acompañado de su hijo Felipe, de 14 años, y de su hija Isabel Clara Eugenia, Felipe II se dirigió en coche a la catedral, donde se apeó y fue recibido por el obispo y el cabildo. El domingo, 22, fiesta de Santa Cecilia, había de celebrarse allí la jura del príncipe, como se celebró

la de su padre el 20 de agosto de 1551, en Tudela. Tras una breve oración, el rey se trasladó al palacio del virrey en caballo y el príncipe en coche.

El sábado visitó el monarca el castillo, todavía no acabado, que había mandado construir. Era *el lindísimo castillo nuevo de piedra gruesa, con sus baluartes, fosas, y todo lo demás que conviene a una buena fortaleza*, como la describía el erudito holandés Henrique Cock.

El rey y su séquito se acomodaron en unas tiendas fronterizas cuyas haldas estaban alzadas. Desde la fortaleza se tiraron sesenta piezas de artillería que atronaron la ciudad. El virrey, José Martín de Córdoba, sacó tres mil hombres de sus ciudadanos, mil de ellos con lanzas, y el resto, arcabuceros, que pasaron todos a vista de Su Majestad.

Miro ahora el viejo y remendado castillo, tan cerca de mí, y sólo veo por encima de los paños de muralla, bien conservados, las lanzas de los chopos y abedules, de hermosos colores pacíficos y otoñales.

Coinciden los historiadores en que Felipe II, al igual que su padre, se mostró respetuoso con el régimen navarro, y que durante su reinado se consolidaron sus instituciones: las Cortes crearon la Diputación permanente (1576); se reconoció el derecho de sobrecarta, y el mismo monarca, en su visita a Pamplona, instó a la misa Diputación a organizar más rigurosamente su funcionamiento interno.

El gobierno de Navarra alcanzó su pleno desarrollo institucional –resume Floristán– y se configuró de forma definitiva entre 1556 y 1598.

Al final de los días del gran rey la situación en Navarra era mucho más tranquila que en tiempos de su padre y más también que en los primeros años de su reinado, tras la abdicación del emperador Carlos, la muerte de Enrique II de Navarra, y el recrudecimiento de las guerras de religión en Francia.

Eran los años en que Antonio de Borbón, esposo de la reina Juana de Albret, pretendió tenazmente y por muy diversos medios recuperar la parte peninsular del reino de su esposa. En Navarra se vivieron momentos de turbación y de alarma, aunque casi siempre inmotivada, pero que arrojaron algunas víctimas.

Un desconocido abogado pamplonés, Martín López de Reta, es probablemente el autor de dos textos manuscritos y anónimos, escritos hacia 1580 y conservados en una copia posterior, que tratan de reivindicar bizarramente la fidelidad de los beamonteses a los reyes legítimos de Navarra, puesta en cuestión por el historiador guipuzcoano Esteban de Garibay, en su libro *Compendio historial...*, editado en Amberes en 1571.

Nacido hacia 1516, el licenciado Reta fue abogado de las audiencias reales y llegó a ser regidor de la ciudad durante el año 1597. Declarado beamontés, puso todo su empeño en defender a su facción.

No se escandaliza nuestro autor de la facciones o parcialidades habidas en el Reino, antes las considera normales en todos los tiempos y países, por más que repudie sus excesos, de los que responsabiliza a sus *cabezas* y a los reyes navarros que no supieron ser árbitros ecuanímenes en los litigios entre sus súbditos.

De los que sí se muestra fervoroso partidario es de restablecer y fortalecer, en el concierto de la Monarquía española, la personalidad del reino navarro, un día independiente y tan antiguo como el asturiano, de dinastía no gótica sino cántabra, entroncada con los *primitivos españoles*, y anterior a las de Castilla y Aragón, que de ella nacieron.

Para Reta, don Carlos de Aragón, Príncipe de Viana y el segundo conde de Lerín son, respectivamente, paradigmas del buen rey y del buen vasallo. Si el primero fue el príncipe *natural* del Reino, hombre culto y santo, amado y agraciado por su pueblo, traicionado y ase-

sinado por su madrastra, el segundo fue el auténtico “patriota” navarro, de sangre real, que defendió los fueros y leyes de Navarra, que ni por pensamiento quiso salir voluntariamente de ella, y que luchó a favor de la legitimidad dinástica haciendo frente a reyes usurpadores como Juan II y Leonor de Aragón, o a extranjeros y déspotas como los Foix y los Albret.

Sostiene el abogado y regidor pamplonés que los buenos patriotas, que recordaban las felices restauraciones reales navarras en 1134 (Sancho Ramírez) y en 1329 (Juana II) traían entre los ojos una posible tercera restauración en la persona de un *rey natural* que hubiera venido a gobernar el Reino. Y ya no es posible, reconoce Reta, esa tercera restauración, y menos de manos de quienes son los herederos de los últimos reyes navarros. Los estragos de la herejía, que ellos adoptaron, protegieron y fomentaron en Bearne y en tierra de Vascos o Baja Navarra, son bien recios y podrían llegar hasta el otro lado de la muga:

(...) que, si gobernaran esta tierra estábamos en el mismo peligro por la gobernación, comunicación y unión que hubiese entre aquellas provincias y este reino, a quien Dios conserve y aumente, siendo él servido, en la cristiandad y justicia de que al presente goza en poder de los reyes católicos de Castilla

Alfredo Floristán coteja lo escrito por el licenciado Reta con la *Carta Apologética* (1570), del *doctor navarro*, don Martín Azpilcueta —del que ya hablé en otro trabajo—, escrita cuan encarecidamente puede para tranquilizar la conciencia de los agramonteses que, como él, habían pasado a servir a los sucesores de Fernando el Católico, y para oponerse de nuevo a la restitución del Reino, que no traería más que muy graves consecuencias.

Dos navarros naturales de un reino recientemente conquistado e incorporado a Castilla. Dos entusiastas, por experiencia o evocación, de un rey que creyeron, cada uno de ellos, *natural*. Dos juristas: uno era mucha cosa y el otro mucho menos. Los dos, escritores

apasionados, que escriben frente a concretos ataques y acusaciones relacionados con la cercana historia del Reino, antes o después de la conquista.

Ambos traslucen, aunque de forma y por motivos distintos, la nostalgia del rey navarro *natural* (don Carlos de Viana o don Juan III de Albret), que no pudo gobernar o que no pudo terminar pacíficamente su reinado. Y confiesan su viejo amor a la causa respectiva, del que no se avergüenzan ni se desdicen.

Pero los dos reconocen la muy otra realidad que viven en los años plenos de la monarquía felipista. Ambos, aunque con mayor énfasis Azpicuelta, se muestran firmes partidarios de esa Monarquía católica, bien asentada, poderosa, la primera en el mundo, defensora de la cristiandad. Como de molde les venía a los dos en cada caso la persecución a los católicos en los dominios de Juana de Albret y de su hijo Enrique, cabezas del calvinismo no sólo en Bearne y Ultrapuertos sino en toda Francia, para rematar el argumento a favor de Felipe II.

Eran los días en que no se ponía el sol en los dominios del rey de España. La inmensa mayoría de los regnícolas, aun dentro de una sociedad estructuralmente tan injusta como aquélla, vivía mucho mejor que un siglo antes, dentro de la plural Monarquía hispánica sin perder, en general, sus tradicionales señas de identidad, y sin que tuvieran alteraciones graves que sufrir, como la que sufrió, casi al final de ese reinado, el vecino reino de Aragón.

AQUEL 3 DE DICIEMBRE DE 1945

El Regente de la Comunión Tradicionalista, el príncipe Francisco Javier de Borbón-Parma, designado el 23 de enero de 1936 por el último rey Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este, había sido liberado por los aliados, en mayo de 1945, en el campo de concentración nazi de Dachau (Alemania). Los carlistas navarros quisieron rendirle un homenaje el 3 de diciembre, día de su santo. Pero había algo más: el homenaje quería ser también adhesión a la autoridad política de su Regencia nacional, negada y combatida por los rodeznistas y carlo octavistas, afincados en puestos de gobierno, y fieles servidores, en general, del Régimen de Franco.

Nos lo cuenta con pelos y señales la historiadora Aurora Villanueva en un reciente trabajo, ponderado y riguroso, publicado en una revista foral.

Aceptado y asumido el proyecto por la dirección nacional de la Comunión y, de modo especial, por su delegado Manuel Fal Conde, los *falcondistas* navarros, especialmente jóvenes encuadrados en el Requeté, corrieron con la organización del acto.

Los organizadores se desplazaron desde Pamplona y se pusieron en contacto con los miembros activos de los pueblos, y, cuando éstos no estaban organizados, con los responsables de los Círculos o con los carlistas conocidos sin más. Además de información sobre la jornada del día 3, repartían boinas rojas y hojas de propaganda sobre la Regencia de don Javier.

La ofensiva del gobierno civil, ocupado por el tristemente célebre Juan Junquera, no se hizo esperar. Con la ayuda de falangistas y carlo octavistas -como Amadeo Marco, vocal de la Sección Permanente de la Comisión Católica Monárquica y subjefe provincial de FET y de las JONS-, hicieron lo que pudieron por desbaratar los preparativos de los carlistas rebeldes al Régimen. En la misma Junta del Círculo Tradicionalista, que no se renovaba por una causa o por otra desde 1934, tenía el gobernador civil algunos de sus mejores confidentes.

Se enviaron circulares a los alcaldes y jefes locales del Movimiento comunicando la falta de autorización de los actos programados. Hombres al servicio del poder franquista recorrieron los pueblos carlistas en campaña de anti propaganda, sembrando la desinformación y la confusión. A través del sindicato de transportes y comunicaciones se recordó a toda clase de transportistas, sobre todo en Navarra, Vizcaya, Cataluña, Madrid y Guipúzcoa, la necesidad de previa autorización para cualquier viaje extraordinario. Los servicios policiales de información trabajaron de lo lindo por controlar ferrocarriles y autobuses, ordenando pedir el salvoconducto y hasta impedir el viaje a destacados personajes carlistas.

La policía armada tomó posiciones entre los dos puntos del recorrido. Terminada la misa de acción de gracias en la catedral, se formó la manifestación hacia el Círculo, encabezada por las banderas de

los Tercios, la de España, y la del Requeté, llevadas por carlistas de fuera de Navarra.

Poco después, el ex-jefe nacional de Requetés y miembro de la Junta Nacional de la Comunión Tradicionalista, José Luis Zamanillo, se dirigió a los reunidos en el Círculo, criticando duramente a las autoridades por haber impedido la normal celebración del acto y animando a todos a liberar a España de la tiranía a que le tenía sometida el Régimen. Cuando le cortaron la corriente eléctrica y se dejaron de oír los altavoces colocados en los balcones, salió a uno de ellos y así terminó la peroración. Habló después otro miembro de la dirección nacional, José María Valiente, uno de los hombres más queridos de los carlistas navarros, y no tuvo tampoco pelos en la lengua.

Después de comer, muchos volvieron al Círculo a la hora del café. La policía tenía rodeada la plaza y ocupaba en ella los lugares estratégicos. Nada más salir Valiente al balcón, hacia las cinco de la tarde, para continuar el discurso que había comenzado en las escaleras de la casa, donde le oían mal, subió un cabo de la policía y le mandó callar. Pero Mauricio de Sivatte, jefe regional de Cataluña y, años después, promotor de la Regencia de Estella, tomó la palabra, y en ese mismo momento la policía cargó contra la multitud. Se oyeron varios disparos de pistolas, hechos por un carlo octavista, que, tras gritar *¡abajo los falcondistas y arriba Carlos VIII!*, fue atacado por varios requetés y quiso defenderse. Dos de aquéllos fueron heridos por las balas y atendidos en la portería de la casa.

La plaza quedó desierta y sólo un grupo se arrebujó en el zaguán del Círculo. Este quedó privado de luz y de teléfono y se cerraron los balcones. La policía se parapeteó en los soportales. Comenzó entonces un segundo tiroteo, más intenso que el anterior, y fueron heridos el sargento y tres agentes de la policía nacional, evacuados de inmediato. El capitán -ex combatiente carlista, según se dijo entonces- ordenó a su fuerza entrar en el local. Se acordonó la manzana y se cacheó a todos los que pasaban por allí o salían del centro tradicionalista.

Al final de la refriega, además de los heridos por arma de fuego, resultaron contusionados un carlista y cuatro agentes. De los carlistas heridos, uno fue atendido en el hospital civil y otro en la clínica del doctor Labayen. Los cuatro policías fueron trasladados al hospital militar.

El viajero, todavía niño, recuerda que el primer requeté herido en un pie era de su pueblo, un joven excombatiente, Juan (Juanito) Unanua. Por el pueblo se corrió que cuando le hirieron, la gente comenzó a gritar en la plaza:

- ¡Sangre de requetés! ¡Sangre de requetés!

Hubo nada menos que ciento tres detenidos en redadas callejeras esa misma noche; en el hotel "El Cisne", cercano al Círculo, y en la fonda "Aralar", donde se hospedaban, respectivamente, los carlistas madrileños y los catalanes; en domicilios particulares de Pamplona -entre ellos, Mariano Zufía- y en otras localidades vizcaínas y guipuzcoanas -Elías Querejeta Zubía fue uno de éstos-. La jurisdicción militar y la ordinaria se repartieron los delitos: insulto de palabras y agresión a la fuerza armada; depósito de armas y explosivos; propaganda ilegal, manifestación no pacífica y tenencia ilícita de armas de fuego.

De los dirigentes nacionales, Valiente fue procesado y encarcelado, y Zamarrillo declarado en rebeldía. El auto de 9 de diciembre de 1950, dictado por la Audiencia Territorial de Pamplona, decretó el sobreseimiento provisional de la causa 28/46 y quedó sin efecto el procesamiento de Ancín, Valiente, Zamanillo, Inchausti, Tapia, Olazarán, Forcadell, Mondragón, García, Izu y Purón, que habían quedado ya en libertad provisional sin fianza, el 18 de enero de 1946.

El consejo de guerra ordinario, celebrado en Pamplona el 26 de enero de 1948, condenó a los dos carlo octavistas provocadores a la

pena de un mes y un día de arresto mayor y 2.000 pts de multa, cada uno, por delito de desórdenes públicos, y a otro de los procesados, a la pena de seis meses y un día, por insulto a la fuerza armada. En la sentencia se llamaba la atención de la autoridad militar sobre la posibilidad de iniciar procedimiento criminal por las armas encontradas en el Círculo. Los antiguos responsables del Requeté pamplonés ratificaron la opinión de la Junta directiva de que las armas encontradas procedían de los tiempos anteriores al Alzamiento del 19 de julio. El 23 de agosto de 1949 la Audiencia Territorial decretó el sobreseimiento provisional.

El Círculo ya no se abrió. La justicia franquista era así de vengativa. La señorial casa Ansaldo, de cuatro plantas, que después fue Círculo, montada sobre tres arcadas de medio punto en piedra gris, lleva hoy color crema oscuro, caleados los cerquillos de los vanos, tres en cada piso. En el entresuelo donde estuvieron las Margaritas y el Requeté, tiene el Club Atlético Osasuna sus oficinas. En lo que fue portería, hay dos tiendas, una de fotos y otra de loterías. En el primer piso, antaño salón principal, trabaja una peluquería de señoras, con algunos geranios y fotos de hermosas cabelleras en el balcón corrido. Las persianas de los tres balcones del segundo piso, que daban a la capilla y los salones de juntas, están cerradas. Visillos en los balcones del tercero, sede entonces de la Juventud. Algunos geranios y visillos también en los balcones del antiguo desván, donde hacían los jóvenes carlistas la instrucción, y donde se guardaban desde mosquetones y sables hasta una bomba de mano italiana.

Los frondosos plataneros no dejan ver la fachada del viejo Círculo desde el centro de la histórica Plaza del Castillo.

NAVARROS EN EL SAHARA

Desgraciadamente no estuvimos en el Sáhara saharauí, sino en el des-tiempo que no puede hacer sus veces: campamentos saharauís de la provincia argelina de Tindouf.

No éramos, ni mucho menos, los primeros. Antes más, muchos quintos navarros habían hecho *el servicio* en la entonces provincia española del Sáhara, en el Aaiún, mayormente.

- Le ha tocado al Sáhara.

La noticia corrió como un mal viento por el pueblo, cuando nos enteramos la mala suerte que había tenido José Luis en el sorteo. El Sáhara era por entonces un territorio africano tan lejano, que parecía inexistente. Sonaba a militar aventura, a barco negrero, a desierto-destierro surcado por el sol y los camellos, y a fortín prebélico.

Otros navarros -misioneros, comerciantes, oficiales...- vivieron también allí durante años.

Muchos paisanos habían visitado antes que nosotros los campamentos. Médicos, enfermeras, asistentes sociales, miembros de Sodepaz y de otras organizaciones de cooperación internacional, sindicalistas, parlamentarios, familias que habían acogido niñas y niños saharauís durante el verano..., nos habían abierto la ruta del conocimiento mutuo y de la solidaridad. En nuestra expedición algunas per-

sonas viajaban por segunda, por tercera, por quinta vez.

La línea de colaboración, sobre todo sanitaria, entre Navarra y la República saharauí se consolida y extiende. Nuevos programas y proyectos están ya a la vista.

Nuestro destino, después de sobrevolar dos horas el desierto argelino, era toda una nación de refugiados bajo tiendas de lona, en el límite de la derrelicción y la esperanza.

Hasta que en 1845 fue enviado al Sáhara José Sáenz de Urraca, como comisario regio, el dominio español en este territorio fue, más bien, teórico, con algunas excepciones. La presencia española, que se remonta al año 1509, fue recordada en el nombre de la ciudad de Villa Cisneros (hoy Dajla) -que comenzó a construirse en 1885- como, homenaje al célebre cardenal regente.

En el tratado internacional de 1920 se establecieron los límites de la colonia española, que se llamó Protectorado de Río de Oro.

En 1966 la ONU planteó a España la independencia del Sáhara y un año más tarde el gobierno español accedió a organizar un referéndum, que fue retrasándose demasiado tiempo. Los intereses políticos se unían a los intereses económicos (fosfatos de Bu-Craa). El ejército colonial español comenzó a sufrir las acometidas del llamado Frente Polisario (Frente Político de Liberación del Sáhara y Río de Oro).

El censo llevado a cabo por la Administración española el año 1974, que arrojó un total de 74.902 habitantes, es todavía hoy el censo básico para el gobierno de la República Árabe Saharaí Democrática (R.A.S. D.) y para otros muchos gobiernos, como el español. Pero faltó el último acto del proceso. La extrema debilidad del régimen agonizante de Franco propició, contra todo derecho, la

Marcha Verde marroquí, que fue, en verdad, una Marcha negra de invasión pura y dura. El llamado Acuerdo de Madrid dejó en manos de Marruecos y de Mauritania la administración -que no la soberanía- de la ex provincia española. Y poco después, tras la retirada de Mauritania, fue Marruecos el único detentador del territorio.

Fueron años de éxodo, de prisión y de muerte. La guerra y la guerrilla se sucedieron desde entonces hasta 1991, cuando comenzó una compleja, interminable, negociación, supervisada por la ONU y obstaculizada, las más de las veces, por el Reino alauita.

- Pero tan mal como nosotros estaban en Mozambique, República Sudafricana, Namibia o Palestina, y mira cómo han salido adelante -me dice nuestro amigo Ali Salem, que habla un buen castellano, perfeccionado, como el de tantos, en Cuba.

Bajo las tiendas amplias de lona verde y marca italiana "Ferrino", sobre unas colchonetas muy cómodas y muchas mantas para la noche rasa y heladora, se duerme a pierna suelta hasta que te despierta, con el alba, una especie de golondrina blanquinegra, que revuela por entre las débiles cañas que adornan las vallas del campamento.

A los acostumbrados a las legumbres la comida nos sabe a gloria. En vez de los prohibitivos pescado y carne, siempre hay tortillas, pasta o pollo. Y a todas horas está el té bajo la jaima: salón de estar y de recreo, plaza mayor y lugar de ritrovo, mientras reina soberanamente el sol africano y también cuando deja al desierto indefenso, desabrigado y desapacible.

El autobús, que es un regalo de la Comunidad de Murcia, nos lleva y nos trae, por caminos, carretilles y autopistas de arena, a visitar escuelas, hospitales, centros de formación de la mujer, alguna granja, algún ministerio, el patético muestrario de armas enemigas, camellos y dromedarios en el desierto, o barrios -wilayas- de los cuatro

campamentos, que les recuerdan las cuatro ciudades del Sáhara y del Río de Oro deseados.

En la wilaya de Asuerd vive la familia de Benettia, la niña saharaui que acogieron durante el verano mis amigos los Villanueva, de Lumbier. Era menuda y pelirroja, introvertida y difícil al principio. Se fue más serena, más robusta, más alegre. Y con muchas cosas, como todas sus compañeras.

Pero Benettia no está hoy en casa. Estudia en la inmensa escuela-internado que habíamos visitado el día anterior.

Pero están sus madre, su hermano pequeño -pelirrojo como ella-, sus tías, su abuelo, sus vecinas, que nos reciben con alborozo.

Nos sentamos sobre el suelo de mantas. Nos ofrecen té y pastas, dátiles y magdalenas. Nos intercambiamos saludos y regalos, y muchos deseos de felicidad. Hay muchas mujeres -se casan muy jóvenes- y dos varones: casi todos están en los cuarteles o en el frente (ahora sin guerra abierta). Una niñas amigas de Benettia, que están en casa por enfermas nos cantan y nos bailan y hasta nos sacan a bailar con ellas. Luego, las fotos, y los regalos para la familia de Lumbier.

- Navarra, Navarra -dicen las mujeres con dificultad. Algunas hablan un poco de español. Los escolares lo estudian desde los 10 años.

Y otra vez el alborozo de las gentes sencillas y pobres -¿quién no es pobre aquí?- del barrio. Algarabía, hubieran dicho nuestros clásicos (*al'arabyya*= la lengua árabe).

Es hoy día de San Francisco Javier, patrono de Navarra y nuestra fiesta oficial y entrañable. Aquí y entre nosotros no se nota nada.

Por la tarde dejo la visita programada y me voy, durante dos horas, desierto adelante.

Hace más de un año que no ha llovido. Y cuando llueve, peor: el agua destruye el adobe (arena más agua), que es el material más común, y hace imposible andar por cualquier parte.

Planicie árida y monótona. En la raya del horizonte, unas suaves ondulaciones de arena. Por el lado de nuestro campamento, un depósito de agua y la bandera de la República. Junto a unos charcos salinosos crecen algunas cañas menudas, algunas hierbas y unos tamarices enanos. Aquí y allí deshechos de latas y envases semienterrados. La acción química ha dejado eflorescencias y barnices negros en las piedras, pero tal vez proceden de otros climas. Vuelan unas alondras. ¿Son alondras? Una mujer cuida unas cabras cerca de unas cañas. Algunos matojos dispersos. Algunas gramíneas, pasto de cabras y camellos.

La estampa me recuerda aquellas bellísimas de la película *Bajo el cielo protector*. Cielo protector y acosador.

El desierto ha sido en las tres religiones del Libro una experiencia fundamental de sí mismo y de Dios; de soledad, purificación y encuentro. Y si para Malraux era sólo la inmovilidad de lo eterno, para Saint-Exupéry, en cambio, era el campamento de los *nómadas de Dios*, de los hombres. La travesía del desierto puede hacer surgir en nosotros al hombre, *como una semilla fuera de su cáscara* y delatar-nos el espíritu y el corazón.

Este es para mí el paisaje más hermoso y el más triste del mundo (...)
Aquí es donde el Principito apareció sobre la tierra y luego desapareció.
Mirad atentamente este paisaje para que estéis seguros de reconocerlo, si via-jáis un día, en Africa por el desierto...

El sol no sale aquí: se desliza sobre el desierto en un abrir y cerrar de ojos de luz. El alba es un contagio instantáneo. Y así se va: se resbala por la arena y desaparece.

Me siento penetrado, sitiado por el silencio y el esplendor de Dios en el desierto de los místicos. De rodillas sobre la tierra, recito, como los fieles islamitas, la azora primera de *El Corán*:

... A Ti te adoramos y pedimos ayuda. Condúcenos al camino recto...

El pueblo saharauí busca también el camino recto que lo devuelva a la patria, de la que, hace veinte años, lo extra-viaron.

ÍNDICE

Cae el castillo de Javier	13
El Belén de los Apócrifos	21
La Cabalgata desde el balcón	29
Ronda de Barbazán	37
Los cazadores tan antiguos	45
Con José María de Areilza	53
Blancos y Negros en Urgain	59
Los Carnavales, nuestras Lupercales	71
Don Veturio	77
“Tú, que callas, oh, Cristo, para oírnos” ...	83
Andurriando por Tudela	91
Romería a Mendigaña	97
Corpus Christi en Burutain	105
El fuego y la fiesta de San Juan	111

¿Qué batalla de Noain?	117
Por la selva del Irati	125
Un navarro en el Sobrarbe	131
Juegos Olímpicos	137
Por el Valle de Guesálaz	145
Nuestra Señora de Roncesvalles	153
Saint Palais – San Pelai	159
En Aoiz, con el P. Damián	169
Uvas y viñas de otoño	175
Los higos de Yelz	181
Palomeras sin palomas	187
La flor de los epitafios	195
El secuestro	201
Ante el castillo de Felipe II	209
Aquel 3 de diciembre de 1945	215
Navarros en el Sáhara	221

POR NAVARRA

Títulos publicados:

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU

Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA

Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES

Tomo IV: DE FITERO A LARRA

Tomo V: DE ABLITAS A LESACA

Tomo VI: DE PAMPLONA A AEZCOA

Tomo VII: DE BAZTÁN A TUDELA

Tomo VIII: DE VALCARLOS A SANGÜESA

Prólogo de Fernando Morán

Tomo IX: DE IZANOS A PADERBORN

Tomo X: DE JAVIER AL SÁHARA

“No hay verdadero paisaje sin historia” subraya al rememorar a su ilustre amigo José M^a de Areilza, sintiéndose también “viajero por mil geografías e historias”. Los relatos desgranados en este volumen, como en los anteriores de su ya rica colección de “paseos por Navarra”, no resultan sólo simples descripciones y estampas locales, por lo demás hermosas y precisas, con informaciones bien aquilatadas y puestas al día, sino que integran todos los rasgos del paisaje en una especie de sugestiva “historia total”, en la que “en el incierto golpear de la memoria va sumando historias para hacer la Historia” (J. van Halen).

A través de la espuma, las crestas y los bramidos del oleaje, es decir los grandes acontecimientos y los personajes revestidos de fama y autoridad reseñados por la memoria escrita, bucea con soltura en los océanos del tiempo, la aparente monotonía de la vida cotidiana, las ingentes legiones anónimas de los hombres del trabajo, el sudor y los silencios. Busca, encuentra y realza así la grandeza de la historia escondida, la “intrahistoria” invocada por don Miguel de Unamuno. De su mano la aldea se convierte en universo y el orbe en pueblo próximo y palpitante.

Ángel Martín Duque